

*Entre la política cortesana y la política de Estado:
La Casa de Austria en la obra histórica
de Leopold von Ranke*

Gijs Versteegen

A Leopold von Ranke se le conoce como uno de los historiadores que ha convertido al Estado en el tema principal de sus estudios históricos, centrados en los grandes sucesos y las grandes personalidades. Su obra ha sido evaluada de manera crítica desde la perspectiva de la historia socio-económica, que señala que el historiador desatendió a las estructuras económicas y sociales. Esto se relaciona con su ideología conservadora; su Historia habría servido principalmente a la conservación del orden social existente ¹. Ranke, según sus críticos, tenía un concepto reaccionario del Estado, comparable con el de los Estados absolutistas de los siglos XVI, XVII y XVIII ², y partía de la idea de que el Estado era un pensamiento de Dios ³. Cada entidad histórica, individuo, Estado o institución, encarnaba un valor divino. Detrás de los hechos existía una realidad metafísica, que solo se podía intuir. A Ranke se le sitúa dentro de la tradición del historicismo en Alemania, de la que es uno de sus principales representantes junto a Herder ⁴. Esta vía historiográfica se ha identificado como una vía

¹ G. G. IGGERS: *The German conception of history. The national tradition of historical thought from Herder to the present*, Middletown (Connecticut) 1983, p. 4; del mismo autor: *Historiography in the twentieth century*, Hanover 1997, pp. 23-30; P. BURKE: "Ranke als Gegenrevolutionär", en W. J. MOMMSEN (ed.): *Leopold von Ranke und die moderne Geschichtswissenschaft*, Stuttgart 1988, pp. 189-200.

² G. G. IGGERS: *The German conception of history...*, *op. cit.*, p. 85.

³ *Ibidem*, p. 82.

⁴ F. MEINECKE: *El historicismo y su génesis*, Madrid 1983; G. G. IGGERS: *The German conception of history...*, *op. cit.*, pp. 29-43.

particular [*Sonderweg*], distinta de la vía hacia la profesionalización española o francesa ⁵. En consecuencia, el historicismo no es la única base de la historia como ciencia. Se ha sugerido que el historicismo es un pensamiento que condujo a una relativización de valores, a una espiritualización del poder y la guerra, a una justificación de la subordinación del individuo al Estado, y a la *real politik* ⁶.

Existen muchas valoraciones que se han fundamentado en profundos estudios sobre su metodología, principalmente basados en cartas y dispersos fragmentos teóricos de sus escritos. En mi opinión, existe la tendencia a dar más importancia a estos que a lo que es propiamente su obra histórica. Lo que se ha intentado explicar es sobre todo el motivo de lo que falta en su obra: las perspectivas estructurales y socio-económicas, sin las que la obra es reducida a una colección de hechos ⁷. Creo que todavía cabe contemplar la obra de Ranke dentro

⁵ Véase con respecto a la vía española: I. PEIRÓ MARTÍN y G. PASAMAR ALZURIA: “La vía española hacia la profesionalización de la historia”, *Studium. Geografía. Historia. Arte. Filosofía* 3, pp. 139-140; J. CARRERAS ARES: “El historicismo alemán”, en J. CARRERAS ARES: *Razón de Historia. Estudios de historiografía*, Madrid 2000, pp. 39-58. También su “presentación” a I. PEIRÓ: *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza 1995, pp. 7-10. Compárese Th. NIPPERDEY: “Zum Problem der Objektivität bei Ranke”, en W. J. MOMMSEN (ed.): *Leopold von Ranke...*, *op. cit.*, pp. 215-222. Nipperdey reconoce que la idea de la objetividad de Ranke tiene evidentes connotaciones religiosas, pero considera sin estas su teoría también se sostiene, y que contemplar a Ranke exclusivamente dentro de una *Sonderweg* alemana, es como “ponerle en el ataúd”. Concluye que su teoría de objetividad sigue teniendo una importancia vital para la Historia. Un intento de abstraer del pensamiento de Ranke, planteamientos válidos para la historiografía actual en K. H. METZ: *Grundformen historiographischen Denkens*, München 1979.

⁶ G. G. IGGERS: *The German conception of history...*, *op. cit.*, ciertamente dice que Ranke hubiese contemplado la *real politik* con ciertas reservas. En España: J. FONTANA: *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona 1982, pp. 126-134.

⁷ Iggers no cree que la historia de Ranke se puede reducir a un estéril positivismo, y considera esta idea una concepción errónea. Véase su “The image of Ranke in American and German Historical thought”, en *History and Theory* 2 (1962), pp. 17-40. Con todo, comentaba en *The German conception of history...*, *op. cit.*, p. 69, refiriéndose a una crítica contemporánea de Heinrich Leo, discípulo de Hegel:

“Despite Ranke’s defense, Leo is not entirely incorrect in charging that the Histories of the Romanic and Germanic peoples resemble a heap of unassorted details. (...) Ranke has done little, in fact, to seek the general within the particular. (...) Nor did the Ottoman and Spanish Empires in the 16th and 17th Centuries (1827) or The serbian Revolution (1829) exhibit any philosophic undertones or intent”.

de una perspectiva nueva. En los estudios de la corte, que se llevan a cabo desde los años ochenta, se ha cuestionado la existencia del Estado moderno antes del siglo XIX y, en consecuencia, la evolución histórica como el proceso de la formación de Estados⁸. En vez del Estado existía la Corte, un sistema político distinto, con una propia filosofía y justificación política. Así, la conducta cortesana se explica a partir de una cosmovisión que surgió de la recepción de la filosofía clásica, en torno a conceptos como la gracia, la amistad, la prudencia, la disimulación etc. El comportamiento se rige por la búsqueda del justo medio que conduce a la virtud, la *sprezzatura*, como forma de huir de los extremos en la acción, tal como fue definida en *El libro del cortesano*⁹. Estos principios tenían implicaciones socio-políticas que explican las características de la corte como organización política del poder, con una base común en Europa. La corte no resultó ser una parte particular del Estado, ni su antítesis, sino una organización política propia¹⁰. Estos planteamientos no solo son aplicables a las cortes italianas, sino también a grandes monarquías, como se ha mostrado con respecto a la Monarquía hispana, que con sus distintos reinos y territorios, optó por la corte como elemento de articulación¹¹. La agregación y yuxtaposición de reinos

Para Iggers, Ranke revelaba sus ideas filosóficas de manera sistemática en la *Historisch-politisches Zeitschrift*, del que fue editor desde 1832 hasta 1836, y también en *Sobre las épocas de la Historia moderna*.

⁸ El modelo estatista hizo crisis a partir de los años ochenta del siglo XX, cuando determinados historiadores se vieron confrontados con dificultades al tener que explicar, dentro de este marco teórico, fenómenos como el humanismo, el comportamiento cortesano, interpretar la práctica política cortesana o instituciones como las casas reales. Surgió en lugar de este modelo tradicional la perspectiva de la corte. Véase J. MARTÍNEZ MILLÁN: "La corte de la monarquía hispana", *Studia historica. Historia moderna* 28 (2006), pp. 19-35. Asimismo, del mismo autor, la "Introducción", a J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (dirs.): *La Monarquía de Felipe II: la Casa del Rey*, Madrid 2005, pp. 22-30.

⁹ A. QUONDAM: "Elogio del gentiluomo", en G. PATRIZI y A. QUONDAM (eds.): *Educare il corpo educare la parola nella trattatistica del Rinascimento*, Roma 1998, pp. 11-21.

¹⁰ C. MOZZARELLI: "Principe, corte e governo tra '500 e '700", en *Culture et idéologie dans la genèse de l'État Moderne*, Roma 1985, pp. 372-373.

¹¹ Véase J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La corte de Carlos V*, Madrid 2000, 5 vols.; J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (dirs.): *La Monarquía de Felipe II...*, *op. cit.*; J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs.): *La monarquía de Felipe III*, Madrid 2008, 4 vols.

llevó consigo la multiplicidad de casas reales, dado que al ser estas los elementos desde donde se articularon políticamente los reinos, al conservar estos su autonomía, tuvieron que mantener también sus respectivas casas aunque no residiese el rey en ellas. De esto se deduce que cualquier cambio efectuado en las estructuras de las Casas Reales, repercutiera ineludiblemente en la organización de la Monarquía¹². De esta manera, cabía hablar de “la razón de la casa”, que “identificaba el bien de la familia con el aumento, conservación y reputación de la casa según el criterio del padre de familia”¹³.

Teniendo en cuenta que Ranke fue el gran historiador del Estado, y que a la vez es considerado como uno de los fundadores de la historia como disciplina científica por su método crítico¹⁴, cabe preguntarse cómo construyó su relato, y cómo pudo haber reconstruido la formación del Estado, basándose en los hechos, si el poder se articulaba a través de la corte. No creo que la distinción entre posturas conservadoras o progresistas, entre historia política y socio-económica, sea el esquema más adecuado para estudiar su obra. Ranke buscaba una justificación histórica para la sustitución de un sistema político por otro: la Corte por el Estado¹⁵. Solo dentro del Estado cabía la política verdadera. Esta idea aclara para Ranke las grandes evoluciones, las decadencias y las épocas de florecimiento en la historia. Semejante planteamiento no afectó a la solidez fáctica de sus relatos y, a pesar de su postura ideológica, reflejó mucho mejor cómo funcionaba la corte que muchos historiadores que, influenciados por él, han estudiado la formación de Estados. Parte del éxito de la crítica de Ranke al sistema cortesano fue que la Corte dejó de ser percibida como sistema político y por ello llegó a desaparecer de la historiografía. Veremos ahora cómo interpretó la Corte y el Estado a raíz de su estudio de la Casa de Austria.

¹² J. MARTÍNEZ MILLÁN: “La articulación de la Monarquía hispana: Auge y ocaso de la casa real de Castilla”, en F. EDELMAYER: *Plus Ultra. Die Welt der Neuzeit. Festschrift für Alfred Kohler*, Münster 2008, p. 407.

¹³ J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Introducción” a J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (dirs.): *La Monarquía de Felipe II...*, op. cit., p. 49.

¹⁴ G. P. GOOCH: *Historia de los historiadores en el siglo XIX*, México 1942, pp. 83-109.

¹⁵ J. MARTÍNEZ MILLÁN: “La sustitución del «sistema cortesano» por el paradigma de «estado-nacional» en las investigaciones históricas”, *Librosdelacorte.es* 1-2 (2010).

HISTORIAS DE LOS PUEBLOS LATINOS Y GERMÁNICOS

Ranke planteó en *Geschichten der romanischen und germanischen Völker* (1824) una historia universal, en realidad restringida a la Europa occidental e intentó demostrar la génesis de los Estados modernos en sus contiendas internacionales, específicamente las guerras en Italia a finales del siglo XV, y principios del siglo XVI, y el surgimiento de un equilibrio de poderes en Europa. El término Estado, escribía Ranke, no significaba en la Italia del Renacimiento lo mismo que en la actualidad, pues el vocablo se refería al príncipe y sus allegados:

Al principio Estado significaba los amigos más cercanos de una familia y constatamos que Foligno dei Médici se queja de que su Estado ha disminuido. En vez de 100, contaba solo 50 hombres, que además tenían pocos hijos. Los hombres principales del Estado, quienes venían con los delegados de la ciudad a Lorenzo, para, como él dice, encargarle el cuidado sobre todos, no provenían del territorio, porque este se llamaba dominio, y no tenía ni la menor influencia, sino que eran los amigos, el Estado antiguo, sin el cual Lorenzo juzgaba difícil vivir en Florencia. Como a estos se adhería el partido, y el partido era dueño de la ciudad, y la ciudad sobre el país, se transfirió el nombre de la relación original al conjunto. En ninguna parte existía verdadera libertad ¹⁶.

Ranke consideraba que la estabilidad era frágil, cuando los Estados estaban basados en el dominio de un partido. De hecho, el equilibrio conseguido en tiempos de Lorenzo de Médicis, Ludovico Sforza y Ferrante de Aragón se rompió con un conflicto familiar y terminó convirtiendo a Italia en “el campo de batalla

¹⁶ L. VON RANKE: *Geschichten der romanischen und germanischen Völker von 1494 bis 1514*, Leipzig 1874, p. 19:

“Staat nannten sie Anfangs die einer Familie am nächsten zugethanen Freunde; und wir finden, dass Foligno dei Medici klagt, ihr Staat habe abgenommen; er zähle statt 100 nur 50 Männer und diese schlecht mit Kindern versorgt. Die Vornehmsten des Staats, welche mit den Abgeordneten der Stadt zu Lorenzo kamen, wie er sagt, um ihm die allgemeine Sorge zu übertragen, waren nicht etwa aus der Landschaft, denn diese heisst Dominio und hat nicht den mindesten Einfluss, sondern es waren die Freunde, der alte Staat, ohne den Lorenzo für schwer hält, in Florenz zu leben. Indem sich nun an diese Nächsten die Partei schloss, und die Partei über die Stadt Herr ward, und die Stadt über das Land, ward der Name des ursprünglichen Verhältnisses auf das ganze übertragen. Nirgends war wirkliche Freiheit”.

Compare D. FRIGO: *Il padre di famiglia. Governo della casa e governo civile nella tradizione dell'“economica” tra cinque e seicento*, Roma 1985, que explica el papel del padre de familia según la filosofía cortesana.

de Europa". La situación en el Imperio era distinta. Allí la libertad estaba garantizada por una constitución de privilegios, derechos y libertades, organizadas jerárquicamente. La reputación del emperador dentro de la nación, decía Ranke, se debía a su dignidad, la más alta en la cristiandad, y la que culminaba la jerarquía del Imperio, y también a la conservación de derechos consuetudinarios, a su función como juez, y a la influencia que pudo ejercer en la Dieta. No obstante, el Imperio tampoco estuvo libre de la política cortesana. Para el emperador Maximiliano, la prioridad había sido siempre la grandeza de su Casa, y el bien del Imperio, o incluso el de sus territorios hereditarios, venía en segundo lugar.

Su nombre es grande, decía un legado papal, en un país dividido tiene mucho poder, todo el mundo le mira, no se hace nada sin él. Esta fue la raíz de muchos defectos. Muchas veces las libertades fueron concedidas exclusivamente a base de consideraciones personales, en detrimento de otros; muchas veces los asuntos judiciales quedaron desatendidos si uno no aparecía con suficiente dinero en la Corte; muchas veces asuntos de la Casa fueron convertidos en asuntos de interés general, mientras las verdaderas necesidades eran abandonadas. Los príncipes se quejan de que el Emperador no les consulta a ellos, sino a los consejeros de la Corte¹⁷.

LOS OTOMANOS Y LA MONARQUÍA ESPAÑOLA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

Esta concepción del Estado, la aplicó también a la Monarquía hispana en *Die Osmanen und die spanische Monarchie im 16. und 17. Jahrhundert* (1827)¹⁸, y fue determinante para su interpretación de la decadencia. En su introducción sostuvo que en el siglo XVI, la civilización europea tenía su principal asiento en el Mediodía. Era la época del florecimiento de la literatura italiana y en la que los imperios español y turco habían llegado a la cumbre de su poder. El objetivo del estudio era

¹⁷ L. VON RANKE: *Geschichten der romanischen und germanischen Völker...*, op. cit., p. 76:

„Sein Name ist groß», sagt ein päpstlicher Abgeordneter; «in einem Land voll Parteigung vermag er viel; jedermann blickt auf ihn, ohne ihn wird nichts geschehen». Hier waren indeß große Mängel. Oft wurden Freiheiten blos aus persönlicher Rücksicht zum Nachteil Anderer ertheilt; oft blieben die Rechtssachen dahinten, wenn man nicht mit genügsamen Geld bei Hof erschien; oft wurden Haussachen zu allgemeinen Angelegenheiten gemacht, und die wahren Bedürfnisse vernachlässigt; die Fürsten klagten, daß der Kaiser nicht seine Fürsten, sondern seine Hofrätthe frage“.

¹⁸ El libro apareció primero dentro de la serie *Fürsten und Völker von Süd-Europa im 16. und 17. Jahrhundert*. Citaré por una edición con este título.

averiguar las causas de su decadencia posterior. Según Ranke, no habían sido las invasiones, ni las batallas, ni el golpe repetido de inevitables desastres. Las causas de la decadencia eran el resultado del “desarrollo interior”. Con esto se refería a la evolución del Estado que, según él, tuvo un particular recorrido en España.

Manifestó que para estudiarlo no bastaban las crónicas contemporáneas impresas, que constituían un medio propicio para expresar de manera elocuente contenidos generales, pero que proporcionaban un conocimiento insuficiente de la historia. Era menester recurrir a las fuentes no impresas, de los contemporáneos que habían intervenido en “los asuntos públicos” y que daban un conocimiento más verdadero de ellos. Entre las fuentes que más destacaban en este sentido estaban los relatos de los embajadores venecianos¹⁹. La objetividad de estos estaba relacionada con la circunstancia de que Venecia era una potencia intermedia, que se encontraba entre dos poderes: el Imperio español y el otomano. Venecia estaba relacionada comercial y políticamente con medio mundo, no era suficientemente fuerte como para valerse por sí misma, pero tampoco tan débil como para tener que esperar impotente el desarrollo de los acontecimientos. Esta circunstancia explicaba la calidad de observación de sus embajadores, testigos ideales de las evoluciones internas de los Estados.

Después de haber analizado el imperio de los otomanos en la primera parte de su estudio, concluyó que la monarquía romano-germánica tenía unas bases muy distintas. En vez de un Estado, cuyo señor y potentado ilimitado era el príncipe, había en el Occidente un Estado basado en la libertad de los individuos, que concedía al soberano tanto poder como fuese necesario para defenderles de los enemigos interiores y exteriores. El príncipe oriental era como “un autócrata entre siervos, mientras el rey germano era el protector de la libertad colectiva, el garante de los derechos personales, el escudo de la patria”²⁰. Ciertamente, escribía

¹⁹ Ranke suplementaba su investigación en los archivos, muchos de los cuales se encontraban en un estado muy desordenado después de las invasiones napoleónicas, con documentos venecianos. Algunos compraba directamente en el mercado italiano. Véase U. TUCCI: “Ranke and the Venetian document market”, en G. G. IGGERS y J. POWELL (eds.): *Leopold von Ranke and the shaping of the historical discipline*, Syracuse 1990, pp. 99-107.

²⁰ L. VON RANKE: *Fürsten und Völker von Süd-Europa im 16. und 17. Jahrhundert*, Berlin 1837, p. 99:

“Der orientalische Fürst ist Alleinherr unter Knechten (...); der germanische Fürst dagegen ist der Schutz der gemeinen Freiheit, der Erhalter der persönlichen Rechte, der Schirm des Vaterlands”.

Ranke, el Estado no era “una unidad orgánica”, generalmente constituido a través de conquistas, como se lo entendía en su propia época, sino que era un conjunto de partes coordinadas, que poseían cada una sus propios derechos. Se habían ido uniendo, no por un interés en común, sino a través de la herencia dinástica. Estudiando la evolución de esta monarquía, Ranke distinguió dos fuerzas antagónicas. A pesar de su poder limitado, el soberano había adquirido una preeminencia importante, puesto que la unión del conjunto estaba concentrada en él y dependía de su persona. Se esforzaba frecuentemente en unir los distintos territorios en empresas comunes, y procuraba gobernarlos bajo un principio general. La pregunta que se planteó Ranke era si los territorios habían podido preservar su antigua independencia o si, por el contrario, el príncipe había conseguido juntarlos en una unidad más estrecha. Se preguntaba pues, por el proceso de formación del Estado, e hizo énfasis en que esto no solo significaba que había que fijarse en la unidad, sino que también era importante tener en cuenta las fuerzas contrarias.

Para Ranke, el soberano era la personificación del Estado, y por esta razón su análisis arrancó con retratos de Carlos V, Felipe II y Felipe III. A partir de allí estudió, a través de círculos cada vez más amplios a los ministros y los consejos, y luego las administraciones de las distintas provincias. El emperador fue retratado como un hombre que después de haber llevado una vida tranquila, desarrolló una actividad frenética a una edad relativamente avanzada. Este cambio se empezó a notar durante su visita a Italia en 1529. Desde entonces llevaba todas las negociaciones, comandaba al ejército, y viajaba adonde su presencia fuese requerida. Era lento en la toma de decisiones, pero una vez que se había decidido, nadie era capaz de hacerle cambiar de opinión. Ejecutaba sus decisiones con mucha paciencia, y siempre esperaba a que se presentara la ocasión adecuada para dictar sentencia. De ninguna manera su política podía ser considerada como arbitraria. Sorprendía a los enviados con un profundo conocimiento de sus gobiernos, y con su previsión.

Semejante hombre, lleno de tranquilidad y de moderación, suficientemente afable como para agradar a distintas personas, lo bastante sagaz como para mantener a la vez la sumisión de muchas, parecía adecuado para gobernar a distintas naciones juntas ²¹.

²¹ L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, op. cit., p. 109: “Ein solcher Mensch, voll Ruhe und Mäßigung, leutselig genug um sich Verschiedenen zu bequemen, scharf genug um Viele zugleich in Unterwerfung zu halten, scheint wohl geeignet mehreren Nationen zusammen vorzustehen”.

Esto es precisamente lo que Ranke cuestionaba en Felipe II. Se podía pensar, escribía,

que solo un soberano con sentimientos liberales, más inclinado a deleitarse y a disfrutar del mundo, que a dirigirlo según sus propias inclinaciones, y dispuesto a conceder a otros una esfera de desarrollo propio, fuera capaz de reconciliar los ánimos divididos o al menos apaciguarlos y frenar el estallido de sus pasiones²².

El heredero de la Monarquía hispana necesitaba maneras afables y condescendientes, y un carácter sereno para acercarse a todos sus súbditos. Y esto es lo que cabía esperar de un hombre que sentía la grandeza de su destino. Sin embargo, la descripción del carácter de Felipe II refleja todo lo contrario de lo expuesto anteriormente.

Ranke se basó en los testimonios de embajadores venecianos, expertos en el arte cortesano de la observación²³. Así citaba a Marino Cavalli, quien escribía:

*Ha piacere di starsi in camera co' suoi favoriti a raggiunare di cose private, et se talhora l'imperatore lo manda in visita, si scusa per godere la solita quiete*²⁴.

Contrastaba este comportamiento con el carácter del emperador, quien era mucho más sociable. Los relatos muestran, efectivamente, que Felipe no causó siempre una buena impresión entre la aristocracia europea, y que existía cierta preocupación entre los nobles italianos por verle muchas veces rodeado por un

²² L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, op. cit., p. 113-114: "...daß nur ein freisinniger Fürst, geneigter sich an der Welt zu erfreuen und sie zu genießen als sie nach seinem Sinne einzurichten, im Stande war die entzweiten Gemüther der Völker wenn nicht zu versöhnen, doch zu besänftigen und von einem Ausbruch ihrer Leidenschaft zurückzuhalten".

²³ Véase al respecto A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO: "Ver y conocer. El viaje del príncipe Felipe", en J. MARTÍNEZ MILLÁN (coord.): *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530-1558)*, Madrid 2001, II, p. 55:

"Cada movimiento en público del Príncipe era descrito por los embajadores y pretendientes en sus despachos. Una señal equívoca, como, por ejemplo, distinguir en las cortesías a alguno de los potentados, podía interpretarse como indicio de una política deliberada impulsada por el Emperador con miras a alterar los equilibrios territoriales en el Norte de Italia".

²⁴ L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, op. cit., p. 115, nota 2. El relato está reflejado, traducido al castellano en J. GARCÍA MERCADAL (ed.): *Viajes de extranjeros por España y Portugal. Desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo XX*, Salamanca 1999, pp. 215-226. La cita en cuestión en p. 223.

nutrido grupo de favoritos españoles²⁵. Ranke observó en las fuentes la importancia de la conducta del rey, pero lo interpretaba dentro del contexto de la sintonía entre rey y pueblo. “Se veía que le faltaban los rasgos que atraen al pueblo, italianos y holandeses le tenían bastante antipatía, y los alemanes más”. Escribía que en 1554, cuando Felipe II abandonaba España nuevamente para viajar a Inglaterra, se mostró menos soberbio y más sociable, “como si quisiera, con estas maneras exteriores, parecerse a su padre”²⁶. En realidad, añadía Ranke, no hubo

²⁵ Al respecto, A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO: “Ver y conocer...”, *op. cit.*, en el que el autor explica que el príncipe fue observado con celos, sobre todo al principio de su viaje en Génova, puesto que no supo adaptar su comportamiento a las costumbres cortesanas italianas. Sin embargo, hizo un esfuerzo por reconducir sus maneras, y en Milán ya causó más entusiasmo. Durante su estancia en las ciudades germánicas, se notó cierta torpeza en su intento de asimilar las maneras alemanas y se notó que no era muy diestro en bailar a la manera alemana, pero en todo caso mostró buena disposición y evitó que su viaje terminara en un fracaso. Felipe fue minuciosamente observado por los nobles italianos, los magnates alemanes, y los aristócratas europeos, quienes intentaron conocer y tomar la medida al heredero del emperador para sacar provecho de este conocimiento en sus negociaciones con él. Felipe y su círculo, por otra parte, intentaron escrutar el estado de ánimo de los cortesanos, para adaptarse a las circunstancias. En la corte, que se articulaba según las relaciones personales, una buena sintonía tenía una importancia política vital.

²⁶ L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, *op. cit.*, p. 115: “...als suche er auch in äußerlichen Manieren seinem Vater ähnlich zu werden”. Ranke reflejaba probablemente la opinión del embajador veneciano, Miguel Suriano. Véase J. GARCÍA MERCADAL (ed.): *Viajes de extranjeros...*, *op. cit.*, pp. 305-306:

“El rey católico nació en España en el mes de mayo de 1527, y pasó la mayor parte de su juventud en ese reino, donde, según la costumbre del país y la voluntad de su padre y de su madre, la cual era de la casa de Portugal, fue educado con esa diferencia y ese respeto que parecían convenientes para el hijo del más grande emperador que hubo jamás en la cristiandad y el heredero de tantos estados y grandeza. Esa educación tuvo por resultado el que cuando el rey dejó la primera vez España y se dirigió a Flandes, pasando por Italia y Alemania, produjo en todas partes el efecto de ser severo e intratable, de suerte que fue poco grato a los italianos, que desagradó por completo a los flamencos y que los alemanes le tomaron odio. Pero, habiendo sido advertido, primero por el cardenal de Trento, después por la reina María y más eficazmente aún por su padre, de que esa severidad no sentaba bien en un príncipe destinado a reinar sobre varias naciones de costumbres y de espíritu diversos, cambió su manera de ser, hasta el punto que, en su viaje para pasar a Inglaterra, dio por todas partes prueba de una dulzura y de una afabilidad tan grandes que no hay príncipe que le haya sobrepasado en ese respecto”.

ningún cambio, solo deseaba agradar a los ingleses, puesto que quería ser su rey. De esta manera, el arte cortesano de la observación, la prudencia y la circunspección, se convertía para Ranke en una actitud hipócrita, un fingimiento.

El historiador alemán describió a un hombre que actuaba con una “impasibilidad orgullosa en su aislamiento”; con una gravedad llevada hasta el límite; que desde que regresó a España en 1559 no volvió a salir de la península; que fijó su residencia en Madrid, desde donde “un triste camino, a que ningún árbol daba sombra” le conducía a El Escorial, “entre áridos collados en un pedregoso valle”. En su palacio, Felipe II se dedicaba infatigablemente a los negocios del gabinete y a través de numerosos informantes se mantenía meticulosamente al tanto de todas las personas que eran candidatas para ejercer algún oficio en la corte o para recibir alguna merced. En una ocasión, cuando alguien le fue recomendado, con una alabanza a su conocimiento y capacidad, contestó “no me decís nada de sus amores”, citaba Ranke a Luis Cabrera de Córdoba.

De esta manera vivía en completa soledad, a la vez que, en cierto modo, conocía a todo el mundo personalmente; estaba aislado de sus coetáneos, pero era su gobernador, él mismo se encontraba en una situación de reposo absoluto y, sin embargo, era el generador de los movimientos que afectaban a todo el mundo ²⁷.

Perseguía “obediencia y fe católica en el interior, sujeción y fe católica en todos los demás países”. Estaba convencido de que había nacido para defender este “culto exterior”, como mandato de Dios. Identificaba el aumento de su poder con el progreso de la religión católica. Sin embargo, lo que realmente ambicionaba era el engrandecimiento de la Casa de Austria. En este sentido, Felipe II no era muy distinto de Carlos el Temerario, ni de Maximiliano I, con la diferencia de que, después de estos, la política de los Austrias se había mezclado con discursos religiosos.

Los cambios que se produjeron en la política durante el reinado de Felipe II estaban relacionados con una dinámica cortesana. El carácter del rey, siempre lleno de sospechas, y la pugna de los cortesanos por su favor, tuvieron como consecuencia que la corte fuera un lugar en el que era difícil mantenerse, donde uno

²⁷ L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, op. cit., p. 121:

“So lebte er in vollkommener Einsamkeit und doch mit der ganzen Welt gleichsam persönlich bekannt; abgeschieden von seinen Zeitgenossen und doch ihr Regierer; selber in einer beinahe bewegungslosen Ruhe, aber dabei Urheber von Bewegungen welche die Welt umfaßten”.

nunca podía estar seguro de su futuro. “A nadie le fue tan fácil como a este monarca el retirar su habitual confianza, y limitar el favor acostumbrado”²⁸. Solía actuar con mucho disimulo, hasta que dejaba estallar su desagrado. Ranke citaba a Cabrera de Córdoba en que para muchos la desgracia significaba la muerte, y que se decía en la corte que su sonrisa no estaba muy lejos de su puñal. Esta dinámica tuvo consecuencias políticas, como se veía particularmente en Flandes, donde Felipe II primero impuso una política de mano dura con el duque de Alba, y luego intentó apaciguar la situación con una política más moderada, enviando a Requesens²⁹.

Felipe III era todavía menos enérgico que su padre, y además le faltaba voluntad para dedicarse a los negocios de Estado. Según el historiador: “...hay dos tipos de virtud: o pertenecen a una actividad dirigida hacia el exterior, que se extiende por su propia fuerza, o a una actividad dirigida hacia el interior, que se limita a sí mismo...”³⁰. Para Ranke, un hombre perfecto, léase un hombre de Estado, llevaba una combinación ideal de estos dos tipos. Se sorprendía de que el cronista Porreño³¹ considerara a Felipe III valiente, generoso y prudente, a la vez que clemente, piadoso y casto. Felipe III, según esta visión, disponía de

²⁸ L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, *op. cit.*, pp. 125-126.

²⁹ En realidad los preceptos políticos de Requesens no se diferenciaban fundamentalmente de los que defendía el duque de Alba. El envío de Requesens, estudiado desde la perspectiva de la dinámica de los partidos cortesanos, probablemente tuvo como causa que era un hombre falto de carisma, controlable a distancia, relativamente neutral en cuanto a las luchas faccionales y con cierta intimidación con los expertos en los asuntos de Flandes, como Granvela y Arias Montano. Véase al respecto, J. VERSELE: “Las razones de la elección de Don Luis de Requesens como gobernador general de los Países Bajos tras la retirada del duque de Alba (1573)”, *Studia Historica. Historia Moderna* 28 (2006), pp. 259-276.

³⁰ L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, *op. cit.*, pp. 130-131: “...so sind menschliche Tugenden von zweierlei Art: sie gehören entweder einer nach außen gerichteten, sich selbst ausbreitenden, oder einer nach innen gewandten, sich selbst beschränkenden Thätigkeit an”.

³¹ Sobre Baltasar Porreño, véase el estudio introductorio de A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO a B. PORREÑO: *Dichos y hechos del señor rey Don Felipe Segundo, el prudente potentísimo y glorioso monarca de las Españas y de las Indias*, ed. de P. Cuenca, Madrid 2001, pp. 9-126. Respecto a su libro sobre Felipe III, *Historia de la vida y hechos del ínclito monarca, amado y santo D. Felipe Tercero*, el autor escribe que la obra permitía la posibilidad de que Roma reconociese un rey santo perteneciente a la rama española de la Casa de Austria, si no prosperaban los intentos de beatificar a alguna de las infantas de la familia de Felipe II y Felipe III. No obstante, Felipe IV no amparó el libro, que quedó inédito hasta el siglo XVIII.

la combinación ideal de las dos virtudes. Sin embargo, según Porreño, ser valiente significaba tener la capacidad de controlar sus pasiones; liberalidad significaba otorgar donaciones a iglesias, fundar colegios, y dar dinero a los persas para que los turcos no hicieran incursiones en las costas españolas, y finalmente su inteligencia consistía en su voluntad para dejarse instruir, para asumir los juicios de los demás. “Y de esta manera desaparecen sus virtudes activas”, añadía Ranke. El historiador, pues, consideraba que las definiciones cortesanas de las virtudes apuntaban a una concepción vital desequilibrada. Explicaba la evolución del carácter de los Austrias españoles a partir de la endogamia de los Habsburgo, y lo comparaba con la degeneración que se produjo en la familia de los merovingios y la descendencia de Pipino.

Ampliando el círculo constataba que, teniendo en cuenta el carácter de los monarcas, se podía entender que los consejeros de Carlos V tuvieran poca influencia, que con Felipe II aumentara su poder, y que con Felipe III fueran omnipotentes. Cuando Carlos V todavía no había vencido los obstáculos que le inhibían de crear una esfera de actividad libre, su corte tenía una importancia grande. El camarero mayor, el mayordomo mayor, el caballerizo mayor y el confesor, los cargos más importantes en la corte, ejercían “al principio” una gran influencia sobre el gobierno. Un oficio en la corte era el primer paso hacia una función en el gobierno, o una dignidad eclesiástica. La corte era “el centro de la vida pública”. Ciertamente, una dependencia demasiado grande del rey de sus cortesanos implicaba grandes riesgos. Cuando Carlos llegó con su séquito a España, los grandes españoles notaron con gran descontento que era imposible tener cercanía al rey, por la preeminencia de los cortesanos flamencos, como el camarero mayor Chièvres. Esto, según el historiador, contribuyó a la rebelión de las Comunidades ³².

La corte, para Ranke, era la causa de una mutación de los valores de la sociedad feudal, de la transformación del caballero [*Ritter*] en gentilhomme [*Cavalier*]. El caballero se caracterizaba por una valentía inspirada en intenciones elevadas, una inquebrantable fidelidad hacia el señor con quien se había comprometido, y una devoción desinteresada hacia las mujeres. Al gentilhomme le caracterizaban las virtudes personales y las habilidades que demostraban su honor. Observaban una obediencia absoluta y se acercaban con gracia cortesana hacia sus príncipes. Con respecto a las mujeres intentaban mostrar versatilidad

³² L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, *op. cit.*, p.142.

en la galantería. Su educación consistía en todos aquellos ejercicios que se enseñaban “todavía” en tiempo de Ranke a la juventud de la alta sociedad: bailar y voltear, montar a caballo y luchar, con poca atención para la adquisición de saberes. La esperanza, según Ranke, de recibir alguna gracia del rey inducía al cortesano a un comportamiento sumiso³³. “Entre los españoles, a los que la orientación católica daba un particular impulso, se desarrolló esta mentalidad que Calderón ha sabido trazarnos”³⁴.

El cambio de mentalidad provocado por la corte, fue considerado por el historiador como una evolución negativa, sobre todo teniendo en cuenta el poder político que ejercieron los cortesanos. El ámbito inmediato de la corte no se restringía al servicio personal del soberano, sino también se extendía a la administración. El emperador, sin embargo, cuando empezó a obrar por sí mismo, “disolvió completamente la conexión entre la corte y los negocios públicos”³⁵. Ranke repasaba los principales servidores de Carlos V, intentando demostrar esta división entre Estado y Corte. Así escribió que Nassau y Büren, quienes tenían un papel importante en la corte, no participaban en la administración del Estado³⁶. Después de la muerte de Nassau, abolió el cargo de camarero mayor,

³³ Crear expectativa entre los cortesanos era un instrumento fundamental del gobierno cortesano. Como escribe A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO en *Milán y el legado de Felipe II. Gobernadores y corte provincial en la Lombardía de los Austrias*, Madrid 2001, p. 99, con respecto al gobierno de Milán:

“La expectativa de la merced llevaba a los caballeros a estimar y a obedecer al gobernador. *Negociar por su mano* equivalía a confiar en su intercesión ante el favor regio para obtener beneficios. Si se privaba al gobernador de la seducción mediante el patronazgo los caballeros dejaban de obedecer y actuaban según su albedrío...”.

³⁴ L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, op. cit., pp. 144-145: “in den Spaniern, denen die katholische Richtung ihrer Monarchie eine Art von Schwung gab, entwickelte sich jene Gesinnung die uns Calderón geschildert hat”.

³⁵ *Ibidem*, p. 145: “Carl nun löste die Geschäfte, so wie er selbständiger ward, völlig von diesem Hofe ab”.

³⁶ Después de la muerte de Felipe I, el conde Nassau abandonó Castilla, y regresó a los Países Bajos, donde entró en el gobierno de Margarita de Austria. Inició un fructífero contacto con Carlos de Gante, en cuya casa recibió asiento como chambelán. En 1510 era miembro del Consejo de Finanzas. En 1515 entró en el Consejo Secreto, y poco después fue nombrado gobernador de Holanda, Zelanda y Frisia Occidental. Consecutivamente, Carlos confió distintos encargos militares y diplomáticos al conde. Tras el fallecimiento de Guillaume de Croy, fue nombrado primer chambelán del emperador. Durante los años que Carlos residió

y el sumiller de corps, que le sustituyó, según Ranke, no era considerado de mucha importancia. Alba fue mayordomo mayor, pero bajo Carlos V, sostuvo, no tenía mucha influencia, y si tenía algo de autoridad, añadía, no la debía a su función en la corte³⁷. Después de Lannoy, “no se oye nada más del poder del caballero mayor”³⁸. El único servidor que conservaba su influencia en el

en España, Nassau aumentó su influjo en la corte, y entró en los Consejos de Estado y Guerra y asumió la presidencia del Consejo de Hacienda. En 1524 “era tenido por el más acepto y privado suyo de quantos andavan a su servicio”. En 1525 fue enviado a Portugal para tratar del casamiento del emperador con la princesa Isabel, y un año más tarde participaba en los preparativos para la Paz de Cambrai en 1529. Este año formó parte del séquito del emperador y su jornada a Bolonia. En 1532 fue nombrado cazador mayor de Brabante. En 1534 abandonó la corte de Carlos V. Este, sin embargo, le envió pronto a la corte de Francisco I, para intentar separar a los franceses de la alianza con Inglaterra. De nuevo en Flandes ingresó en el gobierno de María de Hungría. Murió el 13 de septiembre de 1538. Véase S. FERNÁNDEZ CONTI: “Nassau, Enrique de (III conde de Nassau, marqués de Cenete y señor de Breda)”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La Corte de Carlos V, op. cit.*, III: *Los Consejos y los consejeros de Carlos V*, pp. 292-294.

³⁷ Ranke se refería a Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba, puesto que aludía a su papel político en el reinado de Felipe II. Se basa en una frase de Cavalli que cita: “Es verdad que por ceremonia, más que por otro, es admitido el duque de Alba”. Sin embargo, en el mismo relato, Cavalli dice:

“De estos mayordomos es superior el duque de Alba, el cual es mayordomo mayor y capitán general de su majestad, el cual es señor de toda la corte y tiene la provisión ordinaria de doce mil escudos, y de extra ordinario saca ocho mil, con la obligación de tener mesa a los soldados y otros gentilhombres de la corte honorabilísima, y entra en todos los Consejos secretos con grandísima autoridad”.

Que Alba entraba con gran autoridad en todos los Consejos secretos, no cuadraba en la tesis de Ranke de que Carlos V estableció una separación entre gobierno y corte. De ahí su comentario de que si el duque tenía algo de autoridad no lo debía a su función en la corte, algo que el historiador no especificaba más. Para el papel político de Alba en la corte, véase J. MARTÍNEZ MILLÁN: “The duke of Alba in the court of Charles V and Philip II”, en M. EBBEN (ed.): *A collection of biographical articles on Fernando Alvarez de Toledo, third duke of Alba, 1507-1582*, en prensa. Para una biografía resumida de Alba durante el reinado de Carlos V, véase S. FERNÁNDEZ CONTI, en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La Corte de Carlos V, op. cit.*, pp. 33-39.

³⁸ Charles de Lannoy fue sustituido en 1522 por César Ferramosca, cuando aquél fue elegido para el virreinato de Nápoles. Ferramosca hizo una carrera fulgurante en la corte, algo que se veía reflejado tanto en las instituciones de gobierno como de la casa real. Así, en 1524, recibió el título de Consejo de Guerra. Ferramosca cayó pronto en desgracia. No obstante, a

gobierno era el confesor, algo que Ranke consideraba lógico teniendo en cuenta la cantidad de asuntos espirituales que el emperador trataba, como los Concilios, la guerra contra los turcos, la presencia de los moriscos en España, y los nuevos cristianos y protestantes. Sin embargo, el confesor tenía que guardarse de dar sus opiniones con “modestia y bien fundamentado”, escribía citando a Cavalli ³⁹. Como prueba de que Carlos V siempre actuaba con independencia, alegaba Ranke que en su corte no había facciones, ni casos llamativos de caídas en desgracia, obviando de esta manera la lucha empleada por el grupo castellano por imponerse en la corte imperial ⁴⁰. Una vez que el emperador se había

finales de 1526 fue enviado a Italia, donde con Lannoy intentó prevenir el saqueo de Roma por el ejército imperial amotinado. Allí murió en 1528. Ferramosca fue sucedido como caballerizo mayor por Adrien de Croy (1526–1529). Este había entrado en la Casa de Carlos de Gante como chambelán en 1517. Se distinguió sobre todo en las tareas diplomáticas. En 1525, Carlos V le dio entrada en el Consejo de Estado. Para entonces ya había ascendido como segundo chambelán. En 1530 alcanzó el puesto de mayordomo mayor. En 1532 accedió al gobierno de la provincia de Flandes-Galicante y en 1540 del estado de Flandes. En 1540 ingresó en el Consejo de Estado de los Países Bajos, y dos años más tarde en el Consejo de Guerra. En 1549 se convirtió en *chef des finances*. Véanse las biografías de S. FERNÁNDEZ CONTI, en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La Corte de Carlos V*, op. cit., III, pp. 134–135 y 109–110, respectivamente.

³⁹ La cita reza:

“Questo confessore entra in tutti li consigli dove si trattano cose pertinente alla coscienza, et per questo viene amesso dove si parla di guerra et anco si parla di giustitia, et particolarmente quando si consultano le denominationi de beneficii..., d’usure et quasi di tutte le cose che faccia l’imperatore. Bisogna che lui con destrezza non manchi di dire l’opinion sua fondatamente et con buona ragione et veda di dirla con tanta modestia che sia accettata la verità: altrimenti fa poco frutto et diminuisce l’autorità sua infinitamente”.

⁴⁰ L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, op. cit., p. 146: *“Wie unabhängig sich Carl hielt, davon ist ein nicht übler Beweis, daß wir an seinem Hofe nichts von Factionen, selbst nichts von auffallenden Ungnaden vernehmen”.* La denominación facción castellana se deriva del objetivo político de imponer los intereses de Castilla sobre el resto de los reinos que componían el Imperio de Carlos V. Cabe señalar que la pugna entre las distintas facciones religiosas no solo se expresaba en el ámbito político, sino también en el campo ideológico y religioso. Así, frente a la espiritualidad intelectualista de los castellanos se pueden distinguir otras facciones cortesanas con una espiritualidad más mística, personal y vivencial. Véase J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Corrientes espirituales y facciones políticas en el servicio del Emperador Carlos V”, en W. BLOCKMANS y N. MOUT (eds.): *The world of emperor Charles V*, Amsterdam 2004, pp. 97–126.

independizado de los cortesanos, habrían surgido instituciones estatales, independientes de la corte ⁴¹. El Estado sustituyó a la Corte.

Ranke describió la organización del gobierno casi exclusivamente basándose en el relato de Cavalli, según él, la única fuente al respecto. Puesto que cada provincia de la Monarquía hispana tenía su propia administración, era necesario evaluar en qué medida el emperador había sabido dar unidad a este diverso conjunto. Para Ranke, la institución principal era un Consejo de gobierno supremo, compuesto por los consejeros de las administraciones provinciales, y citaba a Cavalli ⁴². Comentaba que, teniendo en cuenta la utilidad de semejante institución en una monarquía con una “unidad orgánica”, más ventajoso lo era en un imperio donde los estados eran casi independientes el uno junto al otro. Siguiendo su sentido común decía que los miembros podían considerarse tanto órganos del gobierno como representantes de sus provincias. A la vez que estaban obligados a favorecer los intereses de sus respectivos territorios, no podían negar “la necesidad de la totalidad”, ni endurecerse en contra del interés general ⁴³. Por otra parte, las provincias estaban más fácilmente inclinadas a obedecer una decisión de un Consejo en el que estaba integrado uno de los suyos, que las de “un poder absoluto” que mandaba en solitario. El funcionamiento del

⁴¹ L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, op. cit., p. 146: “*So verschwindet denn allmählig die Wirking, die dieser Hof anfangs ausübte; es treten Staatseinrichtungen hervor, welche von dem Leben unabhängig sind*”. M. RIVERO RODRÍGUEZ explica justamente en *Gattinara. Carlos V y el sueño del Imperio*, Madrid 2005, pp. 130-137, que por estos años se creyó el sistema virreinal. Un sistema no estatista, basada en la reforma del Consejo de Aragón, en el que “el Emperador y las relaciones de dependencia personal garantizaban la organización y cesión del conjunto de los Estados”.

⁴² “Para los gobiernos de sus estados tiene su majestad un Consejo de diversos doctores regentes: uno de Sicilia, uno de Nápoles, uno de Milán, uno de Borgoña, uno de los Países Bajos, uno de Aragón y uno para Castilla, con otros dos o tres doctores, todos lo cuales, reunidos en las cosas de máxima importancia, consultan y juzgan cada cosa particular del emperador pertinente a sus estados. Especialmente cada uno de ellos es de su propia provincia, instruye e informa a los otros, solicitando su expedición. Jefe de todos ellos es el monseñor de Arras” (Cito la traducción de J. GARCÍA MERCADAL (ed.): *Viajes de extranjeros...*, op. cit., pp. 220-221).

⁴³ En realidad, hubo una dura pugna entre las diversas elites por conseguir la representatividad e influencia correspondiente a sus intereses territoriales, lo que se reflejó en las luchas cortesanas por el control de las instituciones. Véase al respecto J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La Corte de Carlos V*, op. cit., I, p. 141.

gobierno gozaba además de un mecanismo de control por la función del Consejo de Hacienda que, según opinaba Ranke, “se habrá relacionado” con el otro Consejo en el sentido de que el uno reclamaba lo que el otro se negaba a dar. En los últimos años del gobierno de Carlos V, hubo por encima de estos consejos un Consejo de Estado, pero este, decía Ranke, no tenía mucha influencia, puesto que en él estaban integrados Alba y el confesor ⁴⁴. Al emperador le gustaba deliberar con un solo consejero. Primero Gattinara, y luego Granvela, gozaron de su confianza, aunque según el historiador no mandaban. La ejecución de las decisiones tomadas entre los dos, era discutida con los dos Consejos, luego las chancillerías del Imperio, de España y de Italia, se encargaban de hacerlas valer y de encaminarlas hacia los gobiernos de los distintos territorios. Ranke concluía diciendo que el emperador siempre tomaba las decisiones de manera autónoma y que, en la cúspide del poder, se mantenía independiente de “influencias extrañas” ⁴⁵.

Esto, en contraste con su hijo. El sistema de gobierno establecido por Carlos V se alteró con el ascenso de Felipe II al trono. Es aquí donde aparece nuevamente la política cortesana. Mientras el emperador trataba por igual a los españoles, los holandeses y los italianos, Felipe II accedía a los reclamos de los españoles, que pretendían una participación predominante en el gobierno. El rey se estableció en Castilla e introdujo un nuevo sistema de gobierno, en el que todos los territorios quedaron subordinados al reino de su residencia, pues al lado de los Consejos de Justicia, de Inquisición, de Órdenes, de Indias, añadió ahora algunos nuevos para Aragón, Italia, y los Países Bajos, equiparando de esta manera consejos territoriales con temáticos. Ya no había reuniones y deliberaciones colectivas, algo que Ranke consideraba una característica tan positiva del gobierno del emperador. Ahora, la preocupación por la totalidad correspondía principalmente al Consejo de Estado, y la constitución de este órgano cambió de manera significativa:

⁴⁴ El Consejo de Estado sucedía al Consejo privado y el Consejo secreto, y era el principal de todos los Consejos. Véase la relación de los consejos de Carlos V en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La Corte de Carlos V*, op. cit., III. Precisamente, Nicolás Perrenot se retiró en 1548 de la corte por su desacuerdo con la política belicista del duque de Alba. Véase la biografía de S. FERNÁNDEZ CONTI en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La Corte de Carlos V*, op. cit., III, p. 337-338.

⁴⁵ L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, op. cit., p. 150: “...in seinen Entschlüssen aber finden wir ihn bis auf seine letzten Jahre immer selbständig, in der Ausübung der höchsten Gewalt von fremdartigem Einfluß unabhängig”.

La manera en la que el Consejo de Estado estaba constituido, es muy curiosa. Cuando todavía era príncipe, [a Felipe II] le hicieron una Corte, constituida según el estilo borgoñón y compuesta casi enteramente de castellanos. El mayordomo mayor era el duque de Alba, el caballero mayor Don Antonio de Toledo, de la misma familia del duque, y Figueroa, el conde de Feria, también pariente cercano, tenía a su cargo la guardia española. Entre los camareros –no hubo un camarero mayor, puesto que había suprimido el padre, y que tampoco se dio al hijo– destacaba Don Ruy Gómez de Silva, proveniente de una casa que estaba tanto extendida por Castilla como por Portugal, nacido además de la rama portuguesa, y que se hizo notable por el decidido favor que gozó con Felipe. Son estos quienes principalmente formaban la Corte del príncipe. Qué sorpresa nos debe causar, cuando vemos que una vez rey, constituyó de estos mismos individuos su Consejo de Estado, que se encargaba de los negocios generales de la monarquía entera, y esto teniendo a la vista el sistema de gobierno de su padre, y teniendo en cuenta que ya no era tan joven como para conformarse con unos personajes por los que casualmente se encontraba rodeado ⁴⁶.

Nobles tan destacados, que habían brindado un servicio notable a la Monarquía, como Emanuel de Saboya, Ottavio Farnese y Egmond, no fueron incluidos, y Granvela solo fue llamado cuando su presencia era indispensable. Los no castellanos, que sin embargo tenían sitio en el Consejo, solo habían sido nombrados porque el rey quería evitar que pasasen al servicio de otra potencia. Con Felipe II, Castilla se convirtió en la cabeza de la Monarquía, y a los españoles

⁴⁶ L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, op. cit., p. 152-153:

“Es ist immer merkwürdig, wie Philipps II Staatsrath gebildet war. Als er noch Principe war, bekam er einen auf burgundische Weise eingerichteten, indeß fast durchaus aus Castilianern zusammengesetzten Hof. Oberhausmeister war der Herzog von Alba; Oberstallmeister Don Antonio de Toledo, mit jenem von demselben Geschlecht; Figueroa, Graf von Feria, ebendenselben nah verwandt, befehligte die spanische Leibwache. Unter den Kammerherren – denn einen Oberstkämmerer, der den Vater abgeschafft, gab man auch dem Sohne nicht – finden wir vorzüglich Don Ruy Gómez de Silva, aus einem Hause, das zugleich in Castilien und Portugal sehr verbreitet war, und zwar aus dessen portugiesischer Linie gebürtig, durch die entschiedene Gunst, die er bei Philipp erwirbt, hervorrage. Diese sind es, welche den Hof des Principe wesentlich bildeten. Wie sehr muß es uns erstaunen, wenn wir sehen, daß er nachdem er König geworden, obwohl er die Geschäftsführung seines Vaters vor Augen hatte, obwohl er nicht so jung war um sich einer zufälligen Umgebung hinzugeben, daß er dennoch aus eben diesen einen Staatsrath zusammenfest, der die gemeinschaftlichen Geschäfte der ganzen Monarchie zu leiten beauftragt wird”.

se les concedió preponderancia sobre los asuntos de otros territorios⁴⁷. Por otra parte, nuevamente, los puestos de la administración eran ocupados por personas del servicio del rey, que no habían recibido una educación que les preparara para este empleo. La corte, por lo tanto, se sobrepuso al Estado⁴⁸. Ranke observó que dos personas destacaban dentro del Consejo de Estado, Ruy Gómez de Silva y el duque de Alba, que guardaban una gran enemistad mutua. No siendo representantes de unos territorios, a la vez que consejeros de Estado, sus discrepancias no provenían de la dificultad de compaginar distintos intereses territoriales con el interés general, lo cual, según Ranke, habría garantizado el equilibrio político del Imperio, sino de diferencias de carácter y de la ambición.

⁴⁷ Ranke se basaba en el relato de Miguel Suriano, véase J. GARCÍA MERCADAL (ed.): *Viajes de extranjeros...*, *op. cit.*, p. 307:

“Para el rey, ninguna nación está por encima de los españoles; en medio de ellos es donde vive; a ellos es a los que consulta, y por ellos es por los que se dirige, y todo eso en contra de la costumbre del emperador. Hace poco caso de los italianos y de los flamencos, y menos todavía de los alemanes; y si emplea hombres principales de todos los países sobre los que reina, no ven que admita a ninguno de ellos en sus consejos secretos, sino que los emplea únicamente para los asuntos de la guerra, y menos también quizá porque tenga estimación de ellos que por quitar a sus enemigos el medio de servirse de ellos contra él. Ése es el motivo por el que jamás ha dado al duque de Saboya y al duque Octavio (Farnesio) entrada en el Consejo de Estado; no han sido admitidos más que en el Consejo de Guerra, como, por otra parte, lo son todos los principales capitanes y los coroneles. El duque Octavio llama a ese Consejo el consejo de la plebe. Don Fernando Gonzaga fue admitido en el Consejo de Estado porque faltaban los hombres capaces; pero solo era llamado raras veces, y más por la necesidad que tenían de él que para darle una muestra de favor. El mismo señor De Arras, aunque haya sido tan empleado por el emperador en los asuntos importantes y haya conservado su puesto bajo el reinado actual, jamás acude más que cuando es llamado, y no lo es más que cuando hay que tratar asuntos difíciles y que no pueden sustraerse a su conocimiento”.

⁴⁸ En sí misma, la observación es acertada si se tiene en cuenta que la casa real fue un espacio clave en la distribución del poder político durante las Edades Media y Moderna. El rey, que gobernaba como un pater familias, era señor de su casa y padre de todos sus vasallos. Esto valía tanto para Felipe II como para el emperador. La diferencia que establecía Ranke entre la manera de gobernar de Felipe II y Carlos V era tendenciosa. La articulación política de la monarquía de Felipe II es explicada desde la Casa en J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (dirs.): *La Monarquía de Felipe II...*, *op. cit.*, para el planteamiento metodológico, véase I, pp. 49-51.

Siguiendo a Cabrera de Córdoba escribía que Ruy Gómez de Silva había conseguido el agrado del rey con las buenas maneras que caracterizaban a un talentoso cortesano. Era modesto en sus preguntas, no discutía demasiado, no intentaba entender más de lo que el rey quería que entendiese, era muy discreto, y no intentaba dar más brillo a su Casa de lo que convenía. Tenía una oficiosidad holgada, prudente, exigente y deferente, con la que conquistaba el favor del rey. Entendía que era necesario mantenerse en la cercanía del monarca. Perseguía influencia, aunque el camino para alcanzarla no estaba libre de disgustos. Opinaba que era necesario obrar con prudencia cuando se tenía una comprensión mejor de un negocio que el rey. Comprendía que no era conveniente imponer su punto de vista a través de un consejo expresado con libertad, sino a través de señales indirectas. Y Ranke escribía: “Cabrera le llama un feliz navegante del peligroso golfo cortesano, sin embargo, añadía el historiador, era indudablemente más; quería más que solo mantenerse”⁴⁹. Aludía, pues, a la ambición oculta del cortesano y daba una interpretación negativa a lo que era una descripción de las virtudes de este⁵⁰. Alba, por el contrario, nunca tuvo este tipo

⁴⁹ El peligroso golfo cortesano es una metáfora conocida que también utilizó Baltasar GRACIÁN. Véase el *Criticón*, ed. de Santos Alonso, Madrid 2009, crisi undécima, “El golfo cortesano”, pp. 226-227:

“Y no son todos hombres los que vemos, que hay horribles monstruos y aun acroceraunios en los golfos de las grandes poblaciones: sabios sin obras, viejos sin prudencia, moços sin sugestión, mugeres sin vergüenza, ricos sin misericordia, pobres sin humildad, señores sin nobleza, pueblo[s] sin apremio, méritos sin premio, hombres sin humanidad, personas sin substencia. Esto ponderaba el Sabio a vista de la corte...”.

⁵⁰ El sentido de la metáfora es hacer énfasis en los peligros que albergaba la corte, un mundo de engaños. Se trataba de conocerse a sí mismo, tanto para evitar caer en la tentación de las pasiones, y conseguir la felicidad a través de la virtud, como para poder defenderse contra aquellos que habían elegido el camino de los vicios para satisfacer sus ambiciones. Para lograrlo era necesario disimular, evitando que otros pudiesen escrutar sus objetivos y ponerle obstáculos. Entre el disimulo y el comportamiento virtuoso, sin embargo, había una frontera difusa, y era cuestión de mantener el equilibrio. ¿Pues cuándo algo era un engaño y cuándo una manera de defenderse contra el mal? El comportamiento cortesano, pues, era como un instrumento retórico, que podía ser empleado para lograr el bien o el mal. En consecuencia, el comportamiento cortesano era susceptible de ser interpretado desde distintos ángulos. Véase al respecto: A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO: “Proteo en palacio. El arte de la disimulación y la simulación del cortesano”, en M. MORÁN y B. J. GARCÍA (eds.): *El Madrid de Velázquez y Calderón. Villa y Corte en el siglo XVII*, Madrid 2000, p. 116. Ranke, pues, pudo interpretar el comportamiento cortesano como engaño y fingimiento, una ambición ocultada.

de consideraciones. Según Ranke, su influencia se debía a sus sobresalientes servicios a la Monarquía, su experiencia, sus glorias alcanzadas en la guerra y su determinación. No intentaba conseguir influencia a través de la deferencia y la docilidad, sino que presumía del poder que tenía. Frente a la corona mostraba el sarcasmo propio de un hombre cuyas ambiciones no tenían límites, y Ranke reflejaba una cita de Antonio Pérez, cuando este citaba en una de sus cartas las siguientes palabras de Alba: “Reyes usan de hombres como de naranja, que la buscan por el zumo y en sacándosele la arrojan de la mano”. De esta manera perfilaba dos tipos de personajes, dos caracteres distintos: el cortesano halagüeño y el militar altivo, uno frente al otro ⁵¹. Ranke concluía:

Si bien tenían pretensiones encontradas, si bien sus respectivas relaciones familiares les mantenían alejados al uno del otro, lo que finalmente les separaba era el antagonismo de sus caracteres. (...) Sus discordias dividieron el Consejo de Estado y la corte entera, no hubo casi ningún tema sobre el que los dos opinasen de la misma manera ⁵².

Así era lógico deducir que la toma de decisiones en la corte era irracional, por oposición a las deliberaciones en unas instituciones estatales, como había sucedido en la época de Carlos V. En los enfrentamientos que se produjeron en la corte de Felipe II, este tomaba una vez partido por uno, otra por otro, y lo que determinaba su postura no era una consideración del propio asunto, sino a quien

⁵¹ Alba recibió una educación cortesana, y en este sentido, la caracterización del cortesano frente al militar no parece demasiado acertada. Véase W. S. MALTBY: *El Gran duque de Alba. Un siglo de España y de Europa*, Girona 2007, pp. 49-54. El comentario sarcástico de Alba, por otra parte, pertenecía a un tópico de la filosofía cortesana. Compare B. GRACIÁN: *Oráculo manual y arte de prudencia*, ed. de E. Blanco, Madrid 2009, p. 103, aforismo 5, con respecto a crear expectativa:

“*Hacer depender. No haze el numen el que lo dora, sino el que lo adora: el sagaz más quiere necesitados de sí que agradecidos. Es robarle a la esperanza cortés fiar del agradecimiento villano, que lo que aquélla es memoriosa es este olvidadizo. Más se saca de la dependencia que de la cortesía: buelve luego las espaldas a la fuente el satisfecho, y la naranja esprimida cae del oro al lodo...*”.

⁵² L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, *op. cit.*, p. 158:

“*So standen die beiden Häupter einander gegenüber. Wenn sie Ansprüche hatten die gegen einander liefen, wenn ihre beiderseitigen Verwandtschaften sie getrennt hielten, so waren sie doch hauptsächlich durch den Widerstreit ihrer Natur geschieden. (...) Sie zogen den Staatsrath, den ganzen Hof in ihre Spaltung nach; fast gab es nichts, worüber nicht die Meinung beider Theile verschieden gewesen wäre*”.

beneficiaría la resolución. Y, basándose en Suriano, Ranke explicaba que era difícil resolver un asunto para un extraño que se acercaba a la corte, teniendo en cuenta que era menester conseguir el favor de los dos cabecillas, mientras que era imposible no perder el beneplácito del uno, estando de acuerdo con el otro. Finalmente, pues, uno daba gracias a Dios logrando que ninguno le tuviera antipatía, aunque tampoco hubiese conseguido el favor de nadie. “Pero”, se preguntaba Ranke, “¿quién hubiese creído que el rey mismo no lo consideraba del todo desventajoso?”⁵³. La lucha de partidos era usada por Felipe II para ayudarle en la toma de decisiones, pues a través de las discusiones podía el rey “derivar su luz más clara”. El rey se apoyaba en los dos, pero, indudablemente, al final Ruy Gómez sabría ejercer una influencia mayor por sus dotes de cortesano, su discreción, y por la cercanía que tenía al rey como sumiller de corps. Alba generalmente decidía sobre asuntos de guerra, pero fue Ruy Gómez quien supo imponer una orientación más pacífica a la política de la Monarquía, sostuvo Ranke.

Sin embargo, observó el historiador, mientras la corte estaba dividida entre los dos cabecillas, ascendió una tercera persona, el doctor Diego de Espinosa, que llegó a ser el nuevo favorito del rey. Desde los oficios judiciales había conseguido el puesto de la presidencia del Consejo de Castilla y, estando siempre en la cercanía del rey, había ganado la estimación de este por su apariencia digna, su frescura, su energía y su inteligencia. Ranke citaba una carta de Antonio Pérez, quien comentó que “privó como relámpago”. Ejerció como gran inquisidor, presidió el Consejo de Italia, estuvo integrado en el Consejo de Estado, y luego fue elevado a la dignidad cardenalicia. Según contaba Ranke, el rey le trataba como a un igual, se descubría cuando se encontraba con él, y el pueblo llegó a llamarle el “monarca de Castilla”⁵⁴. El fin de este período político

⁵³ L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, op. cit., p. 160: “*Wer hätte aber glauben sollen, daß er dem Könige selber nicht ganz unwillkommen gewesen?*”

⁵⁴ Pocos historiadores han sabido percibir la importancia de este personaje, hasta que recientemente se le ha dado su lugar en la corte como el ejecutor del proyecto confesional de Felipe II. Ranke no solo se basaba en una carta de Antonio Pérez, sino también en la crónica de Cabrera de Córdoba y en *De bello belgico* de Famiano Strada. Ranke no veía en la hegemonía que ejercía Espinosa dentro de la corte el fin del sistema bipartidista, puesto que suponía, basándose en Cabrera de Córdoba, quien comentaba que Espinosa había apoyado a Éboli contra Alba, que pertenecía al partido ebolista. Sin embargo, el ascenso de Espinosa se produjo cuando el partido ebolista perdió influencia. Al respecto de Espinosa y su clientela véase J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Un curioso manuscrito: el libro de gobierno del cardenal Diego de

dominado por estos personajes empezó con la guerra de Flandes. Alba recibió pleno poder para sofocar la rebelión de los Países Bajos, lo que inicialmente parecía un favor, pero en realidad:

no era del todo del agrado del duque, puesto que en la lucha contra los turcos podría haber conseguido aquella gloria a que su corazón católico aspiraba, y tampoco le ayudó a conseguir la estimación de su señor, puesto que finalmente no se alcanzó el objetivo ⁵⁵.

La interpretación que hacía Ranke de la corte como un mundo irracional, se percibe en el énfasis que ponía en los aspectos emocionales y dedicaba menos atención a la diferencias políticas entre los distintos partidos. Para el historiador, la política de Felipe II era la defensa del catolicismo y, por lo tanto, al no estar presentes otras confesiones dentro de la corte, probablemente asumió que las disputas trataban principalmente de la imposición de una línea dura o la conveniencia de una política blanda. No mencionaba la pugna entre Felipe II y los pontífices, que era justamente motivo de una disputa ideológica dentro de la corte. En este sentido, malinterpretó la postura del partido de Alba, que se caracterizaba por una línea patrimonialista y dinástica, receloso de toda pretensión universalista dirigida por el papa. Éboli, vinculado a los jesuitas, coincidía con el punto de vista de los pontífices. En contra de lo que suponía Ranke, Alba no estaba interesado en el proyecto pontificio de la cruzada contra los turcos, con el que el papa esperaba recobrar su liderazgo político perfilándose como jefe carismático de los príncipes cristianos ⁵⁶.

Espinosa (1512?-1572)”, *Hispania. Revista española de Historia* 183 (1993), pp. 299-344. Sobre la imposición del sistema confesional, véase J. MARTÍNEZ MILLÁN y C. J. DE CARLOS MORALES (dirs.): *Felipe II (1527-1598): La configuración de la monarquía hispana*, Valladolid 1998, pp. 103-131. También: J. MARTÍNEZ MILLÁN: “En busca de la ortodoxia: el Inquisidor General Diego de espinosa”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN (dir.): *La corte de Felipe II*, Madrid 1994, pp. 189-228.

⁵⁵ L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, *op. cit.*, p. 165: “...die den Fluch der nachwelt über ihn gebracht haben; die ihm selber nicht gefielen, denn in derselben Zeit hätte er einen bessern Ruhm gegen die Türken, nach welchem sein katholisches Herz dürftete, erfechten können”.

⁵⁶ Véase al respecto: M. RIVERO RODRÍGUEZ: “La Liga Santa y la paz de Italia (1569-1576)”, en P. FERNÁNDEZ ALBALADEJO, V. PINTO CRESPO, J. MARTÍNEZ MILLÁN (coords.): *Política, religión e Inquisición en la España moderna. Homenaje a Joaquín Pérez Villanueva*, Madrid 1996, pp. 592 y 604-605.

De la salida del duque de Alba, observaba Ranke, se aprovecharon sus enemigos, puesto que se vieron librados de su rival, y fueron estos quienes ahora se ocuparon de la política de Estado. No obstante, Diego de Espinosa, “el que en apariencia menos había que temer”, cayó víctima de las intrigas, a las que Felipe II siempre era tan propenso. Un día, cuando Espinosa le habló sobre un asunto de Flandes, hizo estallar su furor repentinamente, después de haber ocultado su enfado durante mucho tiempo, y le anunció su desgracia. Espinosa, gravemente afectado, murió ese mismo año. El único que supo mantenerse, aunque continuamente a la alerta de influencias secretas que podrían significar su caída en desgracia, era Ruy Gómez. Concediendo favores a potenciales enemigos, convenciéndoles de su causa, a fuerza de una incesante cautela y vigilancia, supo sobrevivir en la corte, y mantenerse en la gracia del rey hasta su muerte en julio de 1572. La caída en desgracia, pues, muestra la irracionalidad de la política de Felipe II, cuyas decisiones estaban motivadas en oscuras emociones.

Ranke, en suma, observó con agudeza las pugnas cortesanas, y el ascenso de los castellanos, algo que condenaba desde una perspectiva nacionalista y estatista. Opinaba que la política cortesana había significado la destrucción del entramado institucional del Imperio, y con ello la pérdida de independencia de los territorios no españoles, que ya no contaban con una representación institucional adecuada. Sin embargo, recientes estudios de la práctica política del reinado de Carlos V, muestran una pugna entre las élites de los distintos reinos por ocupar su sitio dentro de la corte, para poder controlar la distribución de la gracia del rey, y constituir sus redes clientelares. Fue principalmente a través de la Casa de Borgoña, que el emperador hizo un esfuerzo por incorporar a las distintas élites del Imperio. Ciertamente, las élites sociales castellanas llegaron a ser dominantes en la corte de Felipe II cuando ocuparon los oficios principales del servicio del rey ⁵⁷. Por otra parte, fue durante la privanza de Diego de Espinosa, cuando los letrados provenientes de las élites urbanas castellanas, empezaron a formar el entramado institucional de la corte, con sus distintos consejos y, en consecuencia, fueron ellos sus principales integrantes. Los consejos llegaron a constituirse como corporaciones con entidad propia, que ejercían la jurisdicción del rey en sus respectivos territorios, a la vez que eran considerados como representantes de los distintos territorios en la corte. De esta manera, permitían a sus naturales vivir en ella, según sus propias leyes, privilegios y

⁵⁷ J. MARTÍNEZ MILLÁN y S. FERNÁNDEZ CONTI (dirs.): *La Monarquía de Felipe II...*, *op. cit.*, pp. 648-654.

con sus propios escribanos, como si no hubieran salido de sus territorios de origen⁵⁸. Por lo tanto, los consejos tenían una función representativa, aunque no sobre las bases del entramado institucional del Estado moderno, y los integrantes no eran exclusivamente naturales de los territorios que representaban. Cabe señalar que, al final del reinado de Felipe II, estos Consejos compuestos de letrados llegaron a ocuparse principalmente de asuntos jurisdiccionales, mientras los negocios políticos serían asumidos por nobles.

Para Ranke, sin embargo, la política en la corte de Felipe II se había transformado por completo desde el reinado de Carlos V, ahora que estaba dominada irreversiblemente por las pugnas cortesanas. La muerte de uno de los cabecillas, Ruy Gómez, no significó una alteración en esta situación, pues alrededor de él se había formado un partido muy unido y duradero, que se mantuvo después de su muerte. En la caracterización de este partido, Ranke, quien se basó en las relaciones y las cartas de Antonio Pérez y en Cabrera de Córdoba, hizo énfasis en las habilidades cortesanas de sus integrantes, es decir en el arte de agradar al rey:

La princesa de Éboli, la viuda de Ruy Gómez, mantenía su gran influencia en la corte, por el recuerdo de los servicios del esposo, y por el apoyo que recibió de poderosos familiares. El marqués de los Vélez⁵⁹, quien entre los hombres aparecía como el cabecilla del partido, era ahora mayordomo mayor de la reina, y mostraba tan fervorosa dedicación al rey, que Felipe decía de él que era enteramente suyo. En este sentido se vio como ascendió el joven y osado Antonio Pérez, cuya influencia estaba basada en los informes que hacía de las reuniones del Consejo de Estado para el rey, y en la total entrega que mostraba hacia este, pretendiendo su favor. Muy unido, este partido supo mantenerse durante mucho tiempo⁶⁰.

⁵⁸ Véase, en cuanto al consejo de Italia, M. RIVERO RODRÍGUEZ: "La preeminencia del Consejo de Italia y el sentimiento de la nación italiana", en A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO y B. J. GARCÍA GARCÍA (eds.): *La monarquía de las naciones. Patria, nación y naturaleza en la Monarquía de España*, Madrid 2004, pp. 504-527.

⁵⁹ Pedro Fajardo, III marqués de los Vélez tuvo una corta, pero intensa carrera cortesana. Con la ayuda de Antonio Pérez y don Juan de Austria recibió en 1575 el título de mayordomo mayor de la reina Ana de Austria. En abril de 1576, entró en los consejos de Estado y de Guerra. Véase J. MARTÍNEZ MILLÁN y C. J. DE CARLOS MORALES (dirs.): *Felipe II (1527-1598)...*, *op. cit.*, pp. 371-372.

⁶⁰ L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, *op. cit.*, pp. 166-167:

"Die Fürstin von Eboli, die Witwe des Ruy Gómez, von dem Andenken an die Dienste ihres Gemahls, von mächtigen Verwandten unterstützt, behielt am Hofe einen großen Einfluß.

La dependencia que tenía Felipe II de sus consejeros, tuvo consecuencias imprevistas. Ranke distinguió un segundo ministerio en el gobierno del rey, con unas características particulares. El historiador empezaba su análisis con una reflexión sobre el oficio del historiador:

Cuando seguimos la evolución de los acontecimientos, si intentamos explicarlos desde sus causas dinámicas, proviniendo estas del alma o de las circunstancias personales, nos encontramos de vez en cuando con manifestaciones inesperadas, que nos indican un elemento oculto que ejerce su influencia en los acontecimientos, manifestaciones sobre las cuales sería arriesgado basar un juicio, pero que igualmente sería una negligencia pasar por alto ⁶¹.

Ranke se refería a la siguiente cita que había encontrado en el diario de Hans Khevenhüller, cuando este reflejaba sus conversaciones con distintos cortesanos españoles sobre si convenía la continuación de la guerra o la paz en Flandes, después de que Alejandro Farnesio hubiera sucedido a don Juan de Austria y sobre la conveniencia de la intermediación del emperador:

Fue [Khevenhüller] a hablar al almirante de Castilla ⁶² sobre el mismo negocio, el qual entre otras cosas le respondió de esta manera. Señor yo hablaré agora con v[uestra] s[eñoría] no como con embajador, sino como con el mayor amigo que tengo, y es que sería muy bien que s[u] mag[esta]d diesse corte a las cosas de Flandes, si no sospecho que se nos apareja mucha mala ventura. Dios guarde a estos reynos, porque si una vez huuiesse de entrar lo que en Flandes, pondrían con más breuedad en efecto su desinio de lo que allá han hecho,

Der Marques de los Veles, nunmehr Mayordomo mayor der Königin, von dem Philipp sagte, er sey ganz sein eigen, eine so vollkommene Hingebung seiner Person an die königliche bewies er, erschien unter den Männern als das Haupt dieser Partei. In ihrem Sinne sah man den jungen Antonio Perez, dessen Einfluß auf den Berichten, die er dem könige aus dem Staatsrathe abstattete, und nicht minder auf einer vollkommenen Ergebenheit, die er um seine Gunst buhlend ihm bewies, beruhete, kühn empostreben”.

⁶¹ L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, op. cit., p. 184:

“Indem wir den Laufe der Begebenheiten folgen, indem wir sie aus den bewegenden Ursachen – worin solche auch gelegen, in der Seele oder in persönlichen Verhältnissen oder worin sonst, zu erläutern suchen, stoßen wir zuweilen auf unerwartete Äußerungen, die uns auf ein verborgendes Element aufmerksam machen das in den Ereignissen thätig ist, Äußerungen auf welche sehr bedenklich ist sich zu gründen, und welche zu übersehen doch fahrlässig sein würde”.

⁶² Luis Enríquez de Cabrera, III duque de Medina Rioseco.

porque no ay ni fuerzas ni fortalezas para resistir y sopechó que el proceder de acá no podrá durar, porque el gouierno del rey no es gouierno de justicia sino de tiranía y venganza, todo está en manos de gente baja y apassionada y muchos dellos cuios padres an sido comuneros...⁶³.

Ranke se preguntó si realmente se podía afirmar que el gobierno de Felipe II era un “gobierno de venganza”, integrado por los hijos de los comuneros, si realmente, después de tantas mudanzas en el Estado, todavía se libraba una “guerra secreta”. Buscó y encontró rastros de la continuidad de esta división entre los antiguos partidos castellanos. Sostuvo que los conflictos entre Fernando el Católico y Felipe I tuvieron su continuación bajo Carlos V, y que Gattinara se inclinaba hacia el uno y Chièvres al otro. Andrés Navagero, proseguía el historiador, mencionó en 1525 que Toledo estaba dividido entre los Ayalas y los Silvas. Estos habían elegido el bando del rey, aquellos el de los comuneros; sin embargo, añadía, Carlos V había procurado mantener a integrantes de ambos partidos en su servicio. Encontró en la relación de Cavalli que Felipe II había concedido una gran merced al condestable de Castilla, vinculado al partido de los nobles y de Felipe I, lo cual significaba automáticamente un detrimento para la Casa de Alba, vinculada a Fernando y las ciudades. Se preguntó si esta división no estaba relacionada con la pugna entre el partido de Alba y el de Ruy Gómez, pues Cabrera de Córdoba había mencionado que los antiguos partidos continuaban existiendo en Plasencia, Trujillo, Jerez y Sevilla y alababa al rey por haber conseguido prevenir un nuevo estallido de odio⁶⁴. Constató que, en efecto, había descendientes de comuneros en la corte de Felipe II: el conde de Barajas, “un Zapata”, que era mayordomo mayor de la reina, y “un Ayala”, el conde de Fuensalida, mayordomo del rey. Se aventuraba que también pertenecían a

⁶³ Cito de H. KHEVENHÜLLER: *Diario de Hans Khevenhüller, embajador imperial en la corte de Felipe II*, ed. de F. Labrador, Madrid 2001, pp. 163-164. Ranke se basaba en la transcripción del diario por F. CH. Khevenhüller, tal como figura en su *Annales Ferdinandei*, p. 41.

⁶⁴ Véase L. CABRERA DE CÓRDOBA: *Felipe II, rey de España*, Salamanca 1998, p. 234:

“Quitó los bandos de los señores, familias nobles y pueblos, de manera que no parece hubo Güelfos y Gibelinos, Turriones y Vicecomites en Milán, Zúñigas y Caravajales en Plasencia, Chaves y Vargas en Truxillo, Ávilas y Villavicencios en Jerez de la Frontera, en Sevilla los duques de Medinasidonia y duques de Arcos sobre el brocal del poço, en Navarra, Agramonteses y Beamonteses, Ofiez y Gamboas en Vizcaya, Giles y Negretes en la Montaña; quitándoles las fuerzas con prisiones y condenaciones hallaron freno sus diferencias”.

este partido Alba⁶⁵, quien recobró su influencia después de su vuelta a la corte, y el conde de Chinchón. En todo caso, concluía, fueron estos quienes contribuyeron

⁶⁵ El papel político del duque de Alba en la corte de Felipe II, en efecto, residía en su esfuerzo por componer el partido castellanista. Véase al respecto J. MARTÍNEZ MILLÁN: “The duke of Alba...”, *op. cit.* Ranke acertó al aventurar que las raíces de este partido se remontaban hacia los tiempos de Fernando el Católico, y que este partido, en cierto sentido, tenía una continuidad bajo los primeros Austrias. Don Fadrique, segundo duque de Alba de Tormes, primo del rey Fernando el Católico, pertenecía al reducido grupo de nobles castellanos que mantuvo su fidelidad a Fernando después de la llegada de Felipe I a Castilla en 1506. Cuando Fernando se estableció en Castilla como rey consorte, organizó un grupo de servidores leales que incluía a secretarios reales, miembros de la elite urbana castellana, cuyo control sobre las ciudades había sido arrebatado por los seguidores de la reina Isabel, y un reducido grupo de nobles, encabezado por el duque de Alba. Este partido fernandino asumió los valores y la sensibilidad religiosa que habían desarrollado los cristianos viejos durante la Edad Media. Era una espiritualidad intelectual, con el énfasis en costumbres exteriores y una inclinación ascética. Después de la muerte de Felipe el Hermoso, este partido nuevamente ocupó los puestos más importantes en el gobierno de Castilla y en las ciudades. La llegada de Carlos V con su séquito flamenco, nuevamente significó una amenaza para las elites castellanas, y provocó la rebelión de los comuneros, como afirmó también Ranke. El emperador se dio cuenta de que necesitaba a las elites castellanas en su gobierno, y dio entrada en el gobierno a importantes miembros del anterior partido fernandino. En los años 1523-1529 se produjo una gradual hispanización del gobierno. Durante la regencia del príncipe Felipe, los cabecillas que provenían del partido fernandino desaparecieron, quedando el III duque de Alba como heredero y único representante. Luego, en 1548, acompañó al príncipe Felipe en su viaje como mayordomo mayor, lo cual fue aprovechado por el duque para recomponer el partido, estableciendo relaciones con Francisco de Eraso y Juan Vázquez de Molina, incorporando otros letrados castellanos. Sin embargo, después de la traición de Mauricio de Sajonia, el emperador reclamó sus servicios militares. Durante su ausencia, Ruy Gómez consiguió formar un nuevo partido, supo atraer a Francisco de Eraso y finalmente logró la confianza de Felipe, y hundió al partido de Alba. Posteriormente, para llevar a cabo el proceso de confesionalización, Espinosa se valió nuevamente de los letrados castellanos, que provenían de las elites urbanas castellanas. Las formas religiosas del antiguo partido fernandino, resultaban especialmente útiles en este proceso, por sus aspectos formales y su intransigencia. Esto significó también que el duque de Alba pudo recobrar su papel en la corte. Sin embargo, la consecuencia fue también su nombramiento como general para aplacar la rebelión en los Países Bajos y, finalmente, en 1573, la pérdida de la gracia real. Resurgió el partido ebolista, organizado por Antonio Pérez y Ana de Mendoza, con el apoyo del papa, por lo que ha sido denominado “partido papista” en la reciente historiografía. Como señaló también Ranke, las facciones castellanas consiguieron que Antonio Pérez perdiera la gracia, con lo cual el reorganizado partido castellano alrededor de Mateo Vázquez, supo entrar nuevamente en la cúspide del poder. Este partido cobró auge con la anexión de Portugal, en la cual el duque de Alba nuevamente tuvo un papel fundamental.

a la caída final del partido de Ruy Gómez y el conde de Barajas a la caída en desgracia de Pérez. Este, para Ranke, era un “español típico de estos tiempos”, con su gravedad, una ansiedad para disfrutar del mundo, un profundo sentimiento de orgullo, gran astucia y una política despiadada relacionada con mucha “religiosidad externa”. “Era a la vez hombre de Estado y cortesano: lo que perseguía era la fortuna del favorito”⁶⁶. Pero como era demasiado osado, sus enemigos, ayudados por Mateo Vázquez, finalmente consiguieron levantar los recelos del rey, usando el asesinato de Escobedo para hacerle sospechoso. El análisis de Ranke respecto a la pugna entre los castellanos y el partido de Antonio Pérez, concuerda en líneas fundamentales con las recientes investigaciones⁶⁷, aunque asumió la “retórica” cortesana calificando el gobierno de los integrantes del partido castellano como un gobierno de venganza, detentado por los hijos de los comuneros. Aparentemente, a los ojos de los enemigos de los castellanos, esta denominación era usada para descalificarles. A Ranke, la retórica le servía para descalificar la política cortesana.

El fin de Antonio Pérez, significó una nueva época con el ascenso al poder de Granvela e Idiáquez y luego también Cristóbal de Moura, quienes provocaron un cambio drástico en la política exterior de Felipe II. Según Ranke, durante los primeros veinte años de su reinado, los esfuerzos de Felipe II habrían estado dirigidos a la paz y a la conservación de las relaciones de poder existentes. La guerra en Flandes era la respuesta a una rebelión, que ciertamente había provocado, pero no era la consecuencia de una política destinada a ampliar su poder. No intentaba provocar la disensión en otros países, ni pensaba en la Monarquía Universal. Sin embargo, con la política de los últimos veinte años de su reinado, se ganó “el odio del mundo”.

Fue entonces cuando conquistó Portugal, atacó Inglaterra con la Armada, tomó parte en las conmociones internas en Francia e intentó agregar la corona del reino a su casa, acosó a los Países Bajos con una guerra incesante, intensa y victoriosa, destruyó la libertad de Aragón, y cuando agotó las fuerzas de su imperio del todo⁶⁸.

⁶⁶ L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, op. cit., p. 188: “Er war zugleich ein Staatsmann und ein Höfling: das Glück eines günstlings war’s wonach er strebte”.

⁶⁷ La reciente investigación confirma la relación con la decadencia del partido de Antonio Pérez, denominado el partido papista, con la recomposición del partido castellanista y el papel que cumplió en ello Mateo Vázquez. Véase al respecto: J. MARTÍNEZ MILLÁN y C. J. DE CARLOS MORALES (dirs.): *Felipe II (1527-1598)...*, op. cit., pp. 137-146.

⁶⁸ L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, op. cit., p. 193:

Para Ranke esta radicalización de la política exterior no se podía explicar a través del “espíritu del tiempo”, ni de un cambio de carácter en Felipe II, sino del “cambio de los ministros”, quienes habían desplazado del poder al más pacífico partido ebolista. Todos los asuntos se decidían ahora entre Idiáquez, “quien tenía el talento de conformarse con un papel secundario” y Moura, “quien a través de sus servicios y moderación supo ganar la confianza del rey”, ni el Consejo de Estado conservaba su influencia política. Solo en casos muy urgentes consultaban al rey, todos los negocios y decisiones importantes los diferían el máximo tiempo posible, algo que era del agrado de este. Ranke reflejaba de esta manera el cambio que se produjo en la política exterior, que se volvió más patrimonialista y en la que se mostró menos preocupación por la apariencia confesional con que se había justificado la acción diplomática y militar ⁶⁹. A la vez acertó con el ascenso de Idiáquez y Moura, quienes junto con el III conde de Chinchón, formaron la Junta de Noche, y cobraron protagonismo durante los últimos años del reinado de Felipe II ⁷⁰.

Si entonces es probable –proseguía Ranke– que hasta un príncipe tan diligente, voluntarioso, y celoso de sus intereses como Felipe II, dependiera de tal modo de sus ministros, que con su sustitución la política entera experimentó un cambio, ¿qué no había de suceder con su hijo, que no era ni diligente, ni voluntarioso y tampoco capacitado? ⁷¹.

Felipe III empezó a gobernar a través de su valido el duque de Lerma. Tal como ya lo había hecho con la caracterización de Antonio Pérez y Ruy Gómez,

“Da hat er Portugal erobert und England mit der Armada angefallen; da hat er seine Hand in allen innern Bewegungen Frankreichs gehabt, und dieses Königreich an sein Haus zu bringen unternommen; da hat er die Niederlande mit unaufhörlichen heftigen und glücklichen Kriegen begrängt; da hat er auch die Freiheit von Aragon vernichtet und die Kräfte seines Reiches bis auf den Grund erschöpft”.

⁶⁹ J. MARTÍNEZ MILLÁN y C. J. DE CARLOS MORALES (dirs.): *Felipe II (1527-1598)*..., *op. cit.*, p. 247.

⁷⁰ *Ibidem*, pp. 272-276.

⁷¹ L. VON RANKE: *Fürsten und Völker*..., *op. cit.*, p. 197:

“Wenn denn wahrscheinlich ist, das selbst ein Fürst, so thätig, eigenwillig, auf seinen Vortheil bedacht, wie Philipp II, von seinen Ministern dergestalt abhing, daß mit ihrem Wechsel seine ganze Politik eine Veränderung erfuhr, was sollte unter seinem Sohne geschehen, der weder thätig noch klug, der keines eigenen Willens war?”.

en la descripción del duque de Lerma Ranke nuevamente enfatizaba sus habilidades “cortesanas”, pues el duque “pertenecía a los personajes que saben aparentar”⁷². Lerma gobernó como si fuera el rey mismo, el “Consejo secreto”, antes sede del poder absoluto del rey, ahora lo era del ministro. La ganancia de la gracia real significó la conquista del poder sobre la monarquía, que gobernaba en función de su propio interés. Comparado con el gobierno de Felipe II, hubo ciertamente un cambio significativo, pues con el gobierno de Lerma regresaron los grandes a la corte. Estos habían perdido su independencia, habían traicionado a sus “intenciones bélicas”, y solo se dedicaban a vivir en medio de un lujo desmesurado. La corte, a partir de entonces, experimentó una transformación:

Por la interacción entre la corte y los grandes, se produjo una particular mezcla de ceremonial y lujo, que por mucho tiempo definiría el carácter de las cortes europeas, pero que particularmente merece la pena observar en la corte de España⁷³.

En cuanto a la política seguida por el valido, Ranke constató que la acción política conjunta con la otra rama de los Austrias perdía su prioridad. Por otra parte, Lerma, como antes los del partido del príncipe de Éboli, buscaba nuevamente la paz. Para el historiador esto no era una coincidencia, pues Lerma, según había escrito Antonio Pérez, había sido un partidario de Ruy Gómez. Por este motivo, los Guzmán, Mendoza y Silva y las otras casas que habían pertenecido al partido de este, regresaron a la corte. Con Lerma pues, se había rejuvenecido el partido de Éboli. Ranke se aventuraba a distinguir un partido “popular”, inclinado hacia la guerra, y un partido aristocrático, que intentaba imponer una política más pacífica.

En recientes investigaciones se ha constatado como en el cambio del reinado de Felipe II al de Felipe III, la nobleza nuevamente cobró protagonismo político en la corte. Se ha observado que esto fue acompañado del incremento de la influencia política de Roma en la Monarquía católica⁷⁴. También en este sentido

⁷² L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, op. cit., p. 199: “...gehörte zu jenen Menschen welche zu scheinen wissen”.

⁷³ *Ibidem*, p. 205: “Durch die Wechselwirkung des Hofes und der Granden bildet sich eine sonderbare Mischung von Ceremoniell und Luxus aus, die lange Zeit das Wesen vieler europäischen Höfe ausgemacht hat, die aber vorzüglich in Spanien eines Blickes werth ist”.

⁷⁴ J. MARTÍNEZ MILLÁN: “La transformación del paradigma «católico hispano» en «católico romano»: La Monarquía Católica de Felipe III”, en J. L. CASTELLANO CASTELLANO

había una continuidad con el partido ebolista, que con Antonio Pérez se transformó en papista. Y fue Roma la que indujo a la Monarquía a la tregua de los Doce Años ⁷⁵. Esto pasó desapercibido para Ranke, quien pensaba desde una perspectiva confesional. Según él, Lerma perdió la gracia, cuando el confesor Aliaga, y más tarde fray Juan de Santa María Recoleta y el fraile Hieronymus, empezaron a influir en Felipe III, siempre tan sensible ante consideraciones religiosas. Lograron convencer al rey de que la miseria de la Monarquía era la consecuencia de la política de Lerma, quien había acordado la paz con los herejes. A partir de este momento, surgió nuevamente la ambición de reunir las dos ramas de la Casa de Austria. Felipe III, como descendiente de Maximiliano II, reclamaba Hungría y Bohemia, algo que el archiduque Fernando no estaba dispuesto a conceder, aunque prometió a los españoles las provincias austriacas de Suabia. Ranke concluyó que así se explican los planes de los españoles para la Valtelina, sus acciones en el Palatinado y el apoyo ofrecido a Fernando II para la reconquista de Bohemia, todos estos acontecimientos que fueron tan importantes para el inicio de la guerra de los Treinta Años. El objetivo para España era la constitución de un patrimonio español unido, que enlazara Milán con los Países Bajos, lo que daría a España la hegemonía en la política europea.

Estos eran planes muy distintos de los propósitos pacíficos de Lerma, por de pronto establecían una relación tan estrecha como nunca entre Austria y España, a la vez que aparecían como rigurosamente católicos ⁷⁶.

En suma, en esta obra, Ranke relacionó la decadencia de la Monarquía hispana con la imposición de la corte sobre el Estado durante el reinado de Felipe II. En vez de los intereses nacionales, ahora eran los intereses cortesanos los que determinaban la política. Fue a través de la pugna entre los partidos y la habilidad

y M. L. LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ (eds.): *Homenaje a Antonio Domínguez Ortiz*, Granada 2008, II, pp. 521-556; también, sobre las relaciones de Roma con la corte española: M. A. VISCEGLIA: “Favoritos del rey y ministros del papa”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs.): *La monarquía de Felipe III...*, *op. cit.*, pp. 952-965.

⁷⁵ Véase J. MARTÍNEZ MILLÁN: “Introducción: La Monarquía de Felipe III: Corte y Reinos”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs.): *La monarquía de Felipe III...*, *op. cit.*, III, pp. 41-80.

⁷⁶ L. VON RANKE: *Fürsten und Völker...*, *op. cit.*, p. 213: “*Dies waren ganz andere Pläne als Lermas friedliche Absichten; sie schlossen zunächst die Verbindung zwischen Östreich und Spanien so eng wie jemals; sie erschienen auch als streng katholisch*”.

de los cortesanos, que unos u otros dominaron en la corte. Durante el reinado de Felipe II fueron los descendientes de los comuneros los que supieron imponerse en el gobierno del rey, lo cual aclaraba la radicalización de la política exterior a finales de su reinado, y el agotamiento de la Monarquía. Los nobles, con designios más pacíficos, pero con escaso interés por el bien general, no mejoraron la situación del país. Finalmente, fue una facción de religiosos la que indujo a Felipe III nuevamente a una política agresiva, algo que contribuyó al estallido de la guerra de los Treinta Años. Ranke reiteradamente establecía una relación entre la exterioridad de la religión católica y la importancia de las apariencias en la vida cortesana. Además, los dos tenían en común el desinterés por el bien común, que era el del Estado. Así, la Monarquía, falta de grandeza de espíritu por la degeneración de sus reyes, con unos cortesanos acostumbrados a una cultura de la representación, fue perdiendo cada vez más su independencia. Primero el rey se hizo dependiente de sus ministros, y una vez desarrollado el sistema cortesano, Roma se impuso en el gobierno de la Monarquía, que seguiría una política “rigurosamente católica” ⁷⁷.

A diferencia de lo que se ha entendido muchas veces, en el sentido de que Ranke solo prestaba atención a los hechos particulares, este análisis de la historia española tiene el carácter de un diagnóstico, y se formula en términos generales: la imposición de la corte sobre el Estado hace que una nación pierda su independencia, lo que genera su decadencia. Ranke, después de la historia de la monarquía española, se dedicaría a la historia alemana en su libro *Zur deutschen Geschichte* en la que trataba el período previo a la guerra de los Treinta Años, la “ruina de la nación”. Teniendo en cuenta el diagnóstico de Ranke sobre la decadencia española, sería interesante verificar si este se aplicaría igualmente a la historia alemana, sobre todo puesto que al final del libro ya indicaba

⁷⁷ Este proceso, que culminó en el reinado de Felipe IV, ha sido explicado, desde la perspectiva de la corte, en J. MARTÍNEZ MILLÁN: “El triunfo de Roma. Las relaciones entre el Papado y la Monarquía católica durante el siglo XVII”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. RIVERO RODRÍGUEZ (coords.): *Centros de poder italianos en la Monarquía Hispánica (siglos XV-XVIII)*, Madrid 2010, I, pp. 549-681. El autor escribe en pp. 555-556 que el papado, para conseguir su independencia se valió de la diplomacia, estableciendo alianzas con distintos poderes europeos; impuso una nueva ideología en la sociedad y un modo de entender el catolicismo más radical a través de los jesuitas y las órdenes religiosas descalzas, mientras que, a nivel político, construyó una teoría que defendía la subordinación de todo monarca católico y particularmente la Casa de Austria. Gracias a la virtud de sus monarcas, los Austria estaban predestinados a ser príncipes defensores de la Iglesia.

la fatal injerencia de España en la política del Imperio. Por otra parte, la diferencia que establecía Ranke entre Carlos V y sus descendientes españoles, hace pensar que dio a estos últimos un trato distinto por no ser germanos.

REFERENTE A LA HISTORIA ALEMANA

La primera parte de *Zur deutschen Geschichte*, que abarca los gobiernos de Fernando I y Maximiliano II, fue la primera obra que Ranke escribió después de su estancia en Italia, y se publicó en 1832 en la *Historisch-politische Zeitschrift*⁷⁸. Posteriormente fue complementada con el período hasta la elección de Fernando II. Con este libro, Ranke retomó la pregunta de si la Reforma había sido la causa de la decadencia alemana. La Reforma era un fenómeno histórico ambiguo. Si bien en la tradición historiográfica alemana, y protestante, se la consideraba un fenómeno necesario, “de origen alemán y glorioso”, a la vez se sostenía que con ella se había introducido la división en el Imperio, lo cual había conducido a la guerra de los Treinta Años. Ranke, no obstante, cuestionó este razonamiento y se preguntó si la unidad del Imperio se podría haber conservado, sin que la Reforma abarcara la nación entera. Para estudiarlo, Ranke consideró que los tiempos de Fernando I y Maximiliano II habían sido decisivos, puesto que si todavía existía una posibilidad de dar peso al interés general, habría sido en este período. Los emperadores son valorados por él dentro de este contexto, como hombres de Estado, responsables de dirigir a la nación en la búsqueda de la armonía interna. Este planteamiento no solo tenía un significado histórico para el historiador, sino que era un problema de actualidad. Decía que quería hacer unos comentarios “como las observaciones y pensamientos de un patriota”⁷⁹.

⁷⁸ La revista fue fundada por el conde de Bernstorff, ministro de Asuntos Exteriores de Prusia. Von Bernstorff quería crear un medio que expresaría una postura política de “centro”, para defenderse contra los ataques de los liberales y para distinguirse de una derecha reaccionaria, que tenía como plataforma el *Berliner Politisches Wochenblatt* (semanario político de Berlín). Véase G. G. IGGERS: *The German conception of history...*, *op. cit.*, pp. 70-71.

⁷⁹ L. VON RANKE: *Zur deutschen Geschichte. Vom Religionsfrieden bis zum dreißigjährigen Krieg*, Leipzig 1868, p. 4: “*Sei es mir erlaubt, meine Bemerkungen hierüber mitzuthellen: gewiß ohne allen besonderen Anspruch; nur als die Wahrnehmungen und Gedanken eines Vaterländischgesinnten*”.

Después de la guerra de Esmalcalda, la tranquilidad volvió al Imperio durante un período de treinta años. Ranke sostuvo que no eran las condiciones de la paz de Augsburgo las que habían traído la armonía, puesto que no existía un verdadero consenso entre los príncipes y estamentos alemanes sobre el tratado, que todos habían firmado con reparos. Había otra razón que explicaba el período de tranquilidad interna. Una vez terminada la guerra, el ambiente en Alemania estaba enrarecido, con ejércitos italianos y españoles por todo el país, príncipes expulsados o encarcelados, violentos cambios religiosos establecidos con una fórmula que solo podía resultar en el regreso de la religión antigua y con “el nervio de los asunto alemanes en manos de extranjeros odiados, Granvela y Alba, que no entendían su ser, y hasta faltaron al acostumbrado respeto hacia los príncipes fieles”⁸⁰. Después, la idea de Carlos V de proponer a Felipe II como su sucesor en el Imperio, y su visita a Alemania rodeado de españoles, causó una gran consternación entre los príncipes y estamentos. Esto habría significado la unión definitiva entre España y Alemania y los españoles se habrían instalado en Alemania tal como ya habían hecho en Bruselas o en Milán. Una idea que, según Ranke, se consideraba aborrecible.

La consecuencia del odio común contra los “consejeros extranjeros” del emperador, fue que se produjo un consenso entre los distintos partidos alemanes para defender su interés general. El partido moderado de los príncipes que no habían pertenecido a la Liga de Esmalcalda, ahora dominaba los asuntos de Alemania. Ranke explicaba que había una muy buena sintonía entre los príncipes alemanes y el emperador Fernando. La amistad entre ellos era la base del orden y de la estabilidad dentro del Imperio. Las relaciones personales eran decisivas, sostuvo, y no unas palabras o algunos artículos de una constitución. Este enfoque podía parecerse al de los actuales estudios de la corte, que contemplan la articulación política a través de las relaciones personales no institucionales. Sin embargo, para Ranke, el contexto en que esto se produjo era que esta armonía era el deseo de los príncipes de defender la nación contra influencias extranjeras.

En este sentido describió a Fernando. Era una circunstancia afortunada que Fernando el Católico y Juana hubieran abandonado a su suerte a este “buen chaval

⁸⁰ L. VON RANKE: *Zur deutschen Geschichte...*, *op. cit.*, pp. 11:

“der nerv der deutschen sachen in den Händen der verhaßten Ausländer, des Granvella und des Alba, die ihr Wesen nicht verstanden und es sogar an der gewohnten Ehrerbietung gegen die getreuen Fürsten ermangeln ließen”.

rubio y despierto”, pues de esta manera, pudo desarrollar su propio carácter en libertad. Una vez en Alemania supo asimilar el carácter y las costumbres alemanas. Ranke destacó la buena relación entre Carlos V y Fernando I, y llama la atención que aquél, quien en la comparación con Felipe II salía tan favorecido, ahora que se le comparaba con su hermano, presentaba una apariencia menos positiva.

Los dos tenían un temperamento muy distinto, y en cuanto a la apariencia física eran sus opuestos. El Emperador era, como se sabe, flemático, lento, serio con todo el mundo, severo y silencioso. En la dieta de 1548, causó sorpresa que pagara a tantos cantantes y músicos, pero que no tuviera nunca música. Qué diferente era el ambiente con Fernando, donde siempre había grandes banquetes, todos los días música y todas las diversiones que se conocían en este siglo. Fernando era vehemente e impulsivo, pero de buena pasta, y con esta franqueza que abre corazones. Conversaba mucho, con todo el mundo, de todos los temas. Era generoso, y amaba el esplendor. Poco a poco se había apropiado de las costumbres alemanas, y sabía convivir con los príncipes alemanes como uno más, tal como estos deseaban. Igual que ellos, cedía gran parte de los negocios a sus servidores y sus consejos, igual que ellos, sentía generalmente una inclinación por la paz, y se acomodaba según las circunstancias. Como al pueblo le gustaba, era clemente en el castigo, deferente en la conversación, campechano y sencillo como un padre de familia en el trato ⁸¹.

A pesar de las diferencias con la caracterización que Ranke dio de Carlos V en *Die Osmanen*, esta no era arbitraria. Se basaba nuevamente en una relación

⁸¹ *Ibidem*, p. 22:

“Dabei waren sie doch von sehr verschiedenen Temperament und äußerlich einander ganz entgegengesetzt. Der Kaiser war, wie man weiß, phlegmatisch, langsam, ernsthaft mit Jederman, streng und stille. Auf dem Reichstag vom 1548 wunderte man sich, daß er so viel Sänger und Musiker besolde, und niemals Musik habe. Wie ganz anders drüben bei König Ferdinand, bei welchem täglich große Tafel war, täglich Musik und alle Kurzweil, die dies Jahrhundert kannte. Ferdinand war heftig und rasch, jedoch voll Gutmüthigkeit und jener Offenheit, welche die Herzen gewinnt. Er sprach viel, mit Jedermann, von jedem Gegenstand. Er war freigebig und liebte die Pracht. Allmählich hatte er sich den deutschen Sitten vollkommen bequemt, und mußte mit den deutschen Fürsten, als einer aus ihrer Mitte, wie sie wünschten, zu leben. Wie diese, überließ er einen großen Theil der der Geschäfte seinen Dienern und Räthen; wie diese, liebte er ihm Ganzen den Frieden und bequemt sich nach den Umständen. Wie das Volk es gern hat, war er gnädig in Strafen, nachgiebig im Gespräch, überaus leutselig und hausväterlich anspruchlos im Umgang”.

veneciana, la del embajador Tiepolo ⁸², que contrastaba a los dos hermanos. Ranke interpretó la fuente —que menciona el afable trato familiar de Fernando, como correspondía al *pater familias*—, según el molde nacionalista. Así, Carlos V, aunque nacido en Holanda, con el tiempo se había alejado de “nuestras costumbres”, mientras que Fernando se acercaba cada vez más, hasta compenetrarse con el pueblo alemán. Los italianos, ciertamente, censuraban este comportamiento, porque consideraban que iba en detrimento de su reputación ⁸³:

Non è S. M. molto ceremoniosa ma molto umile e libera, talche per la sua humilta è poco temuta et obbedita; non veste pomposamente; va levandosi la mattina dal letto, s'introduce ogn'uno nella camera et ivi comparisce allacciandosi le calze, con un scuffiato di tela in testa, onde a ogn'uno risponde e parla con ogn'uno, e quando noi eravamo nella camera di S. M. parlando da noi, lasciandoci e ritornando solo per parlare con questo e con quello con poca dignità e riputatione sua.

Ranke, con esta censura “italiana”, reforzó su descripción de Fernando como un alemán típico: reacio a las ceremonias, campechano, y con un gran corazón. De esta manera Fernando consiguió la plena confianza del pueblo. Que Fernando fuera católico no era un problema para el pueblo alemán, según el historiador, pues lo que importaba era que estaba por encima de las luchas partidistas. A veces rechazaba las exigencias de los clérigos, otras condenaba a los protestantes, no por arbitrariedad, sino por la causa común, y “las dos partes lo valoraban”. La confesión tampoco tenía importancia en su corte, según manifestaba el embajador Miguel Suriano:

Quelli sono amati che hanno i costumi conformi all M. S. la quale stima sopr'ogni altra cosa la religione la modestia e la bontà della vita e di queste parti ne fanno gran professione li suoi consiglieri e tutti quelli che li sono piu cari. Onde niuna cosa può fargli un Ambasciatore piu grata che questi costumi, costumi propri da buon christiano

⁸² Ranke citaba de la *Relatione di Germania*, de Niccolò Tiepolo:

“Ambo savj e prudenti e molto intelligenti di tutte le cose, ma l'imperatore più considerato, più riservato e più grave; questo più pronto, più efficace, più espedito e d'ingegno molto vivo, che parla di tutte le cose di stato e dei governi molto risolutamente, e dell'altre ancora che quotidianamente ne'familiari ragionamenti occorrono, bene e con buon discorso, sì che di niuna pare ignaro, e che intrattiene assai domesticamente tutti quei signori ai quali accade qualche volta aver che fare con lui” (Véase el relato reproducido en internet, www.bibliotecaitaliana.it).

⁸³ Ranke se basaba en la *Relatione delli Ambri straordinrii Veneti Zuanne Capello e Bernardino Navagier all'impr Ferdinando*, 1558. “Manuscrito en mi propiedad”, añadió Ranke.

e di vita civile e d'huom veramente di repubblica et all'incontro questi, che hanno costumi diversi o contrarii a questi, sono reputati leggieri e scandalosi e sono poco amati dal sermo re e poco stimati dalla corte ⁸⁴.

Según Ranke pues, para el emperador era suficiente tener una moral recta, una conducta irreprochable. Concluía que el emperador y los demás jefes de la patria, eran “una generación excepcional de príncipes”. Habían aprendido a moderar sus ideas y sus ambiciones por su experiencia, “eran fuertes y decididos, sensatos y pacíficos, unidos a través de los intereses grandes de la patria” ⁸⁵. Así, interpretando la historia alemana, desaparece el contexto cortesano de la figura del emperador como padre de familia, y la concepción de la virtud cortesana que se expresaba en la moderación de las costumbres, se convierte en rasgos morales propios de un político por encima de partidismos religiosos.

“¿Pero cómo?”, se preguntaba Ranke a continuación, “¿nos olvidamos de la nación?” Comentaba que la unión política entre los príncipes no valía mucho si la nación seguía dividida. Pero justamente, en aquellos años existía una gran unidad, y esto se debía a la divulgación del luteranismo: “Lo único que puedo encontrar es que la doctrina purificada había alcanzado en los años 1560 y 1570 una decisiva preponderancia en Alemania” ⁸⁶. El pueblo no quería saber nada de ceremonias, y abandonaba la iglesia en cuanto había terminado el sermón, y si no conseguía en la iglesia lo que buscaba, organizaba una predicación evangélica en su casa. No se encontraba a gente para llenar conventos, y doctrinas como la del purgatorio ya no eran seguidas. Esto parece algo contradictorio con lo que había escrito sobre Fernando I, que era católico, y que a pesar de esto estaba muy compenetrado con la nación. Sin embargo, los poderosos que habían conservado su fe católica habían perdido su respeto por Roma.

Así, decía Ranke, Fernando muchas veces se mofaba de la curia y sus propósitos reformistas. La situación de Alemania, su actitud política, su paz interna, dependía de la mayoría no católica. Esto iba acompañado de una gran tolerancia, y citando a Micheli, Ranke escribió que hubo familias con hijos que vivían según

⁸⁴ L. VON RANKE: *Zur deutschen Geschichte...*, op. cit., p. 24, n. 3.

⁸⁵ *Ibidem*, p. 25: “*Sie waren kräftig und entschlossen, verständig und friedfertig; durch die großen Interessen des Vaterlandes waren sie vereinigt*”.

⁸⁶ *Ibidem*, p. 25: “*Ich finde nicht anders, als daß die gereinigte Lehre um die Jahre 1560, 1570 eine entschiedene Übermacht in Deutschland erlangt hatte*”.

una manera, y los padres según otra, hermanos con una religión distinta, matrimonios entre católicos y protestantes, y para nadie esto era escandaloso. En Alemania no querían saber nada de formalidades y esto se reflejaba también en el arte. Ranke dijo que era un tópico erróneo pensar que con la evolución espiritual de Alemania, la literatura y la poesía habían caído en decadencia. Lo contrario era el caso. La Reforma significaba un gran estímulo para la música eclesiástica, los cánticos eran expresiones vibrantes del sentimiento religioso y de la profundidad de la cultura de la nación. La poesía de Georg Rollenhagen y de Johann Fischart contenía la “fuerza, sencillez, el calor y la verdad del espíritu alemán”. Las obras de estos tiempos carecían ciertamente de la belleza de forma, que para Ranke limitaba el contenido, pero también eran más artísticas, profundas y potentes ⁸⁷. La Reforma, finalmente, tampoco trajo la decadencia económica, sino por contrario, se caracterizaba por su vitalidad.

En suma, después de tantas tormentas, “la nación era dinámica, poderosa, floreciente y grande, mantenida unida por unos príncipes que actuaban en conjunto, y la aislaban celosamente de influencias externas” ⁸⁸. La Reforma no era antagónica a la unión de Alemania, por el contrario, era un movimiento espiritual genuinamente alemán. Se trataba de conservar a la nación en esta situación, concentrada en sí misma, sostuvo Ranke, y esto no era fácil, pues por regla general, “en cada estado de salud, está implícita la posibilidad de enfermedad, toda grandeza y existencia pueden caer en decadencia, toda unión es susceptible de dividirse” ⁸⁹. La tarea del hombre de Estado era reconocer los elementos de peligro, y actuar con las medidas adecuadas ⁹⁰, en esto se distinguía del “populacho charlatán, o de la pasión de los partidos”.

⁸⁷ L. VON RANKE: *Zur deutschen Geschichte...*, op. cit., p. 30:

“Die Werke dieser Zeit ermangeln allerdings der Schönheit der Form, die nur aus selbstbewußter Beschränkung der eignen Fülle hervorgeht; sie sind mehr künstlich, tiefsinnig und mannigfaltig, als eigentlich wohlgestaltet”.

⁸⁸ *Ibidem*, p. 38:

“...sehen wir doch die Nation gewerthätig und mächtig, blühend und groß von ihren Fürsten in Eintracht zusammenhaltend, gegen auswärtigen Einfluß eifersüchtig und abgeschlossen”.

⁸⁹ *Ibidem*, p. 39:

“In jeder Gesundheit liegt eine Möglichkeit der Krankheit; die Möglichkeit des Verfalls in jeder Größe und allem Bestehen; in jeder Vereinigung die Möglichkeit der Trennung”.

⁹⁰ Como decía Meinecke:

El peligro en aquellos tiempos, estaba allí donde los intereses eclesiásticos y mundanos estaban vinculados. El protestantismo había afectado a la Iglesia alemana, sin embargo, la constitución del Imperio, con muchos eclesiásticos en los Consejos principales de los electores y los demás príncipes, estaba fundamentada sobre ella. La Iglesia alemana, según Ranke, “era tanto o tal vez más un instituto político que religioso”. Las disputas surgieron porque príncipes eclesiásticos que se habían adherido a la confesión de Augsburgo, no estaban dispuestos a renunciar a aquellos privilegios vinculados a su condición de eclesiásticos, algo que creaba mucho malestar entre los católicos; todo esto provocó una situación política muy delicada, y requería una actuación prudente. Tal vez se hubiera podido evitar el desastre. Averiguar esto, era para Ranke una cuestión de “amor a la patria, que abarca tanto el presente como el pasado”⁹¹.

Ranke indicó dónde estaba la clave del problema: la ruptura del vínculo entre la Iglesia alemana y la curia romana. No era cuestión de convertir al protestantismo en la religión oficial, sino de valorar si una parte de los príncipes realmente tenía que seguir obedeciendo al papa, o si el Imperio debía independizarse de Roma, y gobernarse a sí mismo. No se trataba de convertir los bienes eclesiásticos en posesiones temporales, y de quitarles su sentido espiritual, pues podían ser usados como recompensa por los esfuerzos hechos en la guerra contra los turcos. Esto, pues, era lo que debería haber hecho un gran estadista: terminar con la influencia de Roma en Alemania, terminar con la división interna, y derrotar al turco. Igual que había sostenido en su estudio sobre la Monarquía española, dijo que no se podía estar siempre a la espera de que el turco atacara. Esto no era propio de una gran nación. Después de haber purificado la Iglesia, de haber puesto a la vista la relación inmediata entre el hombre y Dios, era menester evitar nuevas disensiones, reconciliar viejas divisiones,

dar una forma a la constitución, con la que se podría vivir por el momento, y con la que la vida tendría libertad para desarrollarse, a continuación iniciar la gran

“Para cada Estado existe una línea de acción ideal en cada momento, una razón de Estado ideal. Conocerla es tanto la ardiente labor del estadista, como la del historiador que la contempla en retrospectión. Todos los juicios de valor sobre la actuación estatal no es otra cosa que el intento de descubrir el secreto de la verdadera razón de Estado en cuestión” (F. MEINECKE: *Die Idee der Staatsräson in der neueren Geschichte*, München 1976, pp. 1-2).

⁹¹ L. VON RANKE: *Zur deutschen Geschichte...*, *op. cit.*, p. 44, “...sondern aus jener Vaterlandsliebe, welche Gegenwart und Vergangenheit umfaßt”.

empresa, y rechazar al enemigo que estaba a la puerta del país, con las manos unidas ⁹².

De esta manera, Alemania podría haber creado su espacio vital.

Solo era necesario librar una gran batalla con éxito, y tanto Bosnia, como Hungría, Albania como Grecia, habrían sido devueltas a la cristiandad. Entonces Alemania, cuyo emperador reinaba sobre Hungría, y pretendía o tenía derecho a todos los territorios que antiguamente habían pertenecido a ella –más teniendo en cuenta que en aquel entonces se había propuesto unir Hungría directamente al Imperio– hubiera consolidado para siempre su autoridad dominante en la Europa oriental, y podría haber llenado estos países con el excedente de su población ⁹³.

No era una idea imposible, pero faltaba la voluntad. Una vez que esta existía, la nación podía hacerse grande en la acción, sostuvo Ranke.

Que no se crea que se pueda conseguir la paz para la nación predicando su tranquilidad, desmintiendo sus elementos dinámicos, o rebajándolos violentamente. Al contrario, uno tiene que intentar encaminarlos. Una nación no solo está destinada a la quietud, a una lenta apatía, las fuerzas humanas únicamente se desarrollan en acción, necesitan una dinámica libre. Si no se quiere que se mueva en una dirección nociva, que la nación se arruine y se devore a sí misma, se tienen que tener en cuenta sus necesidades reales, e intentar satisfacerlas, darle la dignidad del orden legal, y abrirle un gran futuro ⁹⁴.

⁹² L. VON RANKE: *Zur deutschen Geschichte...*, *op. cit.*, p. 46:

“...der Verfassung eine Gestalt zu geben, bei der man für den Augenblick bestehen konnte, und das Leben Freiheit hatte sich zu entwickeln; dann zu dem großen Unternehmen zu greifen und den Feind, der an der Pforte des Landes lag, mit gesammter Hand abzuwehren”.

⁹³ *Ibidem*:

“Es bedurfte eines glücklichen großen Schlages, und Bosnien so gut wie Ungarn, Albanien so gut wie Griechenland, war dem Christenthum zurückgegeben. Dann hätte Deutschland, dessen Kaiser Ungarn beherrschte und auf alle alten Pertinenzien desselben Anspruch oder Recht hatte – wie man denn damals den Vorschlag machte, Ungarn unmittelbar mit dem Reiche zu verknüpfen, – das vorwaltende Ansehn im östlichen Europa auf immer erworben, und diese Länder mit dem Überfluß seiner Bewohner erfüllen können”.

⁹⁴ *Ibidem*, p. 47:

“Man glaube nicht, eine Nation sei damit in Frieden zu setzen, daß man ihr Ruhe predigt, daß man die Elemente der Bewegung ableugnet oder gewaltsam niederhält. Man muß sie vielmehr in die rechte bahn zu leiten suchen. Nicht zur Ruhe allein, nicht zu tragem Verdumpfen ist eine Nation bestimmt; erst in der Thätigkeit wachsen die menschlichen

Esta pues, era la tarea del hombre de estado, y el príncipe Maximiliano II levantaba muchas expectativas en este sentido, según Ranke. Era un príncipe extraordinario, con una excelente educación y gran cultura general. Sabía los idiomas de las naciones que había visitado, sus costumbres, particularidades, proverbios, chistes y literatura, y trataba a cada uno según su medida, mostrándose condescendiente con los italianos, alegre y franco con los alemanes, con los bohemios flexible, vivaz con los húngaros, comedido con los españoles. “A veces es como si un tiempo sintetizara todo lo que tiene de novedoso, noble y singular, en un individuo” ⁹⁵. No era posible tener mejor compañía, y por esta razón los embajadores le llamaban el cortesano más perfecto del mundo, y Ranke citaba al embajador Micheli:

Di statura non grande non piccolo, ma di bella taglia et dispositione e sopra tutto di bel aspetto, con una carne viva rossa e bianca insieme, color naturale e proprio de Tedeschi, fatto quanto alla sanita per quelli tremori di core et altro che pativa molto piu gagliardo, che non si credeva e di giorno fortificandosi meglio. Questo ha tanta gratia in tutte le attioni e cosi bel procedere e belle maniere da affettionarsi ogn'uno che è cosa maravigliosa con una gravità e dolcezza temperata insieme mediante una allegrezza che dimostra nell' esteriore, accompagnata da una tal vivezza d'occhi che non si può desiderare cosa nè piu amabile. Benchè alcuni prendono questa prontezza a ridere con ciascheduno per duplicità.

Llama la atención que Ranke no comentara la última frase de la cita, que alude a lo que algunos consideraban la duplicidad de Maximiliano, algo que según la filosofía cortesana se producía cuando la disimulación pasaba la raya de lo ético ⁹⁶. Implícitamente, sin embargo, criticaba esta opinión, diciendo que su comportamiento ejemplar era un rasgo de su carácter benevolente, sin segundas intenciones. Así, un día, viendo en una sala de audiencia al párroco de un pueblo, quien un día le había confesado, y estaba modestamente detrás de todos los

Kräfte: freier Regsamkeit bedürfen sie. Will man nicht, daß die Bewegung eine verderbliche Richtung einschlage, daß die Nation in sich selber zerfalle und sich zerfleische, so muß man ihre wahren Bedürfnisse ins Auge fassen und zu befriedigen suchen; man muß ihr das Selbstgefühl gesetzlicher Ordnung geben und eine große Zukunft eröffnen”.

⁹⁵ L. VON RANKE: *Zur deutschen Geschichte...*, op. cit., p. 48: “Es ist zuweilen, als brächte eine Zeit alles was sie Neues, Edles und Eigenthümliches hat, wieder in einem Einzelnen hervor”.

⁹⁶ La actitud del cortesano es estudiada, y su finalidad siempre es susceptible de ser interpretada como doblez (A. ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO: “Proteo en palacio...”, op. cit., p. 116).

enviados y señores, atravesó la multitud de notables, para saludarle y llevarle a su gabinete. De esta manera, Maximiliano era identificado en primer lugar con los rasgos “alemanes”, por su actitud campechana, no ceremoniosa, espontánea y sincera ⁹⁷.

Esta educación [*Bildung*], que solo se apropia de lo virtuoso y bello del mundo, nos rodea rápidamente como con un aura de pureza, una inteligencia penetrante y perceptiva, nos da una ligera tensión placentera, sus costumbres y expresión natural de benevolencia y el bien, que también es una especie de talento, nos cautiva interiormente. Estos genios suelen tener consigo la aprobación general. ¿Y por qué no? El placer que provocan retorna hacia ellos ⁹⁸.

Ranke añadía que para gobernar Estados se requerían además cualidades específicas, como la aplicación a los negocios. En este sentido, Maximiliano era ejemplar, y diariamente daba muestras de su entendimiento penetrante de los asuntos de estado. Basándose en la relación de Suriano de 1554, Ranke afirmó que Maximiliano había llegado a la conclusión de que su padre se había inclinado demasiado hacia su hermano y sus consejeros extranjeros. Lo que principalmente dolía a Maximiliano era el plan de Carlos V de conceder la corona imperial al príncipe Felipe. Según Ranke, en 1562, Felipe II todavía no había abandonado esta idea. Maximiliano no estaba para nada dispuesto a cumplir un

⁹⁷ Compárese B. CASTIGLIONE: *El Cortesano*, trad. de J. Boscán, ed. de M. Pozzi, Madrid 1994, pp. 141-142, sobre las habilidades del cortesano:

“Si quisieredes también, no daña saber nadar, y antiguamente los hombres principales lo aprendían para muchos casos que pueden ofrecerse. Hace asimismo al caso tener habilidad en saltar, en correr, en tirar barra. Porque, demás del provecho que todo esto hace en la guerra, suele algunas veces atravesarse alguna porfía o competencia en semejantes cosas y el que entonces se muestra más habil queda mejor, *especialmente en la opinión del pueblo, al cual de necesidad ha de tener respeto el hombre que quiere vivir en el mundo*”.

En cambio, para Ranke, la actitud de Maximiliano es espontánea, fruto de su compenetración con el pueblo.

⁹⁸ L. VON RANKE: *Zur deutschen Geschichte...*, *op. cit.*, pp. 48-49:

“*Jene Bildung, die sich von der Welt nur das Würdige und Schöne aneignete, umfängt uns gar bald wie mit reiner Atmosphäre; ein durchdringender unterscheidender Verstand giebt uns eine leichte, heitere Spannung; seine Sitte und ungesuchter Ausdruck des Wohlwollens und der Güte, der auch eine Art von Talent ist, halten uns innerlich fest. Solche Naturen pflegen die allgemeine Stimme für sich zu haben. Wie sollten sie auch nicht? Das Behagen, das sie verbreiten, strömt auf sie zurück*”.

papel de segundo rango bajo el rey español, “este Felipe, cuya vanidad le parecía tan banal, del que solo hablaba de mala gana y con desdén”⁹⁹. Estas fricciones entre los cabecillas de las dos ramas de la Casa de Austria¹⁰⁰, ocasionadas por una competencia por manifestarse como jefe de la familia, fueron interpretadas por Ranke dentro de un contexto nacionalista. Sugirió que este rechazo de Maximiliano hacia su primo, explicaba su antipatía hacia los españoles. Pero para Ranke no solo era una cuestión de costumbres, sino que esta aversión también explicaría la inclinación del emperador hacia la “esencia alemana”. Dedujo esto de una carta de Maximiliano en la que este escribía: “Buenas y redondas palabras y obras alemanas, no españolas”¹⁰¹.

Una cosa, sin embargo, era tener talento, pensar, deliberar, diseñar, otra muy distinta ejecutar y pasar a la acción, sostuvo Ranke. Maximiliano todavía tenía que legitimar las altas esperanzas que había suscitado, cuando subió al trono imperial en 1564. Había mostrado reiteradamente su desdén hacia el papa, y su simpatía por el partido protestante. Habría que ver cómo actuaría como emperador, si sabría independizar al Imperio de Roma. Por otra parte, existían pocas dudas acerca de su deseo de librar la guerra contra el turco. Sin embargo, dijo Ranke, un individuo no puede enfrentarse con la totalidad de las cosas. Para que el emperador, con un poder limitado, pudiese ejercer su influencia, también las circunstancias tendrían que ayudar: la opinión general y los sentimientos tendrían que acompañarle. Y justamente en este sentido, la situación en Alemania era muy complicada. El emperador experimentó mucha resistencia a las “aspiraciones colectivas”.

⁹⁹ L. VON RANKE: *Zur deutschen Geschichte...*, op. cit., p. 50: “...diesem Philipp, dessen Fähigkeiten ihm so unzureichend, dessen Eitelkeit ihm so abgeschmackt vorkam, von dem er nur mit Widerwillen und Geringschätzung redete”.

¹⁰⁰ Véase al respecto, J. MARTÍNEZ MILLÁN: “La emperatriz María y las pugnas cortesanas en tiempos de Felipe II” en E. BELENGUER CEBRIÁ (ed.): *Felipe II en el Mediterráneo*, Madrid 1999, III, p. 143:

“La familia de Carlos V siempre consideró que los auténticos intereses políticos de la Casa de Austria los transmitió el viejo emperador a Felipe II, quien había asimilado las preocupaciones de su padre con exactitud. De esta manera, el rey de la Monarquía hispana se convertía, si no por derecho, sí de hecho, en el *patrón* de la dinastía de los Habsburgo y el desarrollo de la política de la Monarquía se convirtió en un proyecto de familia”.

¹⁰¹ L. VON RANKE: *Zur deutschen Geschichte...*, op. cit., p. 50: “Gute, runde deutsche Worte und Werke, nicht spanische”. No está muy claro el contexto contemporáneo de esta cita.

La influencia que los príncipes en Alemania ejercieron sobre las Iglesias y las instituciones educativas, tuvo como consecuencia que las cuestiones religiosas llegaran a mezclarse con las relaciones políticas. Esta mezcla no era solo un problema de las vinculaciones entre los príncipes y la iglesia católica. Ranke sostuvo que el partido que en la guerra de Esmalcalda se había enfrentado con Carlos V, y que había sido vencido, posteriormente se había implicado en polémicas teológicas. El partido que más fuerte salió del ínterin de Augsburgo, fue el más ortodoxo. Después de su revocación, los predicadores que habían sido perseguidos regresaron, sintiéndose reforzados en sus opiniones radicales, y entablaron disputas dogmáticas. De esta manera terminó el tiempo:

en el que la nueva doctrina no era sino la antigua purificada, en el que Calvino era definido como un luterano, en el que todavía nadie preguntaba a cuál de las tres confesiones pertenecía cada uno, en el que la gran mayoría se adhería a un cristianismo liberado de los abusos, y puesto nuevamente en armonía con la Biblia, que todavía admitía modificaciones según visiones individuales ¹⁰².

Para Ranke, el problema era que la pasión se llegó a apoderar de la religión, pues las opiniones más radicales siempre se expresaron en el calor de las disputas, y luego fueron mantenidas. Para empeorar las cosas, estos radicales llegaron a ocupar el poder político, con lo que la nación entera se dividió en facciones. La división teológica era más una manifestación del ambiente cortesano y los sentimientos mezquinos que de los sentimientos patrióticos:

Desgraciadamente, estos movimientos no alimentaban las grandes pasiones que encuentran en su expresión su propia liberación. Combatían con las armas de la difamación literaria, el odio colegial, la calumnia en la corte y en el pueblo, armas que dejan el cuerpo ileso, pero que alcanzan con acierto el alma dejando pequeñas heridas ¹⁰³.

¹⁰² L. VON RANKE: *Zur deutschen Geschichte...*, *op. cit.*, p. 54:

"...eine Zeit wo die neue Lehre eben nur als die gereinigte alte erschien; wo man Calvin noch für einen Lutheraner erklärte; wo man noch nicht fragte, zu welchem von den drei Glaubensbekenntnissen Jederman gehöre; wo bei weitem die Meisten einem von dem Mißbräuchen befreite, mit der Bibel wieder in Übereinstimmung gesetzten Christentum anhängen, welches noch immer Modificationen individueller Anschauung zuließ".

¹⁰³ *Ibidem*, p. 58:

"Leider gaben diese Bewegungen keinen Stoff zu den großen Leidenschaften, welche in ihrer Äußerung ihre eigene Befreiung haben; mit den Waffen der literarischen Verleumdung, des collegialischen Hasses, der übeln Nachrede bei Hofe und in dem Volke, Waffen, welche zwar den Leib unverletzt lassen, aber die Seele mit kleinen zahlreichen Wunden um so sicherer treffen, bekämpfte man sich".

La violenta afirmación de los dogmas teológicos, para Ranke, no tenía mucho que ver con el temor de Dios, la piedad y la religión, más bien obstaculizaban la lucha por la “causa mayor”. En la segunda mitad del siglo se intensificaron las oposiciones entre el luteranismo y el calvinismo, mientras el partido católico, “el enemigo común”, se hizo cada vez más fuerte. En esta situación, lo que había que hacer era aislar a Alemania del extranjero, y mediante una empresa en común forjar la unidad de la nación, y esto es lo que se propuso Maximiliano, según Ranke. Sin embargo, en la guerra contra los turcos, le faltaba una de las cualidades importantes del hombre de estado: la determinación. En 1566 había reunido un gran ejército, pero durante la campaña, cuando tendría que haber iniciado el ataque decisivo, se quedó parado. Maximiliano hizo una paz desventajosa, y la guerra contra el turco perdió interés para el emperador. Ahora, en vez de una empresa en común, los distintos partidos en Alemania se involucraron cada uno por su cuenta en los conflictos que por aquél entonces afectaban a los Países Bajos, Escocia y Francia. Era, de esta manera, inevitable, que estos conflictos se extendieran también a Alemania.

Ranke afirmó que después de la muerte del príncipe español don Carlos, Maximiliano había cambiado. Antes el emperador se había mostrado inclinado hacia el protestantismo, tolerante, por encima de las divisiones religiosas. Sin embargo, su actitud cambió cuando se abrió la perspectiva a una reunión de las dos ramas de la Casa de Austria mediante una boda entre Felipe II y Ana de Austria y de la infanta Isabel Clara Eugenia con un hijo de Maximiliano. El emperador esperaba que con esto la monarquía española volviera a pertenecer a sus herederos, algo que explica su acercamiento a Felipe II, quien había dejado claro que no permitiría un matrimonio de una hija suya con el hijo de un emperador hereje. Maximiliano pareció hacerle caso. Se estrecharon nuevamente los lazos entre las dos ramas de la Casa, y Maximiliano, a partir de ahora, solo hablaría de Felipe II con gran respeto y se mejorarían las relaciones con los católicos y con el papa, cuyo apoyo necesitaba además para poder conseguir la corona de Polonia para uno de sus hijos. Los intereses de la Casa parecían imponerse sobre los de la nación, la política dinástica, cortesana sobre la política estatal. La consecuencia, según Ranke, fue un menoscabo de la independencia de Alemania, porque ahora cada decisión política fue consultada con los españoles ¹⁰⁴.

¹⁰⁴ Se basaba en un informe de Micheli de 1571:

“Non che si faccia, non si pensa pur dal canto dell'imperator cosa nè piccola nè grande, che non sia partecipata, consigliata e poi eseguita o al si o no secondo che viene di là. Colla

Ranke sugirió que el motivo de este acercamiento pudo haber sido que al emperador le interesaba seguir siendo la cabeza del partido católico. Si hubiera pasado al partido protestante, los prelados habrían hecho lo mismo para evitar su represión, y habría quedado solo un partido en Alemania. Esto habría significado que el emperador habría pasado a ser un príncipe más, con sus territorios patrimoniales como única y limitada base de poder. Como cabeza del partido católico, sin embargo, podía apoyarse en el poder de Felipe II. Nuevamente, pues, para Ranke, la política cortesana era igual a división, pérdida de independencia, y contraria a una política de estado, que perseguiría el interés de la nación. Maximiliano, quien a pesar de esta política cortesana pensaba poder controlar la delicada situación en Alemania, finalmente se vio superado por las circunstancias y por las fuerzas divisorias.

La historia de Maximiliano señalaba que la historia del emperador no se podía identificar con la historia general de Alemania, puesto que los emperadores, además de ser jefes del Estado, eran cabezas de su casa. Para Ranke, la mejor manera de acercarse a la historia general de Alemania era el estudio de las Dietas donde se discutían los asuntos generales. Era, lógicamente, una historia con mal final. Los príncipes protestantes abandonaron la Dieta de Regensburg en 1608 y se puso de manifiesto la ruptura interna del Imperio, con los príncipes católicos reunidos en la Liga por un lado, y los protestantes en la Unión por otro. Los intereses particulares, tanto de los príncipes protestantes como de los católicos, inhibían el desarrollo constitucional de la paz de las religiones, tan necesario para la unidad de Alemania. Para Ranke, no obstante, la principal culpa la tenían los príncipes eclesiásticos que obedecían a Roma y que tenían menos solidaridad con los asuntos del Imperio. Durante las Dietas a partir de 1582, el emperador Rodolfo II no había sido capaz de frenar la poca voluntad de los príncipes católicos de observar la paz de las religiones. En las dietas, los príncipes protestantes, antes de aprobar la concesión de nuevos recursos para la lucha

potentia di Spagna si fortifica e si autoriza in tutte le azioni e con li suoi medesimi Tedeschi e con altri”.

Recientemente se ha estudiado el ascenso del grupo proespañol en la corte de Maximiliano. Este grupo heterogéneo se formó alrededor de la emperatriz María, defensora de los intereses de su hermano Felipe II y de la política papal. Véase al respecto R. GONZÁLEZ CUERVA: *Baltasar de Zúñiga y la encrucijada de la Monarquía hispana (1599-1622)*, Madrid 2010, tesis doctoral inédita de la Universidad Autónoma de Madrid, que será publicada en breve, pp. 294-299.

contra el turco, importante también para la defensa de los territorios patrimoniales del emperador, solían pedir que se respondieran las reclamaciones de los administradores protestantes de asistir con voz y voto a la Dieta, y de frenar los intentos de los príncipes católicos de hacer respetar el *reservatum ecclesiasticum*, es decir, apropiarse de nuevo de los señoríos y territorios eclesiásticos confiscados por los príncipes temporales después de 1552 y, por otra parte, de hacer respetar la *declaratio Ferdinanda*, según la cual aquellos vasallos de príncipes católicos que habían adoptado el protestantismo antes de 1555 podían permanecer en esta confesión. Los protestantes, internamente divididos y en minoría en el Consejo de los príncipes, siempre fueron instigados por el emperador a aplazar sus reclamaciones a una siguiente Dieta, puesto que no podía prescindir del apoyo de los príncipes católicos, de los cuales se sabía su poca disposición a llegar a un arreglo. Los príncipes protestantes, finalmente, acabaron por renunciar a defender sus peticiones, puesto que querían evitar la ruptura abierta. Esta actitud, sin embargo, cambió en la Dieta de 1608 cuando consideraron que su propia existencia corría peligro, y abandonaron la Dieta. A esto había contribuido el bando imperial contra la ciudad protestante de Donauwörth en 1607 y su sometimiento por el duque Maximiliano de Baviera, después de que la ciudad hubiera sido el escenario de enfrentamientos entre protestantes y católicos.

Ranke destacó que la unidad del partido de los príncipes católicos fue fomentada desde Roma a través del legado papal. Estos príncipes no sufrían el peligro de la división interna, puesto que su fe dependía de la obediencia a un papa autoritario quien, por otra parte, no sentía ninguna inclinación a intentar mantener la paz de las religiones, que no era de su interés. Además, el catolicismo, en la interpretación de Ranke, dependía de las apariencias exteriores impuestas por la autoridad papal, y no de convicciones espirituales individuales, surgidas en libertad. La tendencia de los emperadores de inclinarse cada vez más hacia el catolicismo por los intereses de la casa, pues, no favorecía el interés del Estado. Este era el marco de la historia del emperador Rodolfo II. Dentro del relato sobre este emperador, la corte cobraba significado como el ámbito íntimo del soberano, por contraposición al ámbito político, que era la Dieta. Ranke empezó su relato con una descripción del Hradschin y de las colecciones del emperador.

Con toda su alma dedicada a la colección de las más curiosas creaciones de la naturaleza y el arte, y a la vez al estudio de los vínculos universales y cósmicos del mundo, el Emperador no dedicaba atención a los acontecimientos cotidianos

—la lucha político religiosa que se había encendido en torno a él— que no obstante le necesitaban para su allanamiento ¹⁰⁵.

Rodolfo tenía una tarea histórica. Todavía la gente no había olvidado, escribió Ranke, que el “Imperio romano de la nación alemana” era la continuación del Imperio romano antiguo. Esto implicaba que la responsabilidad del emperador era unir a la cristiandad, particularmente en la lucha contra los infieles. Rodolfo tenía suficiente sentido histórico como para entenderlo, sin embargo, su capacidad de influencia era limitada por su personalidad débil, y ni siquiera era capaz de “rechazar la influencia de los elementos extranjeros del Imperio”.

No era una cuestión de un acercamiento a España, como había sucedido con Maximiliano, puesto que Rodolfo II nunca mostró afinidad alguna con Felipe II. Rodolfo tuvo que lidiar con las divisiones religiosas, vinculadas a intereses personales y dinásticos, lo que complicaba sobremedida la situación política. No tenía la personalidad adecuada para ello, pues carecía de la diligencia de su padre, tampoco estaba dotado de capacidad mediadora, y además, a diferencia de Felipe II, que gobernó el mundo desde su gabinete, estaba condenado a gobernar a través de la Dieta dividida, algo que complicaba la toma de decisiones. Por otra parte, Rodolfo cayó en contradicciones con su intento de restaurar la confesión católica en sus tierras hereditarias, mientras que intentaba mantener un equilibrio entre los partidos en Alemania. Estas complicaciones tuvieron según Ranke un efecto paralizador sobre Rodolfo, quien buscó una solución en las ciencias ocultas. El emperador, además, temía que las tensiones religiosas terminaran con su vida de la misma manera que con Enrique IV, y cada vez más se retiró de la vida pública, apareciendo en contadas ocasiones. De esta manera, creció la influencia de los cortesanos.

Fue una suerte, que en los primeros veinte, veinticinco años, fuera asistido por un ministro experimentado y moderado, Wolfgang von Rumpf ¹⁰⁶, a la vez

¹⁰⁵ L. VON RANKE: *Zur deutschen Geschichte...*, *op. cit.*, p. 181:

“Mit ganzer Seele beschäftigt, die merkwürdigsten Hervorbringungen der Natur und der Kunst um sich zu vereinen, und zugleich den universalen und kosmischen Beziehungen der Welt nachzuforschen, widmete der Kaiser den Ereignissen des Tages, dem religiös-politischen Streit, der um ihn her entbrannt war, nicht die Aufmerksamkeit, die zur Schlichtung desselben nothwendig gewesen wäre”.

Un estudio clásico de la corte de Rodolfo: R. J. W. EVANS: *Rudolf II and his world: a study in intellectual history 1576-1612*, Oxford 1973.

¹⁰⁶ Véase F. EDELMAYER: “Wolf Rumpf de Wielross y la España de Felipe II y Felipe III”, en *Pedralbes* 16 (1996), pp. 133-136.

su camarero mayor, que todavía bajo Maximiliano había aprendido los negocios [de Estado], que estaba familiarizado con sus consecuencias políticas, y que los llevaba según sus necesidades internas. No se han investigado suficientemente los asuntos internos como para juzgar con certeza la actuación de Rumpf. Velaba celosamente sobre lo que quedaba de la autoridad imperial, y no quiso admitir la intercesión de los príncipes, particularmente con respecto a las ciudades. Como principio, no toleraba consejeros evangélicos en la corte. Sin embargo, prudente y siempre circunspecto, evitó que con esta política se produjeran grandes desaciertos que hubiesen podido conducir a una ruptura irremediable con los evangélicos. Al principio actuaba más bien en oposición con España, luego fue considerado demasiado español, especialmente desde que el rey de España le había elevado a comendador de una orden militar con cuantiosos ingresos ¹⁰⁷. No hay que darle vueltas, esta era la costumbre en esta época. Rodolfo lo observaba con disgusto, aunque se quejaba de que cada funcionario aspiraba a un nombramiento español ¹⁰⁸, no tenía ni el poder, ni la energía para evitarlo. Tuvo que soportar que el embajador español, al que no veía durante años, ejerciera la mayor influencia sobre sus servidores ¹⁰⁹.

¹⁰⁷ Recibió el 24 de mayo de 1592 el hábito de la Orden de Santiago, y el 19 de marzo de 1594 hizo los votos para obtener la encomienda de Paracuellos. Edelmayer le considera una de las figuras más significativas de la red clientelar de Felipe II en el Sacro Imperio. Señala, no obstante, que las relaciones de Rumpf con la corte española datan probablemente desde su estancia allí en 1563, cuando acompañó como camarero mayor a Rodolfo y Ernesto en su viaje a España. También menciona que Maximiliano II se sirvió de él en 1574 como embajador especial en España y Portugal, sabiendo que Felipe II le tenía en gran estima. Los contactos con la corte española, pues, se produjeron mucho antes de la concesión de hábito por Felipe II. Véase también R. GONZÁLEZ CUERVA: “Caballeros imperiales en las Órdenes castellanas: la mediación de Baltasar de Zúñiga”, en M. RIVERO RODRÍGUEZ (ed.): *Nobleza hispana, Nobleza cristiana. La orden de San Juan*, Madrid 2009, pp. 533-534.

¹⁰⁸ Al respecto del embajador San Clemente, R. GONZÁLEZ CUERVA: *Baltasar de Zúñiga...*, *op. cit.*, pp. 314.

¹⁰⁹ L. VON RANKE: *Zur deutschen Geschichte...*, *op. cit.*, pp. 185-186:

“Ein Glück war es noch, daß ihm in den ersten zwanzig bis fünfundzwanzig Jahren ein Minister von Erfahrung und Mäßigung zur Seite stand, zugleich sein Oberstkämmerer Wolfgang von Rumpf, der noch unter Maximilian die Geschäfte kennengelernt hatte und sie nach ihren inneren Forderungen leitete. Das Innere diese Regierung ist noch zu wenig erforscht, um über Rumpfs Verfahren mit Sicherheit urtheilen zu können. Er machte eifersüchtig über die Reste der kaiserlichen Autorität, und wollte namentlich in Bezug auf die Städte keine fürstlichen Intercessionen zulassen. Er duldete grundsätzlich keine evangelischen Räte am Hof. Bei dieser Richtung hat er doch große Fehlgriiffe, welche einen unheilbaren Bruch mit den Evangelischen nach sich ziehen konnten, vorsichtig und allezeit

Como antes en el relato de Ranke, el aumento de la influencia de los cortesanos, significaba que los intereses particulares pesaban más que los asuntos de Estado, algo que era aprovechado por el embajador español para aumentar su influencia, lo que tenía como consecuencia una mayor fortaleza del partido católico en detrimento de la independencia de Alemania. Los intereses dinásticos complicaron y empeoraron las cosas aún más para Alemania. Según avanzaba la edad de Rodolfo, aumentaron las preocupaciones sobre su sucesor. Surgió una facción en la corte del emperador que apostaba por su hermano Matías, algo que molestaba sobremanera a aquél. Intentaba alejar a su hermano del gobierno, puesto que temía que su presencia dañara su prestigio “dentro de su familia, sus tierras hereditarias, el Imperio y el mundo entero”. “Le dolía en el alma” cuando se enteraba de que algunos consideraban a Matías más capacitado para llevar los negocios del estado. Rodolfo, en consecuencia, expulsó de la corte a los partidarios de Matías, entre los cuales se encontraba también Wolfgang Rumpf¹¹⁰. Esto, sin embargo, no favoreció al gobierno del Imperio, puesto que los que sustituyeron a esta facción eran cortesanos “ambiciosos y corruptibles” con poca experiencia política y desconocimiento de los asuntos de estado, de los que precisamente empezaron a ocuparse.

besonnen, vermieden. Anfangs eher im Gegensatz mit Spanien, galt er später für allzugu spanisch, besonders seit ihn der König von Spanien zum Commenthur eines Ritterordens mit ansehnlichen Einkommen erhoben hatte. Denn das war nun einmal die Gewohnheit der Zeit. Rudolf vermerkte es mit Bedruß; er klagte wohl, jeder seiner Beamten trage eine spanische Bestallung im Busen, aber es zu verhindern, hatte er weder die Macht, noch die Energie. Er mußte erleben, daß der spanische Gesandte, den er jahrelang nicht sah, an seinem Hofe über seine Diener doch den gräßten Einfluß ausübte”.

Véase con respecto a la red clientelar de Felipe II en el Sacro Imperio, centrado especialmente en el período de 1560-1580, F. EDELMAYER: *Söldner und Pensionäre. Das Netzwerk Philipps II. im Heiligen Römischen Reich*, Viena 2002, asimismo los trabajos de P. MAREK, entre otros: “La red clientelar en Praga”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs.): *La monarquía de Felipe III...*, *op. cit.*, IV: *Los Reinos*, pp. 1349-1374.

¹¹⁰ F. EDELMAYER confirma que la caída en desgracia de Rumpf estaba relacionada con el insistente apoyo de este a la posición española al respecto de la elección de un sucesor. Véase su “Wolf Rumpf de Wielros...”, *op. cit.*, p. 153. R. GONZÁLEZ CUERVA, escribe, por otra parte en *Baltasar de Zúñiga...*, *op. cit.*, pp. 334-338, que la principal batalla entre las dos ramas de la Casa de Austria eran temas dinásticos, particularmente el problema de la sucesión de Rodolfo II.

“La persona del emperador fue cada vez más sometida a la influencia de su entorno directo”¹¹¹. Los cortesanos se ocuparon de importantes asuntos como los nombramientos “civiles y militares” y el reparto de las mercedes. Controlaban el acceso al emperador. Este, quien ya de por sí tenía tendencias escapistas, ahora se convertía definitivamente en un personaje que perdía contacto con la realidad. Unos camareros, Machowsky, Philipp Lang y Ruzky, se convirtieron en los personajes más poderosos de “este Estado”. Era ciertamente un grupo selecto y variado, en opinión de Ranke.

Sobre Lang se han llegado a conocer una cantidad de detalles, que desvelan tanta codicia repugnante, y tanta depravación moral, que uno quisiera apartar la vista, si junto con esto no se trataran también las grandes contradicciones de la época. Machowsky, del cual igualmente se observan actuaciones que le imputan, es señalado a veces como un utraquista, que estaba vinculado a la Iglesia evangélica, y a veces como un católico fanático que tomaba parte en las persecuciones hostiles. Otro servidor no irreprochable de nombre Frank, era evangélico. Philipp Lang, que gozó de la confianza del príncipe desde 1603 hasta 1607, en tal medida que se decía que le había hechizado, y que le había robado el corazón, se alió con los intereses católicos. Se vio que el príncipe elector de Colonia pasaba muchas horas en su compañía, era el confidente y el apoyo de Belgiojoso en la Corte. Rutzky estaba inclinado hacia los protestantes. Solo el ascenso, los impulsos y la caída de estos hombres mantuvieron la corte de Praga en continua agitación. El Emperador les concedió durante mucho tiempo su confianza incondicional. Como se decía de Lang, si se hubiera acercado al Emperador con una daga, este le habría dicho: “Philipp, ¿tú no me harías nada verdad?” Esto, hasta que le alejó de su gracia súbitamente después de un descuido, para lo que el Emperador era muy sensible, o una muestra evidente de negligencia. Mientras estaban in situ, fueron considerados como todopoderosos, puesto que el Emperador solo trataba con sus confidentes inmediatos personalmente¹¹².

¹¹¹ L. VON RANKE: *Zur deutschen Geschichte...*, op. cit., p. 186: “*Persönlich gerieth der Kaiser von Tage zu Tage mehr unter den Einfluß seiner unmittelbarsten Umgebung*”. Sobre el tema, H. NOFLATSCHER: “Regiment aus der Kammer? Einflußreiche Kleingruppen am Hof Rudolf II.”, en J. HIRSCHBIEGEL y W. PARAVICINI (eds.): *Der Fall des Günstlings. Hofparteien in Europa vom 13. bis zum 17. Jahrhundert*, Stuttgart 2004, pp. 209-234. R. GONZÁLEZ CUERVA en su *Baltasar de Zúñiga...*, op. cit., pp. 308-309, señala que, para entender la dinámica política de la corte de Rodolfo, lo importante no es el lugar donde se producía el juego de influencias, sino los personajes que lo protagonizaban y el juego de facciones asociadas, y menciona que apenas existen estudios al respecto.

¹¹² L. VON RANKE: *Zur deutschen Geschichte...*, op. cit., pp. 186-187:

Finalmente, la inclinación del emperador a retirarse se convirtió en algo enfermizo. Solo se dedicaba a los asuntos de Estado poco antes y después de comer y cenar. Estaba frecuentemente de mal humor, era caprichoso, desconfiado, sensible ante cualquier confrontación con la realidad, y predispuesto a oscuras influencias supersticiosas; a veces tenía momentos melancólicos mezclados con rabia, que hacían dudar de su sentido común. Esto agitaba las discusiones sobre su sucesión y los continuos cambios de opinión del emperador sobre los candidatos no contribuyeron a apaciguar los ánimos. Rodolfo, según Ranke, parecía inclinarse en estos tiempos hacia los príncipes protestantes, alababa la fidelidad y fiabilidad de los luteranos que quería implicar en el gobierno. Ranke lo asociaba con el deseo de una “reforma”, una mayor institucionalización, de la construcción del Estado: “Contrariado por el desorden de la Corte, hablaba de su reforma, en la que quería instaurar un Consejo secreto y otras administraciones, una especie de ministerio de justicia y de guerra”¹¹³. Parecía, según Ranke, que no quería otra cosa que ser un emperador alemán, neutral, como lo querían los evangélicos.

“Von Lang sind eine Menge von Einzelheiten bekannt geworden, welche eben so viel schmutzige Begierde wie sittliche Verworfenheit darlegen, von denen man den Blick wegwenden würde, wenn dabei nicht auch die großen Gegensätze der Zeit zur Sprache kamen. Machowsky, von dem man ebenfalls Handlungen erfährt, die ihm schwer zur last fallen, wird zuweilen als Utraquist, der mit der evangelischen Kirche in Verbindung stehe, zuweilen als heftiger an gehässigen Verfolgungen theilhabender Katholik bezeichnet. Ein anderer minder bescholtener Diener Namens Frank war evangelisch. Philipp Lang, der von 1603 bis 1607 das Vertrauen des Fürsten genoß, so das man sagte, er habe ihn verzaubert, ihm das Herz abgestohlen, schloß sich den katholischen Interessen an. Man sah den Churfürsten von Cöln manche Stunde bei ihm verweilen: er war der Vertraute und die Stütze der Belgiojoso am Hofe. Ruzky neigte sich wider den Protestanten zu. Den Prager Hof hielt nur die Erhebung, das Treiben und der Sturz dieser Menschen in steter Agitation. Der Kaiser schenkte ihnen lange Zeit ein unbedingtes Vertrauen: wie man von Lang sagt, wenn er mit dem Dolch auf den Herrn zugegangen wäre, so würde ihm dieser gesagt haben: nicht wahr, Philipp, du thust mir nichts; – bis dann eine Vernachlässigung, gegen die er sehr empfindlich war, oder ein großer Beweis von Unzuverlässigkeit ihnen seine Gnade mit Einem Male entzog. So lange sie am Platz waren, galten sie für allmächtig: denn nur mit seinen unmittelbaren Vertrauten mochte der Kaiser persönlich verkehren”.

¹¹³ L. VON RANKE: *Zur deutschen Geschichte...*, op. cit., p. 189:

“Verstimmt durch die Unordnungen seines Hofes, sprach er von einer Reformation desselben, wo er einen geheimen Rath und andere Behörden, eine Art von Ministerium für Justiz und Krieg, einzurichten gedenke”.

Los católicos, mientras, se definieron por su apuesta por un candidato específico, Fernando de Estiria, y propusieron un incremento del poder ejecutivo del emperador para instrumentalizarlo en la “represión de desviaciones religiosas”. De esta manera, las diferencias sobre el sucesor se mezclaban con la división religiosa. Según Ranke, “era inherente al carácter de la Corte y la constitución de la administración, que el partido de la represión católica dominara” ¹¹⁴. Cada vez más cargos en la administración fueron ocupados por discípulos de los colegios jesuitas fundados por Fernando I, imbuidos de los dogmas de la iglesia católica y la defensa de sus derechos. Esta ideología convenía a las altas esferas del poder, puesto que en las tierras patrimoniales austriacas, las aspiraciones de los estamentos estaban intrínsecamente relacionadas con ideas protestantes. Los consejos imperiales identificaban su propia gestión administrativa con el sostenimiento de la autoridad real y eclesiástica. Pensaban poder restaurar tanto la una como la otra, aferrándose a los antiguos privilegios. Se emitieron muchos edictos que pretendían anular las concesiones hechas hasta el momento y restaurar los principios antiguos. Las ambiciones del partido católico, desde una perspectiva administrativa, estaban relacionadas con un Estado autoritario. Esto, en contraposición a la tolerancia religiosa, que Ranke identificaba con los derechos de la burguesía.

Aumentó la represión religiosa en el Imperio, particularmente en Hungría, donde se encontraba estacionado un ejército imperial para defender las fronteras contra los turcos. Este, sin embargo, no se limitó a la defensa, sino que actuó como si estuviese ocupando un territorio, imponiendo sus leyes, lo que significaba que los protestantes apenas podían practicar su fe. Esta no había sido la intención del emperador, sostuvo Ranke, quien nuevamente recurrió al contexto de la corte, para explicar cómo los cortesanos malintencionados intentaban alejarle de los asuntos del gobierno, ocultándole la realidad política en el Imperio:

Los borradores y rescriptos le fueron presentados en momentos inadvertidos y despreocupados, por entendidos servidores, sin que [el emperador] hubiese tomado noción de su contenido, para ser ejecutados a continuación ¹¹⁵.

¹¹⁴ L. VON RANKE: *Zur deutschen Geschichte...*, op. cit., p. 189: “*In der Natur des Hofes und der Zusammensetzung der Verwaltung lag es daß die Partei der katholischen Repression die Oberhand bekam*”.

¹¹⁵ *Ibidem*, p. 192:

“*Die Entwürfe und Rescripte wurden ihm vorgelegt, ohne daß er von ihrem Inhalt Kenntniß genommen hatte, von einverstandenen Dienern, in unbewachten und sorglosen Stunden, und dann exequirt*”.

Los cortesanos solo ejecutaban lo que les interesaba a ellos, las decisiones del emperador que no les convenían eran ignoradas. El emperador se daba cuenta, pero no era capaz de poner freno a sus cortesanos. Los reprimidos, finalmente, se levantaron en Hungría, ya que no encontraron protección en la corte. Esta situación fue aprovechada por los turcos. El emperador se vio obligado a firmar una paz con el turco, lo que significó una merma de su autoridad en el Imperio y en la “familia archiducal”, que ahora optaba por Matías como nuevo rey de Romanos. Matías se alió con la aristocracia protestante de Hungría, Moravia, y Austria, para finalmente ser proclamado gobernador de estos últimos dos reinos y rey del primero. No consiguió hacer lo mismo con los estamentos de Bohemia, que siguieron fieles al emperador.

Ranke comentó que, sorprendentemente, en este asunto, los españoles no estaban inclinados a defender los intereses católicos de Rodolfo. Consideraron que la paz con los turcos y la actuación condescendiente de Matías en Hungría, favorecían los intereses de la Casa en los territorios hereditarios¹¹⁶. No obstante, quienes finalmente se aprovecharon de este conflicto dinástico fueron los protestantes. Los estamentos en Hungría, Moravia y Austria, exigieron y consiguieron una mayor libertad religiosa. Los estamentos de Bohemia, en consecuencia, reclamaron lo mismo, y Rodolfo se vio obligado a hacer concesiones, puesto que temía que de lo contrario, pasaran al bando de Matías. Después de que estallara el conflicto sobre la sucesión en Bohemia, entre el archiduque Leopoldo, quien era el candidato de Rodolfo, y Matías, la Monarquía española intentó ejercer su influencia. Como la vez anterior, los motivos religiosos no eran decisivos. A pesar de que no existían dudas sobre la convicción católica de Leopoldo, optaron por Matías. Las razones fueron nuevamente lo que la rama española entendía por los intereses de la casa. Uno de los motivos fue que Felipe III, como hijo de Ana de Austria, y teniendo en cuenta que Rodolfo no tenía descendientes, quiso hacer valer sus derechos a la corona de Bohemia, con la esperanza de poder reunir otra vez el Imperio con la Monarquía española. Otro

¹¹⁶ R. GONZÁLEZ CUERVA, sin embargo, escribe en “El Turco en las puertas: la política oriental de Felipe III”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M. A. VISCEGLIA (dirs.): *La monarquía de Felipe III...*, op. cit., pp. 1460-1469, que la corte española justamente estaba interesada en que no se hiciera la paz, puesto que le resultaba estratégicamente interesante que el Imperio otomano ocupara sus fuerzas en el frente centroeuropeo en lugar de retomar la guerra mediterránea, que apuntaba a las posesiones de Felipe III.

fue que el embajador español Baltasar de Zúñiga¹¹⁷ temía que los estamentos de Bohemia, optaran por la elección de un candidato que no perteneciera a la Casa de Austria, si presentaban a Leopoldo. El enviado español, “quien gozó de gran prestigio”, finalmente consiguió la elección de Matías, y la abdicación de Rodolfo. Este, que “odiaba la Casa de la que provenía, al rey de España y a los archiduques que apoyaron a Matías”, concibió un plan desesperado para reconquistar su poder con la ayuda de los príncipes de la Unión. Sin embargo, murió pronto.

La política de Alemania, pues, había sido finalmente determinada por los intereses de la Casa de Austria, por una política cortesana. Esto condujo a que fuera una potencia extranjera, la Monarquía hispana, la que influyera decisivamente en la elección del Rey de Bohemia. No obstante, todavía había esperanza para el Imperio, según Ranke. El historiador escribió que se planteaba en estos años si el Imperio debía independizarse de la Casa de Austria. Así, había príncipes y estamentos que señalaban que no convenía convertir la dignidad imperial en una posesión hereditaria, entre otras razones por tratarse de una casa que “se sustraía a sus obligaciones generales, y al sometimiento al Tribunal Imperial [*Reichsgericht*], y que siempre daba preferencia a los españoles e italianos sobre los alemanes”¹¹⁸. No obstante, se optó finalmente por Matías, entre otros motivos porque los territorios hereditarios de la Casa de Austria eran una barrera importante que defendía al Imperio contra el turco, y porque Matías era de los pocos candidatos que parecía poder mediar entre los distintos partidos religiosos, ya que, como rey de Bohemia, poseía un reino que geográficamente alcanzaba el corazón del Imperio. También se tuvo en cuenta que muchos príncipes alemanes dependían del rey de Bohemia como feudatarios. Antes de la elección, sin embargo, los príncipes evangélicos y católicos se pusieron de acuerdo en exigir reformas en la corte, especialmente en la curia imperial, para prevenir nuevas actuaciones corruptas.

¹¹⁷ Véase R. GONZÁLEZ CUERVA: *Baltasar de Zúñiga...*, *op. cit.*, p. 289. El autor menciona que Zúñiga consiguió ejercer un papel crucial en el Imperio, como mediador de las dos principales ramas de la dinastía de los Austrias y como abogado del decidido giro estratégico que marcó la segunda década del reinado de Felipe III.

¹¹⁸ L. VON RANKE: *Zur deutschen Geschichte...*, *op. cit.*, p. 207:

“Denn man dürfe denselben doch nicht gleichsam erblich werden lassen, am wenigsten in einem Hause, das sich den allgemeinen Pflichten, selbst der Unterwerfung unter das Reichsgericht entziehe, und noch immer Italienern und Spaniern den Vörszug vor den Deutschen gebe”.

Los puestos en la Curia imperial eran peor pagados y con más irregularidad que los de los consejos de los príncipes y príncipes electores. Las personas más capacitadas se dedicaron a estos últimos. En la Curia imperial “anidaron” personalidades poco fiables, con las que no se conseguía nada sin comprarles con regalos, que además tenían que ser importantes. Los enviados en la Corte, insistían continuamente con sus poderdantes en honrar a los consejos de la Curia, a los que se veía enriqueciéndose y entrando en la alta sociedad. Similarmente, todo el gobierno estaba corrompido. Hasta se practicaba una especie de usura con los emolumentos, puesto que se delegó el pago de estos en intermediarios que se ocupaban de las transacciones monetarias. Uno solo se podía mantener y favorecer sus negocios a través de arreglos económicos ¹¹⁹.

Ni la reforma, ni la paridad en las instituciones de la corte imperial entre protestantes y católicos resultaron posibles, con lo que dependería de la voluntad y fuerza del nuevo emperador mantener la paz en el Imperio y fomentar la tolerancia entre los estamentos de distintas religiones. No obstante, Matías, a quien se podía encontrar frecuentemente trabajando en su despacho, y era más sociable y campechano que su hermano, no pudo emanciparse de los consejeros con los que se había encontrado cuando asumió la dignidad imperial. No pudo evitar que estos recibieran pensiones de España, y hasta él mismo recibió anualmente un apoyo de la corte española ¹²⁰. No era resolutivo, ni tomó responsabilidades; no gobernó. Quien tomó las riendas del gobierno fue Khlesl, al

¹¹⁹ L. VON RANKE: *Zur deutschen Geschichte...*, *op. cit.*, pp. 209-210:

“Die Reichshofrathstellen waren schlechter und unregelmäßiger besoldet, als die Rathstellen bei Churfürsten und Fürsten; diesen widmeten sich die besseren Kräfte; am Reichshofrath nisteten sich Persönlichkeiten con geringer Zuverlässigkeit ein, bei denen nichts ohne Geschenke, und zwar ansehnliche, auszurichten war. Die Agenten am Hof dringen bei ihren Vollmachtgebern unaufhörlich auf Verehrungen für die Hofräthe, die man reich werden und in höhere Klassen der Gesellschaft aufsteigen sah. Und auf ähnliche Weise war die ganze Regierung corrumpiert. Selbst mit den Besoldungen ward eine Art von Wucher getrieben, indem man die Zahlungen derselben in die Hände von Mittelspersonen brachte, die das Geldgeschäft besorgten. Nur mit Geldabmachungen konnte man sich behaupten und seine Angelegenheiten fördern”.

¹²⁰ R. GONZÁLEZ CUERVA explica en su *Baltasar de Zúñiga...*, *op. cit.*, pp. 366-367, que cuando Baltasar de Zúñiga empezó a ocuparse de la sucesión imperial, ciertamente existían dudas sobre la persona de Matías por su poco decidido apoyo a la contrarreforma. Justamente por esta razón el embajador aconsejó que se concediera subsidios a Matías, para que este no dependiera de sus ambiciosos súbditos protestantes de Hungría y Austria y, además, con este sostén no podría achacar sus concesiones en materia de fe a la falta de apoyo de Felipe III.

que Ranke evaluaba de manera positiva, puesto que consideraba que daba más importancia al interés general que a la imposición de una política católica. El historiador señaló que uno de sus objetivos era disolver la Liga y la Unión e iniciar una empresa en común contra el turco, y advirtió a Matías de no imponer una política contrarreformista, como la que seguía Fernando de Estiria. Incluso hizo un esfuerzo por conceder el derecho de voto en la Dieta a los administradores protestantes de los territorios eclesiásticos. Para Ranke, incluso a estas alturas, Alemania no estaba perdida; todavía, en medio de la división religiosa, existía la aspiración de fomentar el interés general.

En definitiva, si solo se hubiese llegado a un acuerdo sobre la cuestión religioso-política, todavía habría parecido posible, también bajo las circunstancias de aquél entonces, reconstruir el Imperio en su integridad y restaurar su reputación en el mundo ¹²¹.

Pero las posibilidades de un acuerdo se perdieron en la Dieta de Regensburg de 1613. Mientras los príncipes protestantes, internamente divididos, intentaron que antes de la Dieta se diera curso a sus reclamos de paridad en las instituciones de la curia y en el Consejo de los príncipes, el partido católico, que supo mantener la unidad gracias al esfuerzo del legado papal el cardenal Madruzzo, se movió hacia posiciones más integristas, al intentar “convertir el principio religioso en norma del poder imperial” ¹²². El emperador, finalmente, para no perder el apoyo de todos en medio de este enfrentamiento, se unió al partido católico.

La tensión en el Imperio aumentó. En este ambiente empezaron los preparativos para la elección del sucesor de Matías. Khlesl opinaba que en esta cuestión convendría tener una actitud condescendiente. El sucesor tenía que ser un candidato que pudiese contar con un consenso mínimo, puesto que de lo contrario, los protestantes podrían plantearse no reconocerle y elegir un candidato propio, algo que significaría la ruina para la Casa de Austria y el catolicismo. Sin embargo, Khlesl empezó a perder apoyo entre los archiduques, y particularmente de

¹²¹ L. VON RANKE: *Zur deutschen Geschichte...*, op. cit., p. 225:

“Genug, noch schien es möglich, auch unter den damaligen Umständen das Reich in seine Integrität und sein Ansehen in der Welt wiederherzustellen, wenn nur in der religiös-politischen Frage eine Verständigung getroffen würde”.

¹²² *Ibidem*, p. 227: *“...die nun das geistliche Princip zur Norm der Reichsgewalt zu erheben trachtete”.*

Maximiliano quien, con una actitud irreconciliable, optó por Fernando de Estiria como sucesor, en su opinión el único que podía salvaguardar los intereses de la Casa de Austria y del catolicismo. Ya no creía en un entendimiento con los protestantes, un ejército bajo su mando y costado por los españoles, tendría que imponer la candidatura de Fernando si fuese necesario. Para Ranke, los intereses de la Casa nuevamente significaron un perjuicio para el Estado. Con su actitud, Maximiliano no solo “se mofaba” de la constitución, sino que también dio pie a que la corte española pudiese jugar sus cartas, a cambio de apoyar la sucesión de Fernando en Bohemia y Hungría. El tratado negociado por el conde de Oñate, según el cual España recibiría la Alsacia, Hagenau y Ortenburg después del ascenso de Fernando, era fatal para Alemania. España, de esta manera, volvió a su abusiva política territorial, lo cual provocaría, como antes en la historia, la reacción de Francia. Era pues, un momento decisivo previo a la guerra de los Treinta Años. Khlesl, mientras tanto, en una de sus visitas al archiduque Maximiliano en el Hofburg, fue detenido en la antecámara y convenientemente apartado, en un acontecimiento que “recordaba las revoluciones palaciegas bizantinas”. Los españoles, que antes se habían puesto de acuerdo con él para salvar la Casa, ahora le retiraron su apoyo.

Fue un paso más en el intento de estrechar nuevamente y de manera inequívoca los lazos entre el Imperio, la Casa de Austria y Roma. Matías y Khlesl todavía habían hecho un esfuerzo por restaurar la autoridad del emperador después del gobierno de Rodolfo. Aunque católicos, se habían cuidado de no orientarse exclusivamente al partido católico, y de defender la vigencia de la constitución del Imperio, escribió Ranke. Sin embargo, no fueron lo suficientemente enérgicos en su actuación, y en el enfrentamiento entre los partidos no consiguieron imponerse. La elección de Fernando II, finalmente, fue el triunfo del partido católico.

Comparando el análisis de Ranke de la historia de la decadencia alemana con la española, se pueden observar unos llamativos paralelismos. En el Imperio, al igual que en España, la política cortesana dominaba el gobierno de la nación, con la pérdida de su independencia y con la victoria de la Iglesia católica como resultado final. Ciertamente, el proceso en Alemania no tuvo el carácter de una evolución progresiva, paralela a una degeneración de los soberanos. Más bien hubo una pugna continua entre el partido protestante, que después de las reformas de la Iglesia reclamaba una reforma del Estado, y el partido católico, que quería dejar las cosas tal como estaban para poder defender sus propios intereses, algo que

iba acompañado de una política cada vez más integrista. Los emperadores alemanes se caracterizaron por su deseo de imponer una política de Estado, pero no pudieron sustraerse a la dinámica del enfrentamiento confesional, particularmente porque su prestigio como emperadores y los intereses de su Casa estaban vinculados a Roma. Esto favoreció la política cortesana de Roma, que se esforzó por ejercer influencia a través de sus legados, quienes forjaron la facción católica como “una falange”, que más influencia ejercía cuanto más débil era el emperador. Ranke parece relacionar la postura política de los príncipes protestantes con un deseo de reformar el Estado. Si bien esto era en su propio interés por aumentar su influencia política, también lo era en el interés común del Imperio abordar esta reforma, puesto que de esta manera se aumentaría la capacidad de Alemania de decidir sobre su propia suerte. La Corte en este sentido, fue caracterizada por ser un lugar donde el interés particular se impone a espaldas del Estado, lo que le hacía vulnerable ante influencias desde el extranjero, principalmente la curia romana y la corte española. Ciertamente, a pesar de que los príncipes protestantes parecían caracterizarse por un mayor sentido de responsabilidad política, tampoco estaban libres de culpa del deterioro del Estado, por su división interna, fruto de las disputas teológicas relacionadas con una política vengativa de los derrotados en la guerra de Esmalcalda, y sus propios intereses dinásticos. Por otra parte, el cortesano católico Khlesl se definía por su intento de hacer valer el interés general. No obstante, Ranke hizo énfasis en que el partido católico más radical, bajo el liderazgo de Maximiliano, provocó su caída, y distingue entre un espíritu de reforma protestante genuino y las disputas teológicas. Es, pues, con todo, tentador ver en el relato de Ranke una relación entre la reforma protestante de la Iglesia y su deseo de establecer la reforma del Estado: la reforma eclesiástica había restablecido la inmediata relación espiritual entre el hombre y Dios, mientras que la reforma del estado daría lugar al libre desarrollo del espíritu de la nación. La corte, por otra parte, compartía con la iglesia católica unas formas exteriores, no espirituales, que inhibían la espiritualidad y la independencia y fomentaban el interés particular. No parece descabellado pensar que Ranke abordara la historia de los papas, teniendo como tela de fondo esta cuestión.

LA HISTORIA DE LOS PAPAS

Ranke planteó *Die Römischen Päpste* desde el punto de vista de la historia universal ¹²³. Su perspectiva, la de un “alemán protestante del Norte”, permitía según él una actitud de indiferencia frente al poder papal, siempre y cuando se renunciara al odio o la simpatía que esta historia podría suscitar, y de esta manera le era posible contemplar el poder papal como un fenómeno histórico, como “otro poder cualquiera”. Esto nos permite poner en una perspectiva más general la visión de Ranke sobre la problemática relación entre Corte y Estado, y el papel de la Casa de Austria. Ranke empezó su obra con una perspectiva sobre la historia antigua en los primeros siglos, cuando a las orillas del Mediterráneo vivían un gran número de pueblos independientes, cada uno con su propia religión intrínsecamente relacionada con su forma de Estado. Con la constitución del Imperio romano, estos pueblos perdieron su independencia, y sus religiones confluyeron en Roma, donde perdieron su sentido, convirtiéndose en cultos idólatricos. A pesar del lamento que pudiera causar esta evolución histórica, decía Ranke, era indudable que surgía una nueva forma de vida, puesto que “cayeron los límites de las angostas nacionalidades”. Fue en este momento, señalaba, que nació Jesucristo. Por aquél entonces, el culto al emperador era el único de carácter universal en todo el Imperio. Para el emperador, la religión era mundana, y se hallaba estrechamente vinculada a la tierra y sus bienes. El cristianismo, por el contrario “concibe la religión en la plenitud del espíritu y en la verdad ultraterrena” y citando a Mateo 22-21, Ranke decía: “El Emperador junta Estado y religión; el cristianismo separa lo que es de Dios de lo que es del César” ¹²⁴. Este, para Ranke, fue un acto de liberación, puesto que aquella unión de religión y Estado, antes signo de independencia, fue durante el Imperio romano más bien “el remate de la servidumbre”. El objetivo de la nueva fe era la recuperación de la primitiva conciencia religiosa, que precedía las distintas idolatrías, que no estaba enturbiada por ninguna relación con el Estado, lo cual condujo al enfrentamiento con el Imperio. De esta manera, Ranke relacionaba las siguientes oposiciones: lo terreno y lo espiritual; la servidumbre y la libertad; un morir paulatino y un vivo rejuvenecimiento. Ciertamente, comentaba que la obra no

¹²³ L. VON RANKE: *Historia de los papas*, México 2001, pp. 10-11: “Solo puede interesarnos su desarrollo histórico y su acción sobre la historia universal”.

¹²⁴ *Ibidem*, p. 15.

era el lugar de describir la larga lucha de “estos principios”, pero en todo caso dibujó un esquema que se encuentra muy presente en su obra histórica. Para Ranke, la separación de la Iglesia y el Estado, representaba “el acontecimiento mayor y de mayores consecuencias de los tiempos cristianos”¹²⁵.

A pesar de esta separación, el poder espiritual y el terrenal formarían en la Edad Media una alianza, con el refrendo de los papas del poder de Pipino y sus sucesores a cambio de la protección de estos a la Iglesia. La alianza, que reforzaba el poder temporal de los papas, determinaría la evolución histórica del Imperio franco y germánico durante la Edad Media. Al principio, la relación se caracterizó por el buen entendimiento con el papa, jefe de la jerarquía eclesiástica en el Occidente romano, como un “miembro del Imperio franco”. Esta relación fraguó los principios en los que se basó el mundo occidental. Con la acogida de los frisonos, sajones y francos en Roma empezó la germanización de la ciudad, mezclándose los elementos germánicos y románicos. Los emperadores germánicos, al igual que los francos, guardaron una estrecha relación con el papado, siempre con este último en una situación política subalterna. No obstante, bajo Enrique III creció la autoridad de los papas sobremanera, y esto, combinado con el poder político que habían adquirido los obispos en el Imperio, que disponían de un poder principesco, implicaba un gran peligro, algo que se empezó a manifestar con Gregorio VII, quien en tiempos de la descomposición del Imperio, intentó liberarse del poder imperial. A partir de entonces, “la lucha entre el principio espiritual y el temporal, que antes se entendieron tan bien, enzarzó a la cristiandad en fatales altercados”¹²⁶. Finalmente, triunfaron los papas, que gozaron de un prestigio enorme, mientras que ahora eran más bien los príncipes occidentales quienes se encontraban en una situación de dependencia.

Ranke, a continuación, se centró en el surgimiento de las nacionalidades, y para explicar este cambio histórico, se sirvió del concepto de las fases de la educación del género humano, que había acuñado Herder¹²⁷. Después del período del predominio de lo espiritual, que había sido necesario para que el cristianismo penetrara en el alma germánica, se retrajo la “universalidad”, y en su lugar surgió “una nueva particularidad”. Las nuevas naciones que surgieron no necesitaban los estímulos del poder eclesiástico, sino que sentían en sí “la fuerza de

¹²⁵ L. VON RANKE: *Historia de los papas*, op. cit., p. 17.

¹²⁶ *Ibidem*, p. 25.

¹²⁷ G. J. HERDER: *Auch eine Philosophie zur Bildung der Menschheit*, Frankfurt/M. 1967.

su independencia”. Con esto, el papado se debilitó y, durante el siglo XV y principios del XVI, los Estados influyeron cada vez más en los asuntos eclesiásticos, intentando participar en las rentas eclesiásticas y la distribución de las dignidades y beneficios. Para Ranke, el papado, en cierto sentido, había perdido su significado, ahora que la espiritualidad ya no era el motor de las naciones, que desarrollaron sus nacionalidades y formaron sus Estados. Como consecuencia, los papas, ahora más que nunca, empezaron a ocuparse de los asuntos temporales.

Esto conllevaba la aplicación de una política cortesana. Los pontífices se sentían príncipes italianos más que nada, embarcándose en empresas seculares, distribuyendo honores y favores a sus allegados en un intento de aumentar el poder de su familia, y ambicionando crear un gran poder en los territorios eclesiásticos. Así actuaron Sixto IV, Alejandro VI y Julio II, el uno más descarado que el otro. César Borgia llegó a ejercer una verdadera tiranía en Roma y el estado pontificio. Así, parecían volver los tiempos de los emperadores romanos, puesto que este poder abusivo solo era posible “donde coincidían la plenitud del poder secular y la suprema instancia espiritual”¹²⁸. Y, preguntaba Ranke retóricamente: “¿No fue acaso una de las tendencias fundamentales del cristianismo en sus orígenes hacer imposible un poder semejante?”¹²⁹. Para Ranke, no hacía falta “un Lutero” para observar en esto la “más perfecta contradicción del cristianismo”. Los papas se beneficiaron del otorgamiento de los obispados, en la que intervenían las autoridades civiles, que tomaron en consideración “intereses de familia o la autoridad de la corte”. Así, los papas conectaron con las cortes europeas, mientras las administraciones eclesiásticas se corrompieron y dejaron de atender a las funciones espirituales. Fueron los frailes mendicantes, “los gestores más baratos”, los que mantuvieron en funcionamiento la Iglesia:

Todos los altos cargos y dignidades, el disfrute de sus rentas, estaban en manos de las grandes familias y de sus partidarios, de los favoritos de la corte y de la curia, pero la gestión efectiva corría a cargo de los mendicantes¹³⁰.

En medio de esta corrupción, sin embargo, surgió la cultura del Renacimiento, lo cual para Ranke, en cierto sentido, era un progreso, puesto que por muy ricas y profundas que fuesen las creaciones de la Edad Media, no se podía

¹²⁸ L. VON RANKE: *Historia de los papas*, op. cit., p. 34.

¹²⁹ *Ibidem*.

¹³⁰ *Ibidem*, p. 38.

negar que estas provenían de un mundo fantástico y alejado de la realidad. No obstante, el historiador advierte que todavía no existía un espíritu científico y que se trataba de comprender y sobre todo de “imitar” a los antiguos, primero en las lenguas clásicas, luego en italiano. Por otra parte, lo que caracterizaba las expresiones artísticas en esta época era “la recepción de la pura belleza de la forma”. De esta manera surgieron sorprendentes contradicciones, como la construcción de la Iglesia de San Pedro, este “templo al estilo de la Antigüedad”, para la cual Julio II mandó derribar la mitad de la basílica antigua, en la que “cada una de sus piedras antiguas estaba santificada”. Así, en el centro de la cristiandad, emergieron nuevamente las formas en las que se habían expresado los cultos antiguos. Ciertamente, era una gran contradicción, que acabó afectando a la convicción cristiana, y resultó en una orientación hacia la incredulidad entre las clases superiores.

Ranke contrastaba el renacimiento italiano con la evolución cultural en Alemania, que no se había quedado en las formas, algo a lo que ya había hecho referencia en su *Zur deutschen Geschichte*. Sintetizaba las oposiciones de la siguiente manera:

Abajo de los Alpes la ocupación eran la ciencia y la literatura, y arriba los estudios religiosos y la teología profunda. Allí el movimiento era negativo e incrédulo, aquí positivo y creyente. En un lugar desaparecía el fundamento de la Iglesia, en el otro se restablecía. En una parte reinaban la burla y la sátira y el sometimiento a la autoridad; en la otra la gravedad y el resentimiento, y se llegó al ataque más osado que jamás había sufrido la Iglesia ¹³¹.

Dentro de este esquema de oposiciones, no es sorprendente que la aspiración de los papas de aumentar el poder de su estado no pudiese llegar a buen fin. La independencia real tenía como fundamento el libre desarrollo del espíritu, y este se libera a base de lucha. “Nunca un príncipe o un Estado deben figurarse que les venga algo de provecho que no se lo deban a sí mismos, que no hayan conquistado con sus propias fuerzas” ¹³². En sus guerras internas, los príncipes italianos habían intentado imponerse con la ayuda de naciones extranjeras, lo que finalmente había conducido a la pérdida de la independencia de Italia. Los papas eran en gran medida responsables de esta situación, puesto que se habían aliado frecuentemente con príncipes extranjeros. Eran muy hábiles en aprovechar las

¹³¹ L. VON RANKE: *Historia de los papas*, op. cit., p. 45.

¹³² *Ibidem*, p. 46.

circunstancias para su interés particular, pero les faltaba visión a largo plazo, la visión del hombre de Estado. Esto estaba relacionado con la estructura cortesana del Estado papal.

En su análisis Ranke intentaba mostrar que esta no era muy diferente de otras cortes italianas, pero sí lo era de los estados alemanes. Roma tenía cierta semejanza con Venecia, donde el poder estatal había permanecido en los municipios, que luego se habían sometido a los *nobili*. En el estado de la Iglesia los municipios estaban bajo el dominio de la curia, y esta corte, al igual que los *nobili*, “constituía una comunidad”. En la primera mitad del siglo XVI ni siquiera se diferenciaba por estar compuesto por eclesiásticos, puesto que en aquel entonces la condición de prelado no era necesaria para poder detentar los cargos más importantes. Había laicos con gran prestigio en la corte, que formaban parte del séquito de los papas. Comparado con un principado alemán, un principado italiano, decía Ranke, “parece desprovisto a primera vista de toda forma jurídica”, aunque existiera una articulación de los diversos estamentos. Resaltó que las instituciones provinciales, los parlamentos, estaban prácticamente ausentes en los estados italianos, y si los había, estos no tenían apenas poder. Las constituciones municipales en el estado de la Iglesia, por otra parte, no habían sido desarrolladas, y de esta manera los municipios no limitaban el poder del Estado, y no se desarrolló un poder público. En Venecia la situación era algo distinta, puesto que los gobernadores allí estaban más sujetos a las leyes y a un control corporativo, pero en el estado de la Iglesia, “las personas que administran están retenidas menos por el temor al castigo que por la esperanza de avance, que depende mucho del favor y buena voluntad, y, así, queda mayor campo abierto a su actividad”¹³³. Ranke, de esta manera, se refería nuevamente a la creación de expectativa como instrumento de gobierno cortesano.

Los papas procuraban, más que los gobernantes de otros estados italianos, reservarse una intervención fuerte de su soberanía. Esto no iba acompañado con la construcción institucional del Estado, sino que pasaba a través de un oportunista aprovechamiento de las circunstancias. El poder del gobierno papal era favorecido por la continua agitación en la que se encontraban los municipios por las pugnas entre las facciones de patricios. El campo, por otra parte, estaba dominado por una nobleza rural pobre, que ejercía una especie de gobierno patriarcal, típico de los “países del Sur”, que intentaba sustraerse al poder del

¹³³ L. VON RANKE: *Historia de los papas*, op. cit., p. 179.

estado. Sin embargo, tampoco eran capaces de formar un poder que lo contrarrestara. Además había localidades rústicas libres dominadas por grandes linajes, en perpetua disensión, con las que el gobierno papal intentaba buscar alianzas. Luego, el gobierno papal contaba con un propio partido proveniente de aquella clase media, en que no habían penetrado las facciones, y que intentaban imponer algo de orden en los municipios. Estos *pacifici* tenían derecho a llevar armas, y formaban una especie de “magistratura plebeya”. También entre los campesinos contaba con partidarios. En estas desordenadas estructuras de poder, en medio de agitaciones faccionales, oposiciones entre campo y ciudad, y celos vecinales, no se llegó a desarrollar una constitución “en razón de su idea”, que hubiera pasado en primera instancia por una afirmación de los privilegios de los municipios para que estos pudieran limitar el poder del Estado. Los papas se servían de estas circunstancias, e intentaban destruir las libertades de las ciudades cuanto era posible, para poder disponer libremente de los recursos del país.

No obstante, después de que el papado tocó fondo con el saco de Roma, la Iglesia se rejuveneció y se impuso un nuevo rigor. Por lo menos, en apariencia. En la curia dominaba el partido jesuita, los papas fomentaban la enseñanza eclesiástica a través de la fundación de sus colegios, y tomaban en serio como nunca antes los deberes de su cargo. El nuevo rigor provocó un cambio en la curia, donde ya no se veía aquella antigua “despreocupación de costumbres y formas de vivir”. La corte, no obstante, seguía reuniendo a personas destacadas, que habían asumido un nuevo comportamiento conforme con “aquel sentir eclesiástico de tono extremista”. Los cardenales, que en épocas anteriores se habían enfrentado al papa, ahora llevaban una vida casi conventual. Sin embargo, Ranke desengañaba al lector: “la misma naturaleza de la corte traía consigo que, junto a los afanes religiosos, se agitaran también los mundanos”¹³⁴. La curia no era solamente una institución eclesiástica, sino que también gobernaba el estado pontificio y ejercía su influencia en gran parte del mundo. En consecuencia, atraía a gente ambiciosa. “No era posible que la naturaleza humana hubiera cambiado tanto que se entregara ahora al puro afán religioso después de su porfía en el mundo societario y político”¹³⁵.

¹³⁴ L. VON RANKE: *Historia de los papas*, op. cit., p. 233.

¹³⁵ *Ibidem*.

La curia, al fin y al cabo era una corte, como todos las demás ¹³⁶. Roma entera era un conjunto de gente variopinta que buscaba su fortuna, era “más bien una convivencia larga que una ciudadanía y podía ser comparada con una feria, con un congreso, sin permanencia ni fijeza, sin los lazos de sangre que atan” ¹³⁷. La curia era gobernada de manera absolutista y arbitraria por el papa. Cada pontífice nuevo provocaba un cambio radical en las esferas de poder, puesto que cada uno traía sus propios confidentes, protegía a sus amistades y parientes. Dentro de esta dinámica, uno solo podía salir adelante a través del favor personal, y esto implicaba que era menester actuar con una estrategia medida, algo que explicaba que Ranke hallara en los archivos muchas instrucciones acerca del comportamiento más adecuado en la curia ¹³⁸. Observó que los que no tenían bienes tenían que procurar ganar el favor de su patrón, “hacer méritos, penetrar en sus secretos, ser imprescindible”. Para esto, “se aguanta todo y la injusticia sufrida se apura interiormente”. Era una vida azarosa, puesto que “la suerte viene y se va, mientras la persona sigue siendo la misma”. Los ricos lo tenían más fácil, y procuraban comprar un cargo en la prelatura, que les aseguraba un ingreso, y les permitía ganar honor. Ranke seguía con un catálogo de normas de comportamiento cortesano.

No es tan necesario “pegarse” al séquito de un grande: un partidismo declarado más bien podría dañar el porvenir si la suerte no favorece al señor. En lo que hay que tener mucho cuidado es en no agraviar a nadie. Esta precaución se extrema hasta los más finos detalles. Se guarda uno, por ejemplo, de mostrar a nadie más honor del que le pertenece; igualdad de trato con gentes de diferente rango

¹³⁶ Compárese M. A. VISCEGLIA: “Casa y servidores del papa durante la Primera Edad Moderna”, *Studia historica. Historia moderna* 30 (2008), pp. 85-108.

¹³⁷ L. VON RANKE: *Historia de los papas*, *op. cit.*, p. 233.

¹³⁸ Véase uno de estos manuales, la *Instrucción para el Maestro de Ceremonias del embajador de Roma*, reproducido en J. MARTÍNEZ MILLÁN: “El triunfo de Roma...”, *op. cit.*, pp. 675-681. El autor del artículo escribe que esta instrucción:

“constituía un auténtico tratado cortesano en el que se señalaba detalladamente la conducta que se debía seguir para conseguir su objetivo o su ‘pretensión’. La conducta, que se expresa, es propia del ‘cortesano discreto’ del Barroco, que entendía su deambular por la corte como una ciencia, fruto de la racionalidad, y no como resultado de la fortuna”.

Ranke no menciona esta instrucción entre las que cita. Aún así, más abajo se puede ver que hay muchas coincidencias entre la fuente y su texto.

sería desigualdad y podría producir mala impresión. Tampoco de los ausentes se habla nunca mal, no solo porque, una vez salida la palabra de la boca, escapa a nuestro poder y vuela a no sabemos dónde, sino porque son los menos los que gustan de un examinador agudo. Se hace un uso moderado de los propios conocimientos, cuidando de no abrumar a nadie. Se evita traer una mala noticia, porque una parte de la penosa impresión recae sobre el mensajero. Pero, por otra parte, tampoco hay que callar demasiado, de suerte que se trasluzca la intención ¹³⁹.

Para los cardenales, lo más importante era procurar ganar el favor del papa, puesto que de este dependía su fortuna y prestigio, la buena disposición y servicialidad de los demás ¹⁴⁰. Era menester actuar con prudencia, intentando averiguar los intereses personales del papa y orientarse por ellos. Para escrutar los secretos de su casa convenía aproximarse a los frailes, que bajo la apariencia de motivos religiosos se enteraban a fondo de ellos. Los embajadores, se tenían que valer del arte de la observación para obtener buenas informaciones, “como un buen piloto” tenían que percibir “por donde sopla el viento” y no dejar esfuerzo sin usar para tener noticias que podían serles vitales ¹⁴¹, como indicarles el momento apropiado de iniciar una negociación. Si tenían que presentar una petición de una persona al papa, procuraban mezclarla con algunos intereses de este ¹⁴². Tenían que intentar ganar el favor de los nepotes, y convencerles de que no podían esperar de ninguna corte tanta ventaja como de la que provenían. A los cardenales convenía entretenerles con esperanzas sin prometerles el papado, distribuyendo favores hasta a los enemigos ¹⁴³. Ranke concluía: “Vimos la dignidad,

¹³⁹ L. VON RANKE: *Historia de los papas*, op. cit., p. 235.

¹⁴⁰ Sobre las etiquetas que regían su comportamiento, véase M. A. VISCEGLIA: “Etiqueta cardenalicia en la época barroca”, en su *Guerra, Diplomacia y Etiqueta en la Corte de los Papas (Siglos XVI y XVII)*, Madrid 2010, pp. 135-169.

¹⁴¹ Comparar la *Instrucción* reproducida en J. MARTÍNEZ MILLÁN: “El triunfo de Roma...”, op. cit., p. 677:

“Esta corte es mudabilísima, y así es menester valerse de la industria para marear las velas conforme corriere el viento, llevando siempre el embajador por norte el servicio de su príncipe, que ha de conducirlo al puerto con feliz navegación...”.

¹⁴² “Lo que se pide así en nombre de su magd. como del embajador, siempre es bien que vaya mezclado, si se puede, con alguna conveniencia de su Santidad, porque se alcanzarán con esto más fácilmente” (*Ibidem*).

¹⁴³ *Ibidem*, p. 676: “Hanse de dar a todos ello buenas palabras y esperanzas misteriosas del Pontificado, pero sin empeño alguno siendo cierto que se deben gratificar mucho los que sirven en los cónclaves y castigar los que faltaren a lo que deben”.

la gravedad, la religiosidad que prevalecían en la corte, y ahora vemos su aspecto mundano: ambición, codicia, hipocresía y astucia”¹⁴⁴. En apariencia, la curia romana había cambiado, en realidad se había revestido de una religiosidad aparente, mientras la corte seguía siendo la que era¹⁴⁵. Esto, para Ranke, implicaba que el espíritu religioso no podía ser demasiado profundo, ya que, como antes, se hallaba vinculado a los bienes de la fortuna. Con esta nueva faz, Roma “intentó sojuzgar al mundo una vez más”. Empezaba la guerra de los Treinta Años.

En suma, para Ranke, la Roma de los papas y la de los antiguos emperadores romanos se parecían en que ambas se caracterizaban por un revestimiento del poder terrenal por un poder religioso, algo que ocasionaba la dependencia y el sometimiento, favorecía el poder absoluto y no cesaba hasta haber alcanzado el poder universal. Era la consecuencia de una evolución histórica contradictoria, pues justamente la esencia del cristianismo había sido la separación de la fuerza espiritual del poder terrenal. La expresión política de la estructura de poder de Roma era la corte, bajo cuya belleza exterior, ceremonias y apariencias, se ocultaban la ambición y el servilismo. Los papas de la Edad Moderna intentaron reconquistar su poder con una política cortesana, infiltrándose en las cortes europeas, formando facciones y partidos, concediendo favores, y haciendo un uso hábil de los sentimientos más bajos que se ocultan en el hombre. Con esto inhibían la fuerza espiritual de los pueblos, que se caracterizaba por el intento de hacerse independientes mediante el desarrollo de su Estado. La Corte se oponía al Estado, una expresión política espiritual.

Estudiando la historia del Imperio previa a la guerra de los Treinta Años, Ranke constató cómo Roma, a través de la facción católica en la corte, y apoyándose en el poder de la Monarquía española, estorbaba los intentos de desarrollar una constitución del Imperio que habría significado un gran paso en el camino hacia su independencia, imprescindible para el libre desenvolvimiento de su espíritu. Solo los emperadores habrían podido romper los lazos con Roma. Ranke indicó el camino: una actuación determinada y definitiva contra los turcos bajo el liderazgo imperial habría fomentado la unión en el Imperio, creado un espíritu patriótico y, de paso, proporcionado un espacio vital para el exceso de la

¹⁴⁴ L. VON RANKE: *Historia de los papas*, *op. cit.*, p. 236.

¹⁴⁵ Sobre la espiritualidad y política de la contrarreforma, véase J. MARTÍNEZ MILLÁN: “El triunfo de Roma...”, *op. cit.*, pp. 641-646.

población alemana. Esto presumiblemente habría convertido al Imperio en un incontestable poder central en Europa. No fue así, por el azar de la historia, por el carácter de los emperadores, pero principalmente porque los intereses de la Casa de Austria estaban intrínsecamente vinculados a Roma.

La reforma de la Iglesia en el Imperio, habría tenido que traer consigo la reforma del Estado. No parece que estas dos reformas se puedan separar en el pensamiento de Ranke. Siguiendo sus líneas de argumentación, Lutero había restaurado la Iglesia corrompida, convirtiéndola nuevamente en una institución espiritual, retomando los principios de Jesucristo. Sería lógico pensar que el poder político también tendría que haberse liberado de su contaminación religiosa, suprimiendo la corte y creando un estado independiente. Esto nos hace reflexionar sobre la convicción luterana de Ranke, y se plantea la pregunta de si el Estado era una idea luterana, si su concepción de la Corte tenía una motivación religiosa. El historiador Carl Hinrichs ha intentado vincular la concepción historiográfica de Ranke desde su convicción luterana, estudiando el denominado *Lutherfragment* del año 1817, que se considera la expresión de su conversión ¹⁴⁶. Hinrichs, no obstante, señaló que la convicción religiosa de Ranke estaba además influenciada por el neoplatonismo de Fichte. Otros han señalado la presencia de Schleiermacher y de Herder en su pensamiento religioso ¹⁴⁷. Ranke mismo aludía a su inspiración religiosa y a Fichte, en una carta de finales de marzo de 1820 a su hermano Heinrich, cuando ya estaba pensando en su *Historias de los pueblos latinos y germánicos*.

Ahora llegan las vacaciones, me espera una buena labor, me gustaría aprender algo de la vida de las Naciones en el siglo XV, del brotar de las semillas que ha sembrado la Antigüedad (...). No sé nada de esto. Pero de antemano sé que este aspirar, formar, y querer no estaba restringido a la nobleza literaria, sino que se encontraba en cierta forma dentro del pueblo. Lo sé a través de la Reforma. Porque, aunque el Evangelio en su origen había sido revelado por la gracia de Dios a Lutero, el éxito de su divulgación estuvo basado en razones muy distintas. Solo la madera seca prende fuego enseguida. De esta manera aprenderé, espero, o por lo menos intuiré, cómo murieron Imperio y Papado, y una vida nueva con un aliento nuevo sopla de allí, y así hace vivaz, de la misma

¹⁴⁶ C. HINRICHs: "Rankes Lutherfragment von 1817 und der Ursprung seiner universalhistorischen Anschauung", en R. NÜRNBERGER (ed.): *Festschrift für Gerhard Ritter zu seinem 60. Geburtstag*, Tübingen 1950, pp. 299-321.

¹⁴⁷ L. KRIEGER: *Ranke: the meaning of history*, Londres, Chicago 1977, p. 47; con respecto a Schleiermacher, E. SIMON: *Ranke und Hegel*, Munich-Berlín 1928, pp. 41-47.

manera que el aire contaminado envenena, tan cierto, tan general. Ya Fichte decía, creo, que este amor por una vida pasada, es decir su idea, este estudio íntimo, y conocimiento de la Antigüedad en su profundidad, conduce a Dios. Nunca he comprendido lo que se dice “porque el que disfruta de la cena y no tiene fe, lo hace para su propia condena”[1. Kor. 11, 29]. ¿Pero no es así? Los que entienden la Antigüedad superficialmente, por encima, y de manera perversa, lo hacen para su propia condena, cada vez más profunda será la miseria, más débil la vida, y rígido el pensamiento. Como sucedió en aquel momento en Italia, ahora sucede con muchos. Como si el espíritu, el que está presente, tomara venganza porque se burlan de él. En toda historia habita, vive y se puede reconocer a Dios. Cada acción es un testimonio suyo, cada momento predica su nombre, pero sobre todo, en mi opinión, es testimonio de Dios la gran historia en su conjunto. Allí está, como un jeroglífico santo...¹⁴⁸

Como se ha observado frecuentemente, el pensamiento de Ranke difícilmente se puede separar del pensamiento de los grandes filósofos idealistas alemanes y de esta cita se puede desprender que religión y filosofía aportaron ambos a la formación de su pensamiento histórico. Muchas veces se ha intentado mostrar los paralelismos y las diferencias entre Ranke y el idealismo alemán, particularmente

¹⁴⁸ L. VON RANKE: *Das Briefwerk*, ed. de W. P. Fuchs, Hamburg 1949, p. 18:

“Nun kommen die Ferien, mein wartet eine treffliche Arbeit, ich möchte etwas lernen vom Leben der Nationen im 15. Jahrhundert, von dem nochmaligen Aufgehen aller Keime, die das Altertum gesäet (...) Ich weiß noch nichts davon. Zum voraus aber weiß ich, daß dies Streben, Bilden, Wollen nicht beim literarischen Adel blieb, sondern in gewisser Gestalt da war beim Volk. Ich weiß es aus der Reformation. Denn obwohl das Evangelium ganz ursprünglich durch Gottes Gnade Luthern geoffenbart worden, so ruht doch der Erfolg der Mitteilung noch auf ganz andren Gründen. Nur das trockene Holz faßt sogleich die Flamme. So werd' ich denn lernen, hoff ich, ahnen wenigstens, wie Kaisertum und Papsttum gestorben und ein neues Leben mit neuem Odem daherbläst, also lebendig macht, wie die infizierte Luft vergiftet, so gewiß so allgemein. Fichte sagt ja schon, denk' ich, daß dies Lieben eines vergangenen Lebens, nämlich seiner Idee, dies innerliche Treiben und Kennenlernen des Altertums in seiner Tiefe zu Gott führt. Es hat mir immer nicht in den Sinn gewollt, was gesagt wird “Wer das Abendmahl genießt und glaubt nicht, tut's zu seinem Gericht”. Aber ist's nicht so? die das Altertum flach greifen, obenweg, ja sündhaft, tun's zu ihrem Gericht: immer tiefer wird das Elend, flacher das Leben, erstarrter das Denken. Wie es damals geschah in Italien, nun geschieht an so vielen. Als rächte sich der Geist, der inwohnende, weil er verspottet würde. In aller Geschichte wohnt, lebet, ist Gott zu erkennen. Jede Tat zeuget von ihm, jeder Augenblick prediget seinen Namen, am meisten aber, dünkt mich, der Zusammenhang der großen Geschichte. Er steht da wie eine heilige Hieroglyphe...”

a través de una comparación entre su obra con la de Hegel¹⁴⁹. Ranke sostuvo que la historia era más que una ilustración de la filosofía con hechos. Al revés, era empíricamente, a posteriori, que se podía llegar a intuir el plan providencial, y no a priori a través de la filosofía¹⁵⁰. No obstante, existe otra relación entre su obra y el pensamiento de los grandes filósofos alemanes. Su crítica al sistema político cortesano y su intento de formular y justificar una alternativa espiritual, es un problema que también encontramos en las obras de autores como Goethe, Herder y Fichte. Veremos en qué sentido Ranke se ha podido inspirar en sus ideas, y observamos también el papel que cumplió el luteranismo en este discurso.

GOETHE, HERDER Y FICHTE

Si intentamos sintetizar la concepción historiográfica de Ranke, se puede ver cómo siempre construye su relato alrededor de oposiciones: profundidad frente a superficialidad; espíritu frente a materia; Estado frente a Corte. Esta dicotomía, derivada de la distinción filosófica entre cuerpo y espíritu, surge asimismo en las obras de los filósofos y escritores alemanes de finales del siglo XVIII, y principios del XIX. Un contraste parecido, aunque prenatalista, se encuentra en la literatura romántica alemana con, entre otras obras, *Penas del joven Werther* de J. W. Goethe, en que el protagonista refleja su opinión de la política cortesana:

¹⁴⁹ Véase el clásico estudio de E. SIMON: *Ranke und Hegel*, *op. cit.*, que trata la lucha polémica entre la escuela histórica y la filosófica en la Universidad de Berlín y constituye una comparación sistemática entre el pensamiento de Ranke y Hegel. El autor explica que teniendo en cuenta la división académica, era difícil pensar que se hubiera podido sustraer a la polémica. E. SCHULIN estudia las diferencias entre la concepción del Oriente que tuvieron Hegel y Ranke en *Die Weltgeschichtliche Erfassung des Orients bei Hegel und Ranke*, Göttingen 1958. Sostiene que para Hegel la historia universal y la historia filosófica era la misma cosa. Ranke, en cambio, no pudo reconstruir la historia del Oriente empíricamente y partía desde oposiciones entre Oriente y Occidente, que coinciden con las de Hegel (p. 286); W. BERTHOLD, en “Die Konzeption der Weltgeschichte bei Hegel und Ranke”, en W. J. MOMMSEN (ed.): *Leopold von Ranke...*, *op. cit.*, pp. 72-90, compara su idea de la historia universal, desde sus posturas políticas, relacionándolas con sus experiencias vitales, como la Revolución francesa para Hegel y el Congreso de Viena para Ranke.

¹⁵⁰ F. GILBERT: *History: politics or culture? Reflections on Ranke and Burckhardt*, Oxford 1990, pp. 23-25.

¡Qué pobres hombres son los que dedican toda su alma a los cumplimientos, y cuya única ambición es ocupar la silla más visible de la mesa! Se entregan con tanto ahínco a estas tonterías, que no tienen tiempo para pensar en los negocios verdaderamente importantes. Una de tantas sandeces nos aguó, la semana última, toda una fiesta. ¡Necios! No ven que el lugar no significa nada, y que el que ocupa el primer puesto hace muy pocas veces el primer papel. ¡Cuántos reyes están gobernados por sus ministros! ¡Cuántos ministros por sus secretarios! ¿Y quién es el primero? Yo creo que aquel cuyo ingenio domina al de los demás, y por su carácter y su destreza convierte las fuerzas y las pasiones ajenas en instrumentos de sus deseos ¹⁵¹.

Goethe contrastaba esta superficialidad con los sentimientos profundos de Werther, como cuando el protagonista cuenta cómo fue echado de manera insensible de una tertulia por el conde de C***, quien se vio obligado a hacerlo porque sus invitados, pertenecientes a la sociedad cortesana, se sentían disgustados por la presencia de un joven burgués. Werther escribía:

Me escurrí pausadamente, y, fuera ya de la augusta asamblea, subí a mi birlocho y fui a M*** para ver desde la colina la puesta del sol, leyendo el magnífico canto en que refiere Homero cómo Ulises fue hospedado por uno que guardaba puercos ¹⁵².

De esta manera, Goethe oponía una hospitalidad humilde al elitismo, y la profundidad de los sentimientos de Werther a la superficialidad de las costumbres cortesanas.

La oposición fue desarrollada filosóficamente por Herder en *Otra filosofía de la historia para la educación de la humanidad* [*Auch eine Geschichte zur Bildung der Menschheit*] (1774), que se puede leer como un intento de formular una alternativa a la filosofía cortesana de la Ilustración. F. Meinecke consideró la filosofía de Herder como un antecedente del historicismo, por su idea relativista de que cada etapa histórica, y cada cultura son mundos en sí mismos que no pueden ser juzgados según valores contemporáneos externos a ellos ¹⁵³. I. Berlin

¹⁵¹ J. W. GOETHE: *Penas del joven Werther*, trad. de J. Mor de Fuentes, Madrid 2005, pp. 85-86.

¹⁵² *Ibidem*, p. 91. Véase también N. ELIAS: *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México 1987, p. 70.

¹⁵³ F. MEINECKE: *Die Entstehung des Historismus*, Munich 1959, pp. 386-410, particularmente, pp. 406 y 408. Meinecke, sin embargo, consideraba que en Herder todavía prevalecía la idea del desarrollo en la historia sobre la idea de la unicidad de las épocas.

entendió el pensamiento de Herder como una alabanza a la pluralidad, y la inexistencia de una jerarquía entre las culturas como idea central. El nacionalismo de Herder no sería de tipo político, sino exclusivamente cultural. Herder no quería saber nada del Estado, según Berlin ¹⁵⁴. En este sentido no se puede comparar su ideario con el nacionalismo agresivo decimonónico. Para Herder, la pluralidad era como una tercera vía entre la universalidad y el relativismo, en la reconstrucción de Berlin, quien parte de la idea de que para un mismo problema ético existen soluciones diversas, según uno se inspire en uno u otro valor. Existe un repertorio de valores, y de ese acervo unas culturas escogen unos y otras otros ¹⁵⁵.

No obstante, creo que el “pluralismo” de Herder tiene unas motivaciones distintas, relacionadas con el intento de buscar una alternativa para los valores cortesanos, que creía agotados y decadentes. En este sentido, su filosofía es política, y no meramente cultural. Su objetivo era criticar el sistema político de la Corte. Herder criticaba la perspectiva histórica ilustrada del progreso de la civilización, que consideraba mecánica, superficial y simplificadora. Comparaba las épocas históricas con las distintas etapas de la madurez del hombre, y situaba a cada una en distintos espacios geográficos que se desplazaban desde el Oriente hacia el Occidente, según alcanzaban mayor grado de madurez. Según Herder, las distintas etapas en la educación [*Bildung*] del hombre se tenían que valorar según sus propios criterios; no se podía juzgar a los niños como si fuesen adultos. Así, condenar el despotismo de las culturas orientales, sería no comprender la aportación que estas habían tenido para el desarrollo de la humanidad, y echar de menos en ellas una república con una constitución, sería como querer que un niño se vistiera de adulto. Cada época histórica, sostenía, era un mundo en sí mismo, y tenía que ser contemplada en su totalidad, puesto que todas habían tenido sus aspectos positivos y negativos que se compensaban y no se podían comprender

¹⁵⁴ I. BERLIN: *Vico y Herder*, Madrid 2000, pp. 231-237. Coincide con él, M. VIROLI: *For love of country. An essay on patriotism and nationalism*, New York 1995, p. 113:

“The language of patriotism was not only anti-egalitarian, but also apolitical or anti-political. Politics was equated with French arithmétique politique, a cold rational calculus insensitive to concrete historical culture and the spirit of the peoples, or associated with the dirty, mediocre, servile practice that flourished in the suffocating atmosphere of local courts and the exclusive circles of imperial bureaucracy”.

¹⁵⁵ Véase el análisis de F. J. CONTRERAS PELÁEZ: *La filosofía de la historia de Johann G. Herder*, Sevilla 2004, pp. 78-82.

sacándolos de contexto. El hombre oriental difícilmente era capaz de comprender el valor de constituciones que no fuesen despóticas, porque estas habían surgido en otros pueblos, en otros tiempos y, por lo tanto, bajo circunstancias que él desconocía. *Bildung* no se restringía a una determinada fase temporal histórica, sino que era una cultura con características propias. Muchas de estas se debían a las circunstancias geográficas y climáticas. Esto implicaba que cada cultura albergaba sus posibilidades y sus límites para evolucionar. Con todo, en el plano superior de la Providencia, cada cultura aportaba al progreso de la humanidad. En relación con Ranke, se ha destacado la similitud de su filosofía histórica con la idea de Herder de que las épocas no son simplemente etapas hacia un progreso mayor, puesto que “cada una posee en sí misma el centro de su felicidad”.

A pesar de este planteamiento historicista, las referencias que hace Herder a su propio tiempo en la valoración de las culturas del pasado, son numerosas. Llama la atención que alabara en otras culturas, como la del Oriente, y especialmente la del norte de Europa, aspectos que serían los opuestos de los valores coetáneos. Por otra parte, las características que censuraba de la historia clásica, supuesta base de la civilización, reflejaban su crítica hacia la sociedad de su tiempo, cuyo ideal es refutado como una ilusión uniforme, una universalidad estéril, que flota en el aire y que no está arraigada en la tierra nacional. A partir del nacimiento con la Creación, la infancia de la humanidad se localizaba en el Oriente, y se desplazaba a través de Egipto y Fenicia hasta alcanzar la juventud en Grecia, para llegar a la edad viril en tiempos de los romanos. Herder abonó la idea de estructurar la historia de la humanidad según las edades del hombre cuando llegó a la Edad Media, a la que consideraba un nuevo inicio para la humanidad iniciado en el norte. Los pueblos del norte despreciaban las artes y las ciencias, la opulencia y el refinamiento “que habían destruido a la humanidad”. Aportaron “naturaleza en lugar de artes, el sano entendimiento nórdico en lugar de las ciencias, las buenas y las duras costumbres —a pesar de ser salvajes—, en lugar de costumbres refinadas”¹⁵⁶. Esta nueva era de “fermentación”, cuando todo cayó en “pequeñas asociaciones, divisiones, subdivisiones”, supo protegerse contra el despotismo, que Herder definió como “verdaderas fauces devoradoras de la humanidad que, en expresión de ese mismo despotismo, lo reduce todo a tranquilidad y obediencia, pero que, de hecho, lo mata y

¹⁵⁶ J. G. HERDER: *Obra selecta*, trad. de P. Ribas, Madrid 1982, p. 306.

aniquila todo en la uniformidad”¹⁵⁷. Así Herder asoció la variedad con la libertad y una cultura uniforme con el despotismo.

Frente a una cultura y costumbres universales, Herder optó por la espiritualidad universal; la nueva era iba acompañada de la difusión del cristianismo. Herder, como también Ranke, lo opuso a la exterioridad de la religión oficial de Estado romano, que:

recurrió cuanto pudo a la filosofía, al pitagorismo, con el fin de dar a todo la más refinada apariencia racional, montó todo en un carro triunfal del mayor esplendor, tirado por los dos animales más indomables, el poder y la exaltación, dirigido por la más refinada política. ¡Todo inútil! ¹⁵⁸.

Puso el énfasis en su universalidad por su pureza espiritual, por contraposición a las religiones primitivas. Estas

en una palabra, eran religiones de un pueblo, de una región, de un legislador, de una época: la cristiana era evidentemente, lo contrario en todo, la más pura filosofía de la doctrina moral, la más pura teoría de las verdades y deberes, independiente de toda ley o pequeña constitución ¹⁵⁹.

La religión no debía mezclarse con ninguna ley determinada. Ranke también le seguiría en esta análisis. Surgieron por toda Europa ideas y tendencias elevadas: el espíritu gótico y la caballería nórdica.

Los aspectos oscuros de esa época se hallan en todos los libros; todo pensador elegante y clásico que considere el orden [*Polizierung*] de nuestro siglo como el *non plus ultra* de la humanidad tiene ocasión de declarar contra siglos enteros de barbarie, de derecho público miserable, de superstición y necedad, de costumbres defectuosas y de falta de gusto, en los templos, en los conventos, ayuntamientos, gremios de artesanos, cabañas y casas, así como ocasión de ensalzar la fortaleza y libertad aparentes de este siglo y su mortal debilidad y fatiga de hecho bajo la incredulidad, el despotismo y la abundancia. De ello están llenos todos los libros de nuestros Voltaire y Hume, Robertson e Iselin, y resulta un cuadro tan bello de la forma según la cual derivan ellos la ilustración y progreso del mundo a partir de los turbios tiempos del deísmo y despotismo de las almas, es decir, la ilustración y mejora del mundo conducen de tal modo a la filosofía y la tranquilidad, que el corazón de los amantes de su tiempo rebosa de alegría ¹⁶⁰.

¹⁵⁷ J. G. HERDER: *Obra selecta, op. cit.*, p. 307.

¹⁵⁸ *Ibidem*, pp. 308-309.

¹⁵⁹ *Ibidem*, p. 309.

¹⁶⁰ *Ibidem*, p. 313.

El sistema político cortesano, legitimado a través de la filosofía cortesana práctica que se expresaba en los manuales de comportamiento, en época de Ilustración fue justificado con las historias sobre el progreso de la sociedad civil, que partieron de la cultura clásica romana como base de la civilización, y seguían dedicando un papel fundamental a las buenas maneras, que surgieron nuevamente en el Renacimiento. En este sentido es lógico que una crítica política se centrara en una crítica a las costumbres ¹⁶¹, y es coherente que Herder, cuando hablaba de “su siglo”, se refiriera a una época que tenía sus orígenes en el renacimiento ¹⁶². Buscó la alternativa a la cosmovisión cortesana en la Edad Media, los tiempos oscuros, que para él vinieron a ser una época de espiritualidad, por contraposición a la Antigüedad clásica romana, que junto con su propio tiempo carecían de esta profundidad. Según Herder, las virtudes de la Edad Media habían perdido su contenido en su propio tiempo y se habían transformado en superficialidades desvirtuadas. Para referirse a la cortesía medieval, Herder usaba la palabra *Höflichkeit*, que era una virtud que compensaba la rudeza de costumbres en esta época. Las formas bruscas habían sido sustituidas por un vacío refinamiento [*Feinheit*] coetáneo ¹⁶³. También contrastaba los valores medievales con los de la edad antigua. El espíritu caballeresco era un conjunto de valores que cada uno por separado ya estaban presentes en la época clásica. Pero era en la Edad Media que surgió una combinación del honor y del amor, de la lealtad y la devoción, la bravura y la castidad. Frente al mundo antiguo, en el que el “vigor de cada uno de los caracteres

¹⁶¹ Véase también A. QUONDAM: “Elogio del gentiluomo”, *op. cit.*, pp. 20-21.

¹⁶² F. J. CONTRERAS PELÁEZ escribe en *La filosofía de la historia...*, *op. cit.*, p. 34: “Herder refunde Renacimiento con Ilustración en una sola época histórica: los tiempos modernos, “nuestro siglo” (que abarca en realidad tres: del XVI al XVIII)”.

¹⁶³ J. G. HERDER: *Obra selecta*, *op. cit.*, pp. 315-316:

“¿Quién leerá esta historia sin exclamar a menudo: qué ha sido de vosotras, inclinaciones y virtudes del honor y de la libertad del amor y la bravura, de la cortesía y la palabra?; vuestra profundidad se ha estancado; vuestra estabilidad consiste en un delicado suelo arenoso lleno de granos de plata, donde nada crece. Sea como fuere, dadnos en numerosos aspectos vuestra piedad y superstición, vuestra oscuridad e ignorancia, vuestro desorden y rudeza de costumbres; tomad, en cambio, nuestra luz e incredulidad, nuestra frialdad sin nervio y nuestro refinamiento, nuestra fatiga filosófica y nuestra miseria humana. Además, montaña y valle tienen que ser colindantes, naturalmente, y la sólida y oscura bóveda no podía ser otra que la sólida y oscura bóveda... ¡gótica!”.

nacionales se había perdido” significaba un “avance hacia lo grande”. El verdadero refinamiento se encontraba en la Edad Media, pero el interés por la antigüedad hacía que esto se hubiera olvidado. Herder recurría a la metáfora de un árbol: “desde Oriente hasta Roma se extendía el tronco; ahora nacían las ramas; ninguna de ellas poseía la estabilidad del tronco, pero eran más extensas, más ligeras, más altas”. No se había entendido que el verdadero progreso era esto, argumentaba, reflejando irónicamente la tesis del progreso de la civilización:

Finalmente vino, como decimos, la disolución, el desarrollo, la noche eterna se transformó en la luz de la mañana: fue la Reforma, el Renacimiento de las artes, las ciencias, las costumbres. La levadura descendió y se convirtió en... ¡nuestro pensamiento, nuestra cultura, nuestra filosofía! *On commençoit à penser comme nous pensons aujourd'hui: on n'étoit plus barbare* ¹⁶⁴.

Esta concepción resultó en un concepto de educación superficial.

Hubo un tiempo en que la creación de academias, bibliotecas, salas de arte, se llamaba educación de la humanidad. ¡Magnífico! Esa academia es el nombre de la corte, el digno pritaneeo de hombres de mérito, apoyo de ciencias valiosas, excelente sala para el cumpleaños del monarca. Pero ¿qué hace para educar al país, a la gente, a los súbditos? Y en caso de que hiciera todo eso, ¿hasta qué punto proporcionaría la felicidad? ¿Pueden hacer esas estatuas, aunque las pongáis sobre pilares a lo largo del camino, que cada transeúnte las vea y las sienta como griego, que se encuentre a sí mismo en ellas? Dificilmente. ¿Pueden esas poesías, esas bellas lecciones de estilo ático, crear una época en que esas poesías y discursos operen y produzcan milagros? No lo creo. Si los llamados restauradores de las ciencias, por más que fuesen papas o cardenales, hicieron intervenir continuamente a Apolo, las musas y los dioses en la nueva poesía latina, sabían que se trataba de un juego ¹⁶⁵.

Herder vinculaba de esta manera la cultura clasicista e ilustrada a la Corte. A la vez identificaba el Renacimiento italiano con una fe superficial, algo que de manera similar hizo Ranke en la *Historia de los papas*. La educación, proseguía Herder, se centraba en “bellos conocimientos reales, en la instrucción, en la ilustración, en facilitar la comprensión, incluso en el temprano refinamiento encaminado a enseñar buenos modales” ¹⁶⁶. Pero un “manual de educación de

¹⁶⁴ J. G. HERDER: *Obra selecta, op. cit.*, p. 318.

¹⁶⁵ *Ibidem*, p. 329.

¹⁶⁶ *Ibidem*, pp. 329-330.

los que poseemos miles, un código de buenas reglas de los que tendremos todavía millones” no cambia el mundo. La vida social solo condujo al despotismo ¹⁶⁷ y a una estéril sociedad cosmopolita, el ideal ilustrado:

“¡Modo de vida y costumbres!” ¡Qué miserable época, cuando había todavía naciones y caracteres nacionales! ¡Qué odio y aversión recíprocos frente a los extranjeros, qué limitación al alma propia, qué prejuicios ancestrales, qué apego al terruño donde hemos nacido y en el que nos pudriremos, qué mentalidad local, qué estrecho círculo de ideas, qué eterna barbarie! Entre nosotros han desaparecido, gracias a Dios, todos los caracteres nacionales; todos nos amamos, o mejor: nadie necesita amar al otro; tenemos relaciones, somos iguales: educados, corteses, felices, no tenemos patria, no tenemos gentes “nuestras”, para las que vivir pero somos, en cambio, amigos de la humanidad y cosmopolitas. Todos los gobernantes de Europa, todos nosotros, pronto hablaremos francés. Y entonces, ¡felicidad!, la edad de oro vuelve a comenzar, “toda la tierra hablaba la misma lengua, habrá un solo rebaño y un solo pastor”. Caracteres nacionales, ¿dónde estáis? ¹⁶⁸.

Herder contrastaba las buenas maneras con una educación “nacional”, nacida de necesidades individuales, basada en la experiencia, dirigida a la aplicación práctica y la acción. Esta educación surgida en comunidades pequeñas, “en la que se conocía, se sentía todo, en la que también se ofrecía, pues, algo que sentir, donde se iba con el corazón en la mano y se dominaba con la vista aquello de lo que se hablaba”. La educación, finalmente, era para Herder la vía del cambio: “nada de lugares comunes del perfeccionamiento, de cultura libresca, y no basta el estar dispuesto: ¡hay que actuar!” ¹⁶⁹.

En suma, en Herder se puede encontrar la retórica que identificaba las buenas maneras cortesanas con la superficialidad, frente a la profundidad que asociaba con la cultura nacional y, al ser espiritual, con un verdadero sentimiento religioso, un esquema que también caracterizó la obra de Ranke. No obstante, esta crítica de Herder no desembocó en una oposición entre Estado y Corte como en Ranke, pues el Estado cobró su significado decimonónico con el posterior

¹⁶⁷ Herder resumía en su discurso la obra *View of the progress of Society in Europe, from the subversion of the Roman Empire to the Beginning of the Sixteenth Century* el volumen introductorio a la historia de Carlos V, de William Robertson, quien veía en el despotismo una etapa necesaria del progreso.

¹⁶⁸ J. G. HERDER: *Obra selecta, op. cit.*, pp. 335-336.

¹⁶⁹ *Ibidem*.

desarrollo de la doctrina del nacionalismo ¹⁷⁰. Herder asociaba el Estado con el despotismo ilustrado y las cortes de Luis XIV y Federico II. No obstante, existen semejanzas patentes en el pensamiento de los dos sobre la constitución y las leyes, la preocupación de autores ilustrados como Montesquieu. Herder no creía en la legislación como instrumento para formar naciones. Caracterizaba una “recopilación tan general” como “la espuma que se funda en el aire” ¹⁷¹. Pasar de una generalidad, por más hermosa que fuera, a su aplicación sería imposible. Ranke asumió esta crítica, y escribió en su *Politisches Gespräch* que los Estados no equivalían a “conglomerados efímeros que la teoría contractual creaba como formaciones de nubes”, sino a “sustancias espirituales”, “creaciones originales del espíritu humano”, “pensamientos de Dios” ¹⁷².

Otro paso en la construcción de la doctrina del nacionalismo constituye el pensamiento de Fichte, quien pronunció sus *Discursos a la Nación alemana* en Berlín en el invierno de 1807-1808, después de la invasión napoleónica que el filósofo veía como un intento de constituir una nueva Monarquía Universal. En los *Discursos*, la libertad espiritual es presentada como una característica genuinamente alemana ¹⁷³, una idea que desarrollaba a través de una teoría sobre la

¹⁷⁰ E. KEDOURIE: *Nationalism*, Londres 1966, pp. 22-38. Kedourie reconstruyó la doctrina del nacionalismo a través de su evolución en el pensamiento de los grandes filósofos alemanes: Kant, Herder y Fichte. Sostenía que el nacionalismo era una doctrina inventada en el siglo XIX:

“Nationalism is a doctrine invented in Europe at the beginning of the nineteenth century. It pretends to supply a criterion for the determination of the unit of population proper to enjoy a government exclusively its own, for the legitimate exercise of power in the state, and for the right organization of a society of states. Briefly, the doctrine holds that humanity is naturally divided into nations, that nations are known by certain characteristics which can be ascertained, and that the only legitimate type of government is national self-government”.

Kedourie asumía los supuestos de H. KOHN, autor de *Historia del nacionalismo*, Madrid 1984.

¹⁷¹ J. G. HERDER: *Obra selecta*, op. cit., p. 329.

¹⁷² L. VON RANKE: “Politisches Gespräch”, *Historisch-politische Zeitschrift* 2 (1836), p. 794: “*Statt jener flüchtigen Conglomerate, die sich aus der Lehre vom Vertrag erheben wie Wolkengebilde, sehe ich geistige Wesenheiten, originale Schöpfungen des Menschengestes, – man darf sagen, Gedanken Gottes*”.

¹⁷³ Compárese M. VIROLI sobre el concepto de la libertad de Fichte en *For love of country...*, op. cit., p. 135:

lengua. A Fichte se le ha considerado como un representante del nacionalismo excluyente¹⁷⁴. Su discurso se puede ver también como un intento de justificar y racionalizar el sistema político de la nación¹⁷⁵, como una apuesta alternativa a la Corte. Fichte consideraba que la idiosincracia del pueblo alemán, comparada con otros pueblos germanos, se diferenciaba en que los primeros habían permanecido:

en el fluir ininterrumpido de una lengua originaria que viene desarrollándose a partir de la vida real, mientras que los últimos, en cambio, han adoptado una lengua para ellos extraña que, sometida a su influencia, terminó por ser ahogada¹⁷⁶.

Fichte sostenía que en los pueblos con una lengua originaria, la formación espiritual [*Geistesbildung*] penetra en la vida y, por el contrario, en los de una lengua extraña, formación espiritual y vida siguen cada una su propio camino. Las dos debían ir juntas; la vida originaria era un fluir desde la fuente de toda vida espiritual, de Dios, “el continuo perfeccionamiento de las condiciones humanas según su imagen, y de esta manera la creación de algo nuevo y no existente hasta ahora”¹⁷⁷. Para Fichte, la formación espiritual no era otra cosa que la filosofía. Esta no tenía un fin práctico, no servía a la vida activa, como la filosofía cortesana, sino que junto con la vida activa formaba un conjunto, la vida absoluta, de la que únicamente en apariencia podía separarse. Sin embargo, esta unidad solo sería posible si el pensamiento originario se apoderaba de una

“By interpreting love of country as commitment to spiritual freedom rather than love of common political and civil liberty, Fichte introduced an important change in the language of patriotism: love of country is no longer caritas but fondness for one’s own uniqueness as a people no longer understood as a community of free citizens, but as a community of individuals who share a culture and are capable of spiritual freedom. His patriotism was intended to make the Germans Germans, then to make them free as Germans, but also, one may add, solitary in their German freedom”.

¹⁷⁴ I. BERLIN: *Las raíces del romanticismo*, Madrid 2000, pp. 132-134.

¹⁷⁵ P. L. OESTERREICH: “Kommentar” a J. G. FICHTE: *Schriften zur angewandten Philosophie*, Frankfurt a/M. 1997, p. 978. El autor dice que el objetivo de los discursos era tanto presentar la teoría de la Nación, como estimular la conciencia nacional alemana mediante su retórica. Asimismo, Fichte decía que su objetivo era la exhortación a la racionalidad intelectual.

¹⁷⁶ J. G. FICHTE: *Discursos a la nación alemana*, Barcelona 1988, p. 89.

¹⁷⁷ *Ibidem*, p. 90.

persona sin ser esta consciente de ello; que cuando viese, pensase y juzgase, lo hiciese según este pensamiento fundamental, y cuando actuase, lo hiciese de igual modo. El pensamiento nunca podría formar un conjunto con la vida de existir un margen entre el “pensar real” y el “pensar pensado”; “el propio pensamiento debe apoderarse de nosotros y formarnos según él”¹⁷⁸. Esto únicamente ocurre si se piensa en una lengua viva, en la que habla directamente el espíritu y, de esta manera, se establece entre los hombres una comunicación inmediata. Lo contrario ocurre si uno piensa y se expresa en una lengua muerta, y con esto Fichte se refería a las lenguas neolatinas, que requerían aprender primero los conocimientos históricos de una cultura del pasado y tener que introducirse en una mentalidad que le era ajena. La filosofía en lengua muerta no era posible, puesto que un pueblo que se expresa en ella, al final:

se conformará con la propia conciencia de ser solo una explicación del diccionario, o como un espíritu no germano ha llamado entre nosotros de manera altisonante, una metacrítica de la lengua; y que, por último, dicho pueblo reconocerá como su mayor obra filosófica unos mediocres poemas didácticos sobre la hipocresía escritos en forma de comedia¹⁷⁹.

Fichte identificaba de esta manera el arte cortesano y la filosofía cortesana con una superficialidad que se oponía a la autenticidad de la filosofía surgida en lengua originaria, es decir, alemana. Fichte explicaba a continuación el sentimiento de un pueblo, el surgimiento de una nación, desde la lengua. Sostuvo que el pensar es vida para los que poseen la lengua originaria, y al desarrollarlo, uno lo siente con íntimo placer en su “fuerza vivificante, transfiguradora y liberadora”. Esto provocaría la necesidad de compartir esta “salvación” con los demás. Lo contrario sucedería en un pueblo que pensara en una lengua muerta, donde la vida y la formación espiritual están separadas, allí surge la sociedad cortesana. Para los miembros cultos de esta sociedad, el contenido del pensamiento solo serviría para “ocupar su ocio agradablemente”. Los estamentos bajos se verían excluidos de la formación espiritual y postergados frente a las clases cultas,

e incluso tenidos por otro tipo de hombres que en capacidades intelectuales ya desde su origen y por nacimiento no son iguales a los primeros; que por eso las clases cultas no muestran una verdadera simpatía hacia ellos, ni sienten impulso

¹⁷⁸ J. G. FICHTE: *Discursos a la nación alemana*, op. cit., p. 92.

¹⁷⁹ *Ibidem*, p. 92-93.

de ninguna clase a ayudarles de verdad, ya que están totalmente convencidos de que debido a esa desigualdad originaria no se les puede ayudar, y que los cultos más bien se ven incitados a utilizarlos como son y ellos a dejarse utilizar ¹⁸⁰.

Esta dinámica, según Fichte, conduciría a un desprecio cada vez más manifiesto y cruel del pueblo. Desafortunadamente, no solo se habría manifestado en los pueblos de lengua romance. El filósofo explicó que los romanos, confrontados con los griegos, intentaron imitarles, y se llamaban a sí mismos bárbaros, y bárbara a su propia lengua. Luego, usaron esta denominación para referirse a los germanos, al encontrar en estos la misma actitud de “fiel ingenuidad” que tenían ellos al principio frente a los griegos. Los germanos, a su vez, creyeron que solo podrían perder su condición de bárbaros convirtiéndose en romanos. Bárbaro cobró el sentido peyorativo de vulgar, plebeyo y rústico, y romano se asoció con algo selecto. Los germanos que emigraron a antiguas tierras del Imperio romano, se esforzaron en parecerse a los romanos, algo que tuvo como consecuencia que eliminaran las raíces germánicas de sus lenguas y empezaran a formar palabras a partir de raíces romanas. De esta manera, crearon el “romance como lengua culta y cortesana”. Finalmente, fueron contagiados “de segunda mano” también los alemanes, para quienes el tono romano sonaba elegante, y las costumbres romanas parecían distinguidas. Empezaron a vestirse según modas extranjeras, a esforzarse por hablar en un idioma extranjero, con tal de no parecer alemanes, sino “españoles o ingleses” según la última moda.

Tenemos razón, la naturalidad por parte alemana, la arbitrariedad y el amaneramiento por parte del extranjero son las diferencias fundamentales; si permanecemos en la primera somos igual que todo nuestro pueblo, este nos entiende y considera sus iguales, pero si nos refugiamos en lo segundo seremos para él algo incomprensible y nos considerará de naturaleza diferente ¹⁸¹.

Naturalidad se opone a arbitrariedad y amaneramiento, unión con el pueblo, a la división de la sociedad estamental, cortesana. Para Fichte lo segundo era un error, los alemanes tenían que mantenerse fieles a sus raíces, desarrollar su filosofía, que con toda su profundidad llegaba a las más elevadas alturas.

...el genio extranjero arrojará flores sobre las pisoteadas vías guerreras de la antigüedad y tejará una delicada vestidura a la experiencia que con facilidad le va a servir de filosofía; por el contrario, el espíritu alemán abrirá nuevos pozos y

¹⁸⁰ J. G. FICHTE: *Discursos a la nación alemana*, op. cit., pp. 94-95.

¹⁸¹ *Ibidem*, pp. 95-96.

llevará la luz y el día a sus abismos y arrojará masas rocosas de pensamientos con los cuales las épocas futuras construirán sus viviendas. El genio extranjero será una querida sílfide que con ligero vuelo revolotea sobre un suelo de flores que han brotado por sí mismas, que se posa sobre ellas sin doblarlas y absorbe su rocío refrescante; o una abeja que con arte laborioso recoge de esas mismas flores la miel y la deposita con delicado orden en celdas simétricamente construidas; el espíritu alemán, en cambio, será un águila que con fuerza levanta su pesado cuerpo y con fuertes y entrenadas alas mueve bajo sí gran cantidad de aire para elevarse más cerca del sol, cuya contemplación le fascina¹⁸².

No es que Fichte pensara prescindir del conocimiento proveniente de la Antigüedad clásica. Creía que era útil, pero que solo los alemanes sabrían sacarle su verdadero provecho. Los pueblos de lengua neolatina tenían más facilidad para estudiar los textos de la Antigüedad, por la mayor comprensión idiomática, y fueron ellos quienes habían difundido este conocimiento. No obstante, la tarea de su estudio no se impuso por una necesidad vital, sino por “afán de saber, tomándola con ligereza, abarcándola no con toda su capacidad anímica, sino solamente con la imaginación y configurándola como algo etéreo”¹⁸³. De esta manera crearon nuevas “formas” [*Bilder*] que, al llegar al pueblo alemán “que permaneció en el fluir de la formación originaria”, este supo comprender según su verdadera naturaleza, no como saber de algo extraño, sino como parte de la vida.

Para Fichte, este constituía el verdadero progreso a través del conocimiento de la Antigüedad. En el discurso seis explicaba concretamente a lo que se refería: la Reforma, “la última gran actuación alemana a nivel mundial”. Los romanos nunca habían llegado a comprender ni asimilar verdaderamente el cristianismo. Los germanos emigrados a las antiguas tierras romanas, gente sin formación espiritual previa que resultara un obstáculo para la nueva fe, pero que tampoco tenía supersticiones que favorecieran su asimilación, consideraron el cristianismo como una costumbre romana más, que no influyó de manera especial en su vida. Los educadores que difundieron la fe, pertenecían a la vieja formación romana y se cuidaron de comunicar a los nuevos conversos solo aquellos aspectos de la religión que creían convenientes. Cuando en el renacimiento, con el renovado estudio del latín, empezaron a pensar y comprender por cuenta propia, les chocó la contradicción entre una fe ciega y “todas las cosas curiosas que a lo largo

¹⁸² J. G. FICHTE: *Discursos a la nación alemana*, op. cit., pp. 97-98.

¹⁸³ *Ibidem*, p. 98.

de los tiempos se había convertido en objeto suyo”, es decir la liturgia católica. Como no tenían este miedo supersticioso ante los dioses, cuando descubrieron el enigma de la religión en la que habían creído fielmente, la situación les provocó risa, “se reían y mofaban, e incluso los sacerdotes, que a su vez lo habían descubierto también, se reían seguros de que el acceso a la vieja cultura, como forma de liberación de la magia, estaba abierto a muy pocos”¹⁸⁴. Fichte especificaba que se refería sobre todo al clero italiano, que “no era lo suficientemente serio como para que el engaño les irritase”, y se produjo lo que Fichte ya había explicado con respecto a la sociedad cortesana: el clero se convirtió en un estamento culto y selecto, y permitió que los estamentos inferiores siguieran en el engaño, para poder manejarles mejor. Por el contrario, cuando el esclarecimiento llegó al pueblo alemán, cuando Lutero comprendió lo que otros ya habían comprendido antes, le sobrevino “un impulso todopoderoso: el temor por la salvación eterna que se hizo vida en su vida”¹⁸⁵. Los alemanes, por su religión profunda, no solo sintieron temor por su propia salvación, sino por la de la humanidad entera, y difundieron el protestantismo.

Fichte relacionaba el celo por la Reforma de la Iglesia, tanto en Alemania, como fuera de ella, con el surgimiento de la filosofía ilustrada en el extranjero. El protestantismo ejerció una gran influencia en el extranjero, no tanto sobre el pueblo, sino principalmente sobre los estamentos cultos. Bajo el dominio de la iglesia católica la filosofía se había restringido a un intento por mostrar la validez de la doctrina antigua. En Alemania, los protestantes intentaron hacer lo mismo con respecto al Evangelio. En el extranjero, los nuevos planteamientos filosóficos protestantes produjeron unos resultados diferentes, bien porque en estos países no disponían del Evangelio, bien porque no lo entendían con la misma profundidad que los alemanes. En consecuencia, la filosofía, “enardecida por el brillante triunfo conseguido” se desarrolló con más libertad al no estar atada por la creencia en lo sobrenatural. Se llegó a crear el culto a la “inteligencia natural, desarrollada sin una formación, y sin una ética”. Esta filosofía llegó a convertirse en una creencia, que consideraba a la Iglesia como su enemigo. Como antes había ocurrido con el renovado estudio de las lenguas clásicas, estas ideas fueron posteriormente transformadas en Alemania en un pensamiento más profundo. Surgió “la tarea de buscar en la razón lo sobrenatural

¹⁸⁴ J. G. FICHTE: *Discursos a la nación alemana*, op. cit., p. 104.

¹⁸⁵ *Ibidem*, p. 105.

(...) convirtiendo, como debía ser, el pensamiento libre en fuente de verdad independiente”¹⁸⁶. Esto, según Fichte, era lo que pretendía Leibniz, a quien consideraba el fundador de la moderna filosofía alemana.

Relacionada con este desarrollo filosófico se encontraba una concepción política. Los filósofos se plantearon descubrir la constitución del Estado plenamente desarrollado, aunque esta idea fue posteriormente abandonada y se llegó a considerar un crimen solo el pensar en esta tarea.

El motivo de este resultado es claro: un estado racional no se construye con disposiciones artificiosas a partir de cualquier material existente, más bien hay que formar primero y educar a la nación para este Estado¹⁸⁷.

A diferencia que en el extranjero, “en Alemania toda formación ha partido del pueblo”, la educación no se restringía a los estamentos cultos, que luego además no se molestaban en educar a los estamentos bajos. Los germanos que se habían quedado en su patria en los tiempos de las grandes migraciones, solo habían recibido su formación a través del cristianismo, y eran semibárbaros. No obstante, surgieron entre ellos ciudades, las actividades de la vida culta florecieron en ellas, nacieron constituciones e instituciones, de tal manera, que en la Edad Media eran los habitantes de las ciudades imperiales a quienes se podía llamar cultos, mientras que los burgueses en los países neolatinos eran los bárbaros, salvo en algunas regiones de Italia. Fichte reclamaba una historia que lo explicara para el pueblo alemán. La educación del pueblo, finalmente, pasaría a través de la Historia.

...entre los medios concretos y específicos para elevar el espíritu alemán, uno muy eficaz sería disponer de una historia fascinante de los alemanes de esta época, que fuese libro nacional y popular, como la Biblia o el misal. Solo que historia así no tendría narrar los acontecimientos y sucesos a modo de crónica, sino que tendría que meternos dentro de la vida de aquella época impresionándonos profundamente sin nosotros saberlo o sin tener clara conciencia de ello, de modo que pareciéramos ir, estar, decidir y obrar con ellos, y esto, no mediante invenciones infantiles o fútiles como tantas novelas históricas han hecho, sino mediante la verdad; de su vida deberían dejarse entrever los hechos y acontecimientos como testimonio de la misma. Esta obra solo podría ser el resultado de amplios conocimientos e investigaciones quizá no comenzados aún, cuya presentación tendría el autor que ahorrárnosla y limitarse simplemente a presentar, en la lengua actual y de manera asequible a todos los

¹⁸⁶ J. G. FICHTE: *Discursos a la nación alemana*, op. cit., p. 110.

¹⁸⁷ *Ibidem*.

alemanes sin excepción, los frutos maduros. Una obra así exigiría, además de conocimientos históricos, un espíritu filosófico elevado del que tampoco habría que hacer ostentación; y sobre todo un corazón leal y complaciente ¹⁸⁸.

Los discursos de Herder, Goethe, Fichte, y Ranke, con todas sus diferencias, parten de una dualidad entre superficialidad y cultura cortesana por un lado, y profundidad espiritual por otro. Esta empieza a ser asociada por Herder con la cultura cristiana del Norte, la base de la alemana, y con Fichte está ya intrínsecamente relacionada con la Nación alemana, frente a las otras Naciones germanas de lengua neolatina. Dentro de esta concepción el Estado-Nación, como nuevo sistema político, llegó a ser una entidad espiritual, diferente de la Corte, y de las constituciones artificiales que propagaron los ilustrados. Elias y Kedourie han señalado que el surgimiento de una pequeña elite intelectual burguesa en Alemania, que estaba excluida de la corte, con una elite francoparlante, explica el desarrollo de una filosofía opuesta a los valores cortesanos, que desembocó en la evolución del pensamiento nacionalista ¹⁸⁹. Ciertamente, los factores sociales están presentes en los discursos de Goethe, Herder y Fichte. Pero la exclusión de una elite del poder político todavía no explica la forma que cobra la alternativa a la filosofía cortesana. No parece que sea insignificante que muchos de los grandes filósofos alemanes de fines del siglo XVIII fueran influenciados por la corriente espiritual pietista. El pietismo surgió en Alemania en el último cuarto del siglo XVII, con la publicación en 1675 del opúsculo *Pia desideria*, escrito por el teólogo luterano Philipp Jacob Spener, como primer hito. La corriente pietista se oponía a la ortodoxia luterana tal como esta se había desarrollado a finales del siglo XVII, y se caracterizaba por el estudio cuidadoso de la Biblia, el énfasis en la vivencia interior de la fe, y la relación personal del alma con su creador, algo que conllevaba un desprecio por el aprendizaje, por el ritual y la forma y por la pompa y la ceremonia. Los pietistas creían que el retorno de Cristo estaba cerca ¹⁹⁰.

¹⁸⁸ J. G. FICHTE: *Discursos a la nación alemana*, *op. cit.*, p. 113.

¹⁸⁹ N. ELIAS: *El proceso de la civilización...*, *op. cit.*, pp. 57-58; E. KEDOURIE: *Nationalism*, *op. cit.*, pp. 41-47 y 60-61.

¹⁹⁰ I. BERLIN: *Las raíces del romanticismo*, *op. cit.*, pp. 61-63. Para una sucinta descripción del pietismo, véase asimismo G. KAISER: *Pietismus und Patriotismus im literarischen Deutschland*, Frankfurt 1973, pp. 5-14; una visión más reduccionista, con el énfasis en las diferencias dentro de la corriente, en H. LEHMANN: "Pietism and nationalism: the relationship between protestant revivalism and national renewal in nineteenth-century Germany", *Church history* 51/1 (1982), pp. 39-53.

A pesar de la importancia atribuida a la vivencia personal, el pietismo se expresó pocas veces en una vida retirada de sus creyentes, más bien se caracterizó por un fuerte sentimiento de solidaridad dentro de la comunidad, que se organizaba en conventículos, y conocía una abundante producción de literatura epistolar y educativa, de biografías y autobiografías. Dentro del pietismo existía asimismo una importante corriente mística, y a través de uno de sus representantes más radicales, Jacob Böhme, entró asimismo la filosofía neoplatónica. El pietismo floreció aproximadamente entre los años 1675 y 1730, y gozó de la protección de Federico Guillermo de Prusia. Con su protección, los pietistas llegaron a ocupar importantes puestos eclesiásticos en Pomerania y Prusia oriental, y a aumentar su influencia en otras provincias donde ya contaban con una fuerte presencia ¹⁹¹.

A pesar de la periodización restringida, en muchas investigaciones se ha señalado que el pietismo seguía ejerciendo su influencia sobre la filosofía alemana, y particularmente sobre el nacionalismo que surgió a finales del siglo XVIII ¹⁹². Esto implica que el pietismo difícilmente puede identificarse como fuente principal del nacionalismo, puesto que es lógico pensar que después del florecimiento del movimiento, su pensamiento se mezclaría con ideas provenientes de otras

¹⁹¹ R. L. GAWTHROP: *Pietism and the making of eighteenth century Prussia*, Cambridge 1993, pp. 208-209. El objetivo del libro es mostrar la influencia del pietismo sobre la formación del estado de Prusia, y el autor hace énfasis en la influencia pietista sobre el ejército y la burocracia. Se puede considerar el libro una continuación de la obra de C. HINRICHS: *Preußentum und Pietismus*, Göttingen 1971.

¹⁹² Un estudio pionero era K. S. PINSON: *Pietism as a factor in the rise of German nationalism*, New York 1934. Pinson inspiró G. KAISER: *Pietismus und Patriotismus...*, *op. cit.* No obstante, Kaiser consideraba que Pinson se fijó demasiado en el ideario del pietismo temprano, y se esforzó en detallar la influencia de los herederos del pietismo sobre el nacionalismo. H. Lehmann criticaba a ambos, sosteniendo que una generalización del pietismo es prácticamente imposible por la diversidad del pensamiento, y restringía la influencia del pietismo sobre el nacionalismo a la figura de Johann Hinrich Wichern. Por otra parte, cuestionaba la posibilidad de detectar la influencia del pietismo a través del uso de ciertos términos típicamente pietistas en el pensamiento de estos filósofos, puesto que "*Pietist terminology is only meaningful in the context of Pietist theology and within Pietist circles*". Aunque ciertamente existe el peligro de sobreestimar la influencia pietista, creo que esta visión es demasiado restringida, puesto que, en mi opinión, la frontera entre política y teología es siempre algo porosa. Por otra parte, Kaiser advierte que el discurso pietista cambia en nuevas circunstancias históricas y políticas.

fuentes, como la filosofía ilustrada, más teniendo en cuenta que el pietismo de por sí se basaba en una vivencia personal de la religión, en contra de una definición ortodoxa. Así Herder, quien recibió una educación pietista, se distanció más adelante de esta espiritualidad, se reencontró con ella a través de una interpretación mística y neoplatónica de Hamann y, finalmente, la mezcló con un pensamiento panteísta¹⁹³. No obstante, el pietismo puede haber cumplido un importante papel en la justificación del nacionalismo como nuevo sistema político, al proveer a los filósofos, en sus intentos de formular una alternativa, unos conceptos, como la profundidad y espiritualidad, supuestamente alemana, que se podían oponer a la cosmovisión cortesana¹⁹⁴. Así, se ha advertido que Goethe en *Werther*, usaba términos y expresiones que eran muy frecuentes dentro del pietismo, aunque el autor les atribuía un nuevo sentido, como el concepto de plenitud (*Fülle*) y todas sus variantes, por contraposición a sequía espiritual (*Dürre*)¹⁹⁵. Dentro de este esquema de oposiciones, la historia de Lutero llegó a representar una espiritualidad profunda que solo pudo haber surgido en Alemania. Por otra parte, el neoplatonismo, que gozó nuevamente de popularidad en Alemania a través del pietismo, influenció la interpretación de la historia como una expresión de una idea divina, en la que la tarea del sabio era escudriñar la idea divina detrás de sus manifestaciones en el mundo, algo que Ranke, en su *Luther-fragment* explicaba a través de la metáfora del árbol cuyo tronco, ramas y hojas eran visibles, pero cuyo fuente de crecimiento era la “vida secreta de la semilla”¹⁹⁶.

Al interpretar la evolución histórica, pues, Ranke pudo partir de un pensamiento filosófico que utilizaba ciertas ideas del pietismo, para crear una alternativa a la cosmovisión cortesana. Desde esta concepción, la actuación de un hombre de Estado era un ejercicio espiritual y los manuales cortesanos de comportamiento eran considerados testimonios de un materialismo vulgar. El rey

¹⁹³ G. KAISER: *Pietismus und Patriotismus...*, *op. cit.*, pp. 27-31.

¹⁹⁴ Sobre la profundidad en el romanticismo, véase I. BERLIN: *Las raíces del romanticismo*, *op. cit.*, pp. 139-142. Sobre la profundidad y el pietismo, desde la perspectiva de la crítica musical alrededor de 1800, véase H. WATKINS: “From the mine to the shrine: the critical origins of musical depth”, *19th-century music* 27/3 (2004), pp. 179-207.

¹⁹⁵ A. LANGEN: *Der Wortschatz des deutschen Pietismus*, Tübingen 1968, pp. 458-465; 471.

¹⁹⁶ C. HINRICHS: “Rankes Lutherfragment...”, *op. cit.*, p. 313; G. KAISER: *Pietismus und Patriotismus...*, *op. cit.*, pp. 160-179; L. KRIEGER: *Ranke: the meaning of history*, *op. cit.*, pp. 50-51.

cortesano ya no era la cabeza de un cuerpo místico, el bien de la casa no era el interés general, toda su acción consistía en el esfuerzo por garantizar sus intereses egoístas, en detrimento del bien de la nación.

A pesar de que Ranke sostuvo que la historia no era meramente una ilustración de ideas filosóficas, aplicaba en su historia ideas sobre Corte y Estado que provenían del pensamiento de filósofos como Herder y Fichte. La historia enseñaba en qué sentido los Austrias habían acertado y en qué sentido se habían equivocado, según aplicaran una política cortesana o estatal. Lo que cabe señalar aquí es que a pesar de este esquema de interpretación, no cabe duda del rigor con el que Ranke utilizaba las fuentes. Ranke sabía lo que criticaba, y hasta hace poco tiempo, con los estudios de la corte, pocos historiadores han sabido como Ranke percatarse de la dinámica de la política cortesana. Cabe reflexionar pues, si los historiadores que han tomado la formación del Estado moderno como punto de partida para sus investigaciones históricas, solo son herederos de Ranke por su método científico o también por su ideología estatalista.